



COLECCIÓN PÍNFANOS

VOLUMEN 7

CRISTINAS

Madrid

En recuerdo y agradecimiento a todas las personas e instituciones que, a lo largo del tiempo, hayan contribuido con su cariño, esfuerzo y dedicación a que el hecho de ser pínfano no fuera únicamente una desgracia.

© *De los autores indicados en cada relato*
© *Imagen de la portada: Fernando Lazo Payo (Zoyo)*
Editado por la Asociación de Huérfanos del Ejército
Recopilación, diseño y edición: Santiago de Ossorno
Primera edición: 26 de mayo de 2023

Contenido

PRESENTACIÓN	7
EL BOTAFUMEIRO.....	11
ANÍS.....	18
ES MUJER, LLEVA PENDIENTES	22
PATINES.....	25
EL VALOR DE LAS COSAS	29
UN CURSO EN EL CHOE DE PADRÓN	40
CAMINO ABIERTO A LA VIDA	44
NO LO DIGAS, ESCRÍBELO: NUESTRO LIBRO.....	47
HASTA DONDE EL CORAZÓN LLEGUE	54
EL BELÉN.....	61
LA GALENA.....	68
BELLOS RECUERDOS	71
EL DÍA DEL PADRE.....	74
ICHA CANDISA	79
TRÁNSITO	91
INCENDIO EN PADRÓN	101
SILENCIO AL AMANECER.....	104
ZAMORA AÑO SANTO DE 1999.....	115
NOVIEMBRE Y NARANJAS	133
CAIDA DEL BURRO.....	137
VAMOS A EXAMINARNOS	140
UN CUADERNO AZUL.....	143

PRESENTACIÓN

Celebramos el décimo aniversario de la primera publicación de la Colección Pífanos, inicialmente compuesta por cuatro volúmenes de relatos independientes, y para recordarlo editamos algunos volúmenes más.

Desde el instante mismo de nuestro ingreso en el colegio de huérfanos quedábamos marcados para siempre por una serie de hechos y palabras que, sin saberlo por entonces, nos acompañarían durante el resto de nuestras vidas.

Basta nombrar cualesquiera de ellas, tanto da pífano, trapillo, pitraca, aspirino, pava o iqueo, queo! para que un caudaloso torrente de recuerdos infantiles y juveniles inunde de una nostálgica luz nuestra memoria.

Cuánta razón tiene la frase anónima «los acontecimientos, cuando no se escriben, no se cuentan o no se recuerdan es como si no hubiesen ocurrido».

Nosotros tenemos la suerte de contar con compañeros que, además de poseer una memoria prodigiosa y escribir la mar de bien, han dedicado parte de su tiempo a recordar aquellos hechos, construyendo palabra a palabra deliciosos relatos que son un fiel reflejo de nuestro paso por la institución.

En el libro que tus manos sostienen se han recogido relatos publicados en la página de la Asociación y que con

los años quizás hayan ido quedando en el olvido, semi escondidos tras una maraña cibernética que a no pocos confunde.

Con la edición y publicación de la colección, gracias a los medios y tecnología actuales, desde la Asociación queremos dar a estos relatos una segunda oportunidad de ser leídos y disfrutados, tanto en formato de libro tradicional como en los modernos formatos electrónicos, porque los pínfanos tenemos una capacidad de adaptación a lo nuevo fuera de lo común.

Se han seleccionado relatos al azar, procurando que todos los colegios y épocas estuvieran representados. Otros relatos han quedado a la espera de comprobar la acogida de la idea entre los pínfanos y, de ser favorable, verán la luz en sucesivos libros que se incorporen a la colección.

Sus autores dieron un paso al frente consiguiendo superar el implacable olvido y, gracias a ellos, podemos ahora leer historias y sucesos que seguramente nos traerán a la memoria nuestras propias historias y sucesos, tan parecidas a las seleccionadas que podrían ser las mismas.

Leyendo las peripecias de los protagonistas podremos volver a vernos, siquiera en la imaginación, tal como éramos entonces, ¿quién no se identifica con Higinio Zardoya, Mundi, África la pínfana, el toledano Juan o el pínfano de O Grove?

En este volumen recopilatorio de la colección se ha incluido un relato que representa la excepción que permite cumplir con la regla, su inclusión es merecida porque está escrito por un hombre que también fue una excepción en su momento, hablamos de don Miguel Delibes, un escritor excepcional; que se sepa no era pínfano aunque podría haberlo sido, ¡qué menos que pínfano de

honor!, porque escribió sobre nosotros y esa es otra forma de serlo o de sentirlo.

Como indica el artículo 2 de los Estatutos, nuestra Asociación «tiene por finalidad general conseguir la relación y el contacto continuo entre todos los pínfanos, estrechando lazos de compañerismo en épocas escolares y posteriores con un sentimiento social de ayuda», por lo que esta colección de libros no deja de ser un paso más que damos en esa dirección.

Esperamos que su lectura resulte grata y placentera a una mayoría, aquella que recuerda con cariño su paso por los distintos internados, a sus antiguos y queridos profesores, a los viejos compañeros de fatigas, las fiestas de la Inmaculada, la piscina del Bajo, Aranjuez o los inigualables Castillos de verano.

Desde estas líneas quisiera decirle a África, aquella entrañable pínfana de 15 años que vaticinó «aunque, quién sabe, puede que, dentro de un montón de tiempo, haya algún sistema por el que podamos volver a ponernos en contacto e incluso reunirnos los que pasamos tantos años en los colegios de huérfanos» que volverás a reunirte con tus compañeras de ayer, quizás ya lo hayas hecho, pero esta vez será solamente para disfrutar del reencuentro; acertaste de lleno: tenemos nuestra página web, hemos celebrado una decena de Días del Pínfano y la Asociación sigue adelante, vivita y coleando.

*Santiago de Ossorno
Secretario de la AHE, 2013-2017*

EL BOTAFUMEIRO

Santiago de Ossorno

Por primera vez en mi vida no pasaría las navidades en casa rodeado del calor y cariño de los míos, la mala situación económica por la que pasábamos tras la temprana muerte de nuestro padre, impedía afrontar el coste de un billete de tren de ida y vuelta en segunda clase desde Padrón hasta Madrid, no he conseguido documentarlo pero serían alrededor de 400 pesetas de la época o incluso menos, unos 2,40 euros actuales al cambio; hoy nos puede parecer un precio ridículo pero entonces era mucho dinero, sobre todo para sacarlo de la insuficiente pensión de viudedad que debía mantener a diez criaturas hambrientas y desperdigadas por la geografía peninsular, a mí me tocó la china por ser el que más lejos estaba en ese momento.

Así que mi madre llamó al colegio para informar a las monjas y que fueran ellas las que me dieran a mí la mala noticia, pero al final me pusieron al teléfono y lo escuché de viva voz «hijo, lo siento mucho pero tendrás que quedarte en el colegio estas vacaciones porque no puedo pagarte el billete para viajar a Madrid». Antes las madres no se andaban por las ramas y te decían las cosas sin rodeos, hay que ponerse en su lugar, seguro que ella lo pasó mucho peor que yo, qué mal rato tuvo que pasar.

La ventaja de recordar esta historia casi sesenta años después de ocurrir es que el tiempo me ha hecho olvidar por completo el pesar que me causó la noticia y hoy me deja contarla como si le hubiera ocurrido a otro. No me quejo, seguro que había casos mucho peores.

El año 1965 iba a ser santo y jacobeo, Pablo VI era el Papa de Roma y en la archidiócesis de Santiago de Compostela ejercía como eminentísimo cardenal arzobispo el doctor Fernando Quiroga Palacios, toda una autoridad eclesiástica de la época según cuenta la historia.

Llegó el deseado día de las vacaciones, la mayoría de los internos salieron de viaje hacia sus casas y solo unos pocos, en una foto de la época he contado que fuimos veintisiete los que nos quedamos, aproximadamente la cuarta parte del alumnado; pero no era momento para llorar, así que salimos al patio a jugar.

Uno de aquellos días las monjas nos hicieron una prueba de lectura en voz alta a todos los que nos habíamos quedado de primero y segundo, los chicos que estaban en preparación de ingreso y en ingreso al Bachillerato les parecieron demasiado pequeños para la misión que debían asumir; tampoco eran de dar muchas explicaciones, simplemente te ponían un texto de varias páginas en las manos y te ordenaban leerlas en voz alta y clara, cuidando la entonación, respetando las pausas, de pie y delante de todos en la sala de televisión.

Fui uno de los elegidos y durante las Navidades estuve leyendo ante ellas el texto que tenían preparado; obviamente no recuerdo nada del mismo, pero teniendo en cuenta para lo que estaba escrito seguro que estaría lleno de loas y alabanzas a Dios, a la Virgen, al Santo Patrón, a la Patria, al Ejército, a su Excelencia el Generalísimo y a nuestros padres que en Gloria estaban.

A principios de enero de 1965, nos revelaron el secreto que tan celosamente guardaban, iba a celebrarse un acto solemne en la catedral de Santiago de Compostela y el Ejército había decidido que uno de sus huérfanos leyera en su representación la Ofrenda al Santo Patrón; la Ma-

dre Superiora me comunicó que había resultado elegido para ser el afortunado lector, un alto honor del que debía sentirme orgulloso, también me avisó de que la catedral estaría llena de autoridades religiosas, militares y civiles y que tendría que esmerarme al máximo para leer la ofrenda sin cometer errores ni ponerme nervioso.

Pasada la fiesta de Reyes volvieron los alumnos ausentes de sus vacaciones en familia y el colegio enseguida retomó la rutina y disciplina habituales del curso, pero a mí me mantenían ensayando una y otra vez la lectura de aquel texto. Debo reconocer que algunas tardes me daban merienda especial para tenerme contento y eso me encantaba.

El día señalado, aunque la he buscado en internet no he encontrado referencia alguna en la prensa, nos trasladaron a todos en autobuses militares hasta la plaza del Obradoiro, entramos en la catedral y efectivamente el templo estaba repleto de gente; una monja me condujo a lo largo del pasillo central hasta los pies del altar, siendo objeto de las curiosas miradas de los fieles presentes, supongo que al verme tan canijo pensarían «pobre huerfano» o algo parecido porque yo en esa época, aparte de tener una cara angelical, ya sabía poner carita de circunstancias cuando me convenía; ante el altar mayor aguardaba Su Eminencia Reverendísima, don Fernando Quiroga Palacios, vestido con indumentaria eclesiástica de gran gala y la mitra arzobispal sobre la cabeza, sentado en una silla grande y solemne, una especie de trono dorado, si me llegan a decir que era el mismísimo San Pedro bajado del cielo me lo hubiera creído, el escenario y aquel señor imponían.

La monja encargada de dirigir mi intervención me dijo que cuando ella me avisase tendría que subir dos o tres peldaños de la escalinata ante el altar mayor, hasta

dónde estaba preparado un micrófono ajustado a mi altura; no recuerdo más detalles, pero cuando la monja me avisó avancé, subí los escalones y me hiqué de rodillas ante el arzobispo sintiéndome más solo y abandonado que nunca en aquella inmensa catedral, postrado ante el mismísimo pastor de Galilea, príncipe de los Apóstoles, en quién Jesús depósito toda su confianza «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y el poder de la muerte no prevalecerá contra ella. Yo te daré las llaves del Reino de los Cielos. Todo lo que ates en la tierra, quedará atado en el cielo, y todo lo que desates en la tierra, quedará desatado en el cielo».

Su Eminencia, viéndome azorado y en trance, me hizo una seña con la mano para que me pusiera en pie; cuando me lo ordenó me acerqué al micrófono y procedí a leer la ofrenda de carrerilla, varias páginas escritas a máquina que casi me sabía de memoria de tantas veces como me la habían hecho leer en el colegio.

Empecé y acabé aquel largo discurso sin vacilar ni ponerme nervioso, siempre he tenido temple y buena voz para declamar (no así para cantar, en lo que soy una calamidad) y superé la prueba con buena nota; al acabar la ofrenda, Su Eminencia aplaudió y por simpatía (química) todos los fieles presentes lo imitaron, acabada la salva de aplausos me hizo otra señal con la misma mano para que me acercase a él, me dio a besar su enorme anillo pastoral, lo cual hice piadosamente sin olvidar arrodillarme y agachar la cabeza respetuosamente, y me pidió que me sentase en el suelo, a su lado sobre la mullida alfombra que lo recubría, porque iba a disfrutar en posición privilegiada del famoso vuelo del botafumeiro.

Tengo entendido que monseñor el arzobispo era un gigante gallego de casi dos metros de altura y cien kilos de peso, hijo de un cabo de la Guardia Civil que luego fue

profesor de escuela; era el menor de cinco hermanos y quedó huérfano de madre a los dos años de edad, así que teníamos algunas cosas en común, quizá por eso mostró mucha empatía conmigo. Imaginaos la impresión que debió causar semejante gigantón en un chico de diez años que era de los más bajitos de clase y posiblemente el más esmirriado.

Me senté, mirando de reojo alternativamente al arzobispo y a la monja, la buena mujer no me quitaba los ojos de encima, sonreía orgullosa del resultado de su trabajo; conviene entender que para un crío como yo, el escenario y los personajes podrían haberme impresionado dejándome aturdido. Pero, a pesar de nuestra corta edad, los pínfanos teníamos «mucha mili» encima y estábamos acostumbrados a no dejarnos apabullar por nada ni por nadie, aunque el miedo corriera libre por dentro.

Los tiraboleiros, encargados de hacer oscilar diecisiete veces el botafumeiro hasta conseguir un grado de inclinación respecto a la vertical de 82° , hicieron bien su trabajo; un espectáculo grandioso visto desde tan cerca, al pasar por delante oíamos y notábamos el aire que desplazaba aquél enorme incensario de cincuenta y tres kilos de plata y metro y medio de altura y respirábamos de cerca la mezcla de carbón e incienso con que perfumaba la catedral. Posteriormente lo he visto en funcionamiento otras dos o tres veces más, de hecho cada vez que he visitado la catedral he tenido la buena suerte de verlo en acción, seguro que me reconoce al entrar aunque los dos hayamos cambiado de aspecto, a él le añadieron un baño de nueve kilos de plata y a mí me han caído encima bastantes kilos más y no de plata precisamente.

Al terminar el acto salimos a la plaza del Obradoiro, un militar de alto rango me saludó pasándome la mano por la cabeza revolviéndome el pelo rapado que tenía, porque

en el orfanato nos cortaban el pelo con mucha frecuencia y casi a cepillo, supongo que para evitar piojos y por la propia cultura sanitaria castrense que imperaba en el colegio. Éramos tratados como soldados en miniatura, no es una crítica sino mi impresión, así eran las cosas y las veríamos con normalidad.

Acabado el acto de despedida en la explanada de la plaza, nos llevaron hasta un recinto militar cercano dónde nos sirvieron a todo el colegio y acompañantes un tentempié estupendo a base de chocolate caliente espeso y unos deliciosos bollos suizos, que desde entonces son mi perdición. Los militares siempre han sabido celebrar sus reuniones como es debido y aquel día no iba a ser la excepción.

Cómo me gustaría encontrar alguna referencia periodística de aquel día, hubo fotógrafos y las monjas nos comentaron en el colegio que habíamos salido en prensa, en fin, no descarto continuar la búsqueda y encontrar aunque sea un pequeño comentario de la ceremonia.

Al volver al colegio me esperaba otra sorpresa, hasta final de curso y también durante todo el curso siguiente fui uno de los lectores del comedor; mientras el resto del alumnado comía en completo silencio, uno de nosotros, por turnos rotatorios, leía en voz alta los libros que las monjas seleccionaban para nuestro fastidio porque durante la lectura no nos dejaban hablar ni enredar, que era lo que realmente nos gustaba.

Recuerdo que uno de aquellos libros era el «Luiso, María matrícula de Bilbao», de Sánchez-Silva y Luis de Diego, viejo conocido mío porque, tres o cuatro años antes en Valencia, mi padre —convaleciente de su mortal enfermedad— me hacía leerlo en voz alta en su dormitorio, unas páginas cada tarde al volver del colegio, para

comprobar mi progreso escolar; estaba bien entrenado y quizá por eso me escogieron como lector.

ANÍS

Marta González Bueno

—¿Quién se queja? —Se oyó preguntar en un tono entre enfadado y autoritario.

La niña entonces se escondió entre las sábanas, temerosa de delatarse. Pasaron unos minutos expectantes, una eternidad para ella, y de nuevo se hizo el silencio. Bueno, sí a aquello se le podía llamar silencio, pues constantemente se oían las respiraciones profundas que venían de uno y otro lado, los ruidos de los muelles al darse la vuelta de forma más o menos violenta las niñas más revoltosas, las palabras sueltas dichas a media voz, que procedían de sueños inquietos, algunos escapes fisiológicos involuntarios... Ese dormitorio de 80 camas, el más grande de todo el internado, era un bosque de sonidos, inquietantes e intrigantes, que como los causados por el viento en las hojas de los árboles, en una noche sin luna, podía causar desasosiego y temor a los no iniciados en el medio.

Las internas sabían, sin razonarlo, que la mejor forma de sobreponerse a los posibles fantasmas era dormirse. Y lo lograban con facilidad, cansadas, como estaban, de unos horarios rígidos, de clases intensas, de horas de estudio en que lo más importante era hacer como que estudiaban, aunque estuvieran tejiendo sueños, de rezar en la capilla e incluso de ratos de recreo en los que corrían y jugaban hasta el agotamiento.

Pero la niña esa noche no podía dormir. Esperó un rato a que ese silencio ruidoso volviera a su monotonía y cuando calculó que la monja vigilante ya había abandonado la vigilia, dio de nuevo rienda suelta a su particular

desahogo y comenzó a emitir esa queja tenue que tanto alivio le producía. La monja no estaba cerca de su cama, así que, con suerte, no la oiría. Su camarilla estaba en un extremo de la gran sala, mientras que la cama de la niña estaba hacia la mitad. Pero, ay, la tela que delimitaba el espacio de la «chunda», (como llamaban entre ellas a la camarilla), que simbólicamente separaba dos mundos, no aislaba el sonido de su run-run, la realidad se imponía. Y, al poco de recomenzar su queja, se oyó de nuevo la pregunta, seca y concreta.

—¿Quién se queja? —Esta vez la pregunta denotaba intriga.

Otra vez la niña tensionó todo su cuerpo y conjuro todas sus fuerzas mordiendo un poco las sábanas para evitar ser descubierta. Pobre niña dolorida, que temía quizá ser reñida o castigada por su dolor. No hubo contestación, así que, de nuevo, se reanudó el conocido y monótono rumor nocturno. Las demás internas navegaban ya por sus sueños, en los que algunas tropezaban con fantasmas, y la mayoría gozaba de encuentros ficticios, de alegrías próximas y promesas cumplidas. mientras ella, despierta aún, seguía luchando con su dolor.

El sentido del oído de la monja debía estar en buenas condiciones porque la tercera vez que se reanudaron esos rítmicos y tenues lamentos por parte de la pequeña, la pregunta no surgió del extremo donde se encontraba la camarilla sino de la mitad aproximada de la gran sala del dormitorio, en el pasillo, cerca de donde se encontraba su cama. La niña no la había oído acercarse, en parte porque estaba concentrada en su dolor, y en parte porque la monja, como buena vigilante, como lo eran la mayoría de las monjas, era experta en su oficio, sigilosa como un felino, de manera que no se detectaran sus movimientos, y con pupilas adaptadas a la oscuridad, para poder así

descubrir conductas irregulares. No había escapatoria posible. Además, la pequeña doliente, en el fondo, quería delatarse, quería contestar, quería manifestar que era ella la que se quejaba, quería pedir ayuda, aunque su timidez y su miedo le impidieran hacerlo.

—¿Quién se queja? —preguntó de nuevo la monja, esta vez en un tono más de curiosidad y de verdadero interés.

—Soy yo —dijo con un hilito de voz la niña, incorporándose levemente.

La monja entonces se acercó a su cama,

—¿Qué le pasa? —preguntó en voz baja.

—Que no me puedo dormir madre, me duele mucho la muela.

Y la monja no la riñó, ni por no haber contestado anteriormente, ni por sus quejas sofocadas, solamente dijo:

—Ahora le traigo algo para que se le pase.

Ya solo esas palabras dichas en voz baja, sin excesiva ternura, pero con amabilidad, tuvieron un efecto relajante para la niña. No desapareció el dolor, pero dejó de necesitar quejarse a media voz. Había una pequeña esperanza, y eso era suficiente. Al poco tiempo volvió la monja con una medicina casera:

—Póngase este algodón en la muela y muerda, que se le pasará el dolor.

Se trataba de un algodón impregnado en un líquido que, según parecía, adormecía el nervio de la muela. Al poco rato, la niña se durmió.

Hubo en adelante otras ocasiones en que el mismo remedio tuvo consecuencias similares. Hasta que llegaban las vacaciones y no había más remedio que visitar al dentista. Visitas en parte deseadas para eliminar los molestos dolores, aunque siempre temidas.

El bendito curativo líquido no era otro que el anís, (quizás estuviera bendecido, ¿por qué no?). Era empleado también para calmar otros dolores, como supo la niña cuando, ya adolescente, las molestias mensuales hacían su aparición y tenía que subir a la enfermería en busca de algún alivio. Con frecuencia se le ofrecía el mismo remedio.

Lo que no supo nunca es si el anís proporcionado provenía de las populares botellas que había en casi todas las casas de las familias, que no pudiendo hacer grandes dispendios, aquellos años difíciles en que nos tocó vivir, al menos contaban con esa pizca de alegría que aderezaba también la masa de las sabrosas rosquillas caseras de entonces y tan valoradas en la actualidad, con la vuelta a la repostería casera.

Pudiera ser que el líquido empleado proviniera de la infusión de anís estrellado, que muchos años más tarde, por consejo médico, empleó en sustitución del licor, con resultados parecidos. Pero los indicios parecen conducir al empleo del licor en directo, aquel que se comercializaba en las conocidas botellas de cristal blanco, que, una vez consumido el líquido que contenían, podían convertirse en un instrumento de música popular.

ES MUJER, LLEVA PENDIENTES

Francisco Antonio Álvarez López

Estoy convencido que a más de uno le puede extrañar o incluso molestar el título de este relato, pero a estas alturas de mi vida, he decidido tratar de hablar y actuar sin molestar a nadie, al menos intencionadamente, pero siendo consciente también de que no se puede agradar a todo el mundo.

Hace ya algunos años, cuando iba caminando detrás de un individuo con pelo más o menos largo, indumentaria dudosa y cuerpo no muy definido, pensaba: Será hombre o mujer. ¿Me acercaba un poco más y resolvía la duda. Es mujer... lleva pendientes.

Hoy no tendría validez esta deducción, pues la vida sigue su curso inexorable para bien o para mal. De todo hay.

Cualquiera puede llevar un pendiente, dos o tres. Me parece muy bien. Incluso admiro en alguna ocasión a quien los lleva rayando el ridículo, precisamente por el valor que tienen de no preocuparse por el qué dirán. Creo que lo importante es el respeto al vecino y no tanto la indumentaria.

Emilio Llamazares, tenía trece años cuando ingresó en la Inmaculada, procedente de Sevilla. Algunos veteranos le habíamos informado de las costumbres del CHOE y de algunos profesores e inspectores: El Sasa, el Pájaro, el Polinomio, el Foca, el Roca, etc. Como al día siguiente tendría clase con D. Luis Rejas, el Triqui, le advertimos que tenía unas gafas de cristales verdes tipo culo de vaso, y en cuanto se las quitaba, no veía absolutamente nada.

Emilio se sentaba en primera fila, justo enfrente del profesor, y en un momento determinado en que el Triqui se quita las gafas para limpiarlas con un paño, no se lo piensa dos veces y cogiendo la tapa del pupitre con las dos manos, se la pasea por delante de la cara como diciendo: A que no me ves, a que no me ves.

D. Luis, que naturalmente algo veía sin gafas, abriendo unos ojos como platos, comenzó a gritar: Pero ¿usted es tonto? ¿Qué hace? ¿Está loco?... fuera de aquí, salga de clase inmediatamente. Y Emilio, agachando la cabeza, coloca la tapa del pupitre y sale despacio murmurando muy bajito, Pues algo sí que ve. Me engañaron, que vergüenza.

A Faustino Simancas no lo veía desde que acabamos Preu en Carabanchel Bajo y lo encontré años más tarde haciendo la mili en el Tercio Norte de Infantería de Marina. En el CHOE era ya un tío muy ocurrente. En una ocasión se tiró a la piscina con bañador y camiseta. Pero Faustino, ¿qué haces con camiseta? Es que estoy un poco resfriado, contestó.

En la mili le llamábamos “el pelucas” porque efectivamente, usaba peluca, pero al revés. Tenía una pequeña melena natural, cosa que no estaba permitida en el cuartel, así que lo que hacía era ponerse una peluca de pelo corto para ocultar su pelo y cuando salía a la calle de paseo, se quitaba el uniforme y la peluca, disfrutando de su negra melena.

Nunca más supe de Faustino. Alguien me dijo que acabó Marino Mercante, se enroló en un petrolero y a conocer mundo. Que tengas buena mar, compañero.

Desde hace algunos años, suelo tomar café en el bar Puerta Bonita, que hay muy cerca de mi casa. Hablando con Manolo, el dueño, me dijo que el nombre se lo puso

en recuerdo de la puerta del colegio Santiago de Carabanchel Bajo, General Ricardos ciento sesenta y tres. Dicha puerta del actual colegio, que anteriormente fue una finca de recreo de la reina María Cristina, llamaba la atención por su labrado forjado y acabó dando nombre a todo un barrio de Madrid conocido como Puerta Bonita.

Manolo era aspirino cuando estuvo en el CHOE y un día me comentó: ¿Te has fijado en el señor que hay al final de la barra? Viene casi todos los días y se toma una copita de aguardiente y un vaso de agua. Me gustaría presentártelo por la siguiente razón. Es pínfano, como tú. Lo supe al verle en la mano el libro “Colección pínfanos”. Me dijo que había estado en Padrón, la Inmaculada, Carabanchel y Valladolid, donde acabó la carrera. Aprobó unas oposiciones a Justicia o Interior, no lo sé concretamente. Hace dos años murió su mujer y aunque tiene una hija en Logroño, vive solo desde entonces. Seguro que tu compañía le podrá alegrar la vida. Te contaré una cosa pero que no salga de nosotros. Como te dije, siempre se toma una copa de aguardiente, y un vaso de agua, pero al revés, como el pelucas del que me has hablado. En la copita le hecho un poco de agua y el vaso se lo lleno de aguardiente.

Está bien, mañana mismo me lo presentas. Será un auténtico placer poder ayudar a un pínfano que lo necesita.

Y me fui a casa meditando y recordando cuando entré con cinco años interno en el CHOE de Padrón y Gabi cuidó de mi cuando más lo necesitaba. Calamidades y tristeza por la lejanía de nuestras familias, pero con el calor humano y compañerismo arraigado en nuestro cuerpo. Algo que todo pínfano, siempre llevará muy dentro.

PATINES

Marta González Bueno

Un día más, en cuanto la fila se rompió, corrí hacia los cuartitos donde se guardaban los juegos. Algunos estaban impecables, los más recientes, los últimos que habían traído los Cristinos. Porque los antiguos alumnos, los Cristinos, cada año, nos obsequiaban con regalos, que las internas recibíamos con gran entusiasmo, lo más de lo más fueron las bicis, que tuvieron un éxito desbordante y duradero en nuestro pequeño mundo.

En los cuartitos se encontraban las cuerdas de saltar, las raquetas, pelotas y balones de diferente tamaño, los diablos, los patines, las bicis... Algunos juegos iban quedándose viejos, de tanto usarse, o incluso de no usarse, que no todos tenían el mismo éxito, ya se sabe cómo son los niños. Otros se ponían periódicamente de moda y había que espabilarse mucho para disfrutar de ellos. Muchos se abandonaban de puro viejos después de haberse utilizado hasta la extenuación.

Casi todo se utilizaba mucho más de lo esperado, incluso entonces. De la obsolescencia no habíamos oído hablar. Todos los objetos eran de larga duración. Si los zapatos tenían la suela desgastada, se los llevábamos a la madre zapatera (sí, zapatera, ese era nuestro mundo femenino, sin cuotas), que los dejaba como nuevos.

Tampoco habíamos oído hablar de reutilizar, o de reciclar, o de consumo de proximidad, Pero los hechos demostraban que practicábamos todo ello mucho más de lo que lo hacen los actuales gurús, que acaban de descubrir

esa necesidad y nos martillean con sus recomendaciones y exigencias.

El aprendizaje era temprano. Cuántas veces hemos comentado aquella vez que se rompió el crucifijo nuevo que se había llevado a la capilla. Durante el empleo, (el tiempo de aportación que dedicábamos, por obligación, al mantenimiento de la casona) la mala suerte o directamente la torpeza, provocó su caída y ruptura. Afortunadamente no eran añicos y una interna corrió al estudio a por pegamento y se recompuso la pieza sin que nadie se percatara del arreglo. Ni entonces, ni en 30 años, al menos, que se sepa. Por cierto, que la solidaridad, uno de nuestros valores estandarte entonces, fue notable en esta ocasión, jamás se reveló el secreto que compartían, ni se volvió a hablar de ello.

Arreglos obligados y necesarios. Otros eran voluntarios y lúdicos. Ese era el caso de los patines. Había montones de patines, pues se reponían periódicamente, pero no se tiraban los viejos, que se amontonaban en los cuartitos.

Mis prisas diarias por llegar a los cuartitos de los juegos, venían motivadas por el deseo de conseguir unos patines, nuevos a poder ser, con ruedas en pleno rendimiento, que no se hubieran escapado las bolitas que proporcionaban el movimiento ágil y rápido. No siempre lo conseguía. A veces tenía que conformarme con patines de segunda, con correas medio rotas y rueditas renqueantes, pero mejor eso que nada.

La dificultad en conseguirlos y mi extremada afición, me llevaba a no quitármelos para montar en bici, cuando por fin llegaba mi turno y podía disfrutar de las vueltas correspondientes por el patio, pocas, porque como he dicho las bicis tenían mucho éxito, todas queríamos disfrutar de ellas. Montar en bici con patines entrañaba un

cierto riesgo, pero nunca me dijo monja alguna que eso podía ser peligroso y que no lo hiciera. Quizás en los patios, sin nosotras darnos cuenta, bajarán la guardia nuestras vigilantes e intentarán descansar un poco, también ellas.

Mi deseo por disfrutar diariamente de los patines, me condujo a maquinarse un plan alternativo para conseguir disfrutar de ellos todos los días: me iba a construir mis propios patines. No debía ser difícil, puesto que había muchos. Y, fijado el objetivo, comenzó el escrutinio sistemático de aquel montón de chatarra formado por patines en desuso. Aquello era una mina.

Todos llevaban una pequeña llave con la que aumentar o disminuir la longitud de la planta del patín, y con la que afianzar las ruedas adecuadamente. Solían estar en las fundas de los patines, pero había menos, quizás porque se extraviaban con facilidad, así que me hice con una para mi uso exclusivo y empecé a hurgar en la montaña de patines viejos, considerados ya inútiles. Había que verlos: trozos de delante, trozos de atrás, correas más o menos estropeadas, verdes o marrones, ruedas sueltas...

Resultó que de un patín se podía aprovechar la parte delantera, de otro la parte de atrás y de otros dos, que no tenían por qué ser pareja, las correas. Daba igual que fueran más claras o más oscuras, de un color u otro, lo importante era que conservaran la hebilla completa, y si estaban poco tazadas, tanto mejor. Más trabajo daban las ruedas, que había que elegir con cuidado: que tuvieran el juego de bolas completo, una rueda entera de un patín, otra de otro, un poquito más ancha, (¡qué fastidio!), y seguir buscando hasta conseguir las ocho y alguna de reemplazo por si acaso.

Mi trabajo dio sus frutos, conseguí unos patines exclusivos y en exclusiva, con los que pasé un estupendo curso de recreos en los que no me los quitaba como he dicho, ni para montar en la bici, ni para saltar a la cuerda, mucho menos para jugar al diábolo, o para competir en un seudo partido de tenis.

Me tocaría esperar unos años para recibir, de mi hermano mayor, unos Sancheski nuevos, el que fue uno de los regalos más deseados de mi vida.

EL VALOR DE LAS COSAS

María Blanca Blanquer Prats

Don Juan recordaba el periplo de sus destinos por toda la geografía española con un cariño especial su pase por Valencia, la vivienda cercana al río y frente al jardín de las sombras de los ficus y las risas infantiles, una ciudad grande en que los barrios característicos se fundían y se pasaba de uno a otro sin la sensación de ser un extraño a la comunidad acogedora en la que tuvo tantos amigos. Recordaba especialmente a Carla, la asistenta que ayudaba en las tareas de la casa y durante las vacaciones llevaba a su hijo, Pablito, un niño despierto y sonriente que iba a una escuela pública y al que le costaba aprender la aritmética; después de que él y su hijo jugaran un rato les sentaba en la mesa, les ayudaba a entender la magia de los números y terminaban hablando de las cosas de escuela, de los niños que copiaban los deberes y al final del curso fracasaban en los exámenes y aquellos que habían cumplido con sus obligaciones y conseguían el aprobado se burlarían de ellos de ellos. No, no debían hacerlo, por dignidad, por respeto hacia sí mismos.

El Coronel Fernández de Cárdenas pateó oficinas y despachos hasta conseguirle una beca para cursar el bachillerato en un colegio. Al producirse su traslado hubo algunas cartas, después alguna postal, finalmente el silencio que no borró el afectuoso recuerdo en algún rincón de la memoria...

Gabriel, su propio hijo, era demasiado inquieto y alegre para centrarse en los libros; pero consiguió que hiciera

un peritaje con el que, entonces, creyó que ya tenía el porvenir asegurado.

Su último destino, en Madrid, era un regreso al pasado en que vivió su infancia y, como suele suceder, surgió el problema del alojamiento que siempre habían previsto. Con su sentido del ahorro y la moderación de las costumbres habían guardado lo suficiente para afrontar la compra de un piso, bastante bien situado, tres habitaciones y un salón comedor en que distribuyeron los muebles destacando los antiguos y heredados que fueron joyas de la familia. Entre ellos estaba el piano; El piano adornó la casa paterna y fue su madre quien le enseñó a tocarlo; sus manos saltaban sobre el teclado como mariposas y sus dedos lo acariciaban con la ternura de la brisa rozando los pétalos de las flores. Ni la meditación ni la lectura le satisfacían tanto como los arpeggios que brotaban de sus encontrados sentimientos, a veces tenues sonidos, otras alaridos del alma.

Joven se sentía el Coronel González de Cárdenas para pasar a la reserva; le costaba asumir que aquella cena homenaje de despedida fuera la suya y aguardaba al siguiente día como el centinela que percibe algún peligro escondido. Porque el coronel sintió que sus estrellas se apagarían en la oscuridad de los armarios y sus galones se convertirían en juncos vencidos por la tormenta; otras ropas vestirían su cuerpo arrancándole el uniforme que había sido su propia piel. En adelante se oiría llamar Don Juan con más frecuencia que mi Coronel y la vida le obligaba a enfrentarse en una guerra contra sí mismo en la que no hubiese querido participar y necesitaría de muchos amaneceres sin la campanilla del despertador para que sus ojos se abrían al vacío de las horas que iban que vendrían.

Se habitúo a salir con Gabriela por las mañanas, acompañarla en sus compras, compartir un aperitivo...Concertaba encuentros con los compañeros que seguían siendo sus amigos, y estaban orgullosos de aquel hijo que fue mal estudiante y ahora era buen trabajador que ocupaba un alto puesto en una empresa de ordenadores. Su mujer, Pilarina, era cariñosa y educada y ambos les habían dado una forma de felicidad desconocida con la llegada de sus nietas. Como padres compatibilizaban el cariño con la necesaria disciplina; como abuelos el amor no tenía limitaciones.

La primera y única vez que se enfrentó con Gabriel y Pilarina fue cuando ambos decidieron que querían ser autónomos; montarían su propia tienda y con los conocimientos que tenían y la simpatía que les caracterizaba el éxito parecía asegurado. Don Juan se alteró por la noticia; el proyecto le parecía temprano e inoportuno: Aún no habían pagado el piso y perder la seguridad de los sueldos era una temeridad cuando los gastos de arrendamiento y suministros, los compromisos económicos con proveedores, las dificultades de los comienzos... Sería mejor esperar un poco, conseguir algún ahorro para afrontar al menos una parte del costo de las instalaciones...

Las reflexiones no tuvieron la esperada respuesta; Gabriel y Pilarina no compartían sus temores y era tal el entusiasmo que no hubo argumento alguno que les convenciera. Buscaron una planta baja, solicitaron el material y abrieron las puertas un cinco de septiembre ofreciendo un pequeño refrigerio a todos los que se acercaran por allí.

Durante los primeros meses apenas entraban escolares a ver si les arreglaban sus tabletas; después empezaron a vender, pero no pudiendo ofrecer la totalidad de marcas

y modelos su oferta era limitada y los potenciales clientes declinaban. Recurrieron a sacar fotocopias y material de escritorio y aún masaron meses hasta que los primeros ordenadores se vendieran aunque el balance del primer año fue totalmente negativo; así ocurrió en el segundo y se repitió en el tercero en el que ya estaban tan endeudados que se plantearon que al menos uno de ellos recuperase su antiguo empleo; pero la marcha repentina había generado rencores y ambos fueron rechazados. Peregrinaron por toda la ciudad, llamaron a todas las puertas; la situación no era buena, el país estaba en una crisis económica y en vez de contratar se reducían las plantillas. Jamás comentaron ante los padres sus problemas, sonreían, disimulaban, las cosas mejorarían con el tiempo...

No pudiendo hacer frente a las obligaciones las casas suministradores les retiraron el material, sin ingresos no podían hacer frente a la amortización de los préstamos y se presentaron las primeras demandas judiciales por impagos. Llevaban meses sin pagar la cuota hipotecaria sobre la vivienda, los intereses de demora la habían duplicado y al atender a los requerimientos se había producido el embargo: Solo quedaban nueve días para el lanzamiento y se veían en la calle con las dos niñas pequeñas.

Era el anochecer cuando llamaron a Don Juan para decirle que necesitaban reunirse con él. Ellos, que podían entrar y salir de su casa, no necesitaban de un aviso previo y por tanto tenía que tratarse de algo serio y de suma gravedad. Oyó sus palabras balbuceantes, angustiosas, sinceras por primera vez después de un largo periodo de silencios...D. Juan temía que el cúmulo de reproches que almacenaba su garganta afloraría si se atrevía a hablar. Se levantó despacio y dio varias vueltas en la habitación. Después volvió a sentarse y preguntó.

—¿Cuánto debéis?

La respuesta era desalentadora; él jamás podría asumir el pago de tan alta cantidad ni tenía medios a su alcance para resolver el problema planteado.

—Bien —les dijo—. Dadme un par de días y veré lo que se puede hacer.

Una noche de insomnio; de luces que se apagaban y encendían; de idas y venidas al cuarto de baño y la cocina, de llantos de Gabriela y suspiros de Don Juan. El amanecer les recibió con dos grandes manchas blancas alrededor de las pupilas.

—Todo lo que tenemos es esta casa —le dijo a su esposa—. Si la vendemos tal vez podamos pagar la deuda de los hijos. Buscaremos otra con un alquiler asequible.

A primera hora acudió a varias inmobiliarias para averiguar el valor de su vivienda en el mercado y la información fue bastante coincidente pero, con la recesión económica, el incremento del paro y las restricciones en los créditos sería muy difícil de vender y necesitarían armarse de paciencia y resignarse a lo que alguien quisiera darles por ella. En cuanto a los alquileres asequibles solo pensar en alguna marginal y en el extrarradio

Lo que pudieran sacar era menos importante que la urgencia; no podían arriesgarse a que las semanas y los meses pasaran porque el tiempo corría en contra suya y solo quedaba la esperanza de que les concediese una hipoteca.

El siguiente día se personó en el banco. No podía ver al director porque estaba ausente. Era difícil concertar una cita porque tenía muchos compromisos concertados. El empleado se prestó a ayudarlo y en cuanto le dijo que se trataba de solicitar un crédito frunció el ceño y como forma para echarle de allí le tendió amablemente la mano. La economía estaba en crisis y la política bancaria no pasaba por su mejor momento.

Regresó al día siguiente. Y al otro. El tercero, como los anteriores, se dirigió al secretario: Necesitaba ver al director y no se iría allí hasta conseguirlo. Esperaría el tiempo que hiciera falta, tal vez encontrara un hueco... Al cabo de una hora pasó junto a un hombre alto, con gafas y escaso pelo que parecía muy apresurado y, sin embargo, al verle se detuvo.

—Perdone que le pregunte... ¿No es usted el Coronel González de Cárdenas?

—Sí. Juan González de Cárdenas.

El desconocido parecía visiblemente emocionado.

—¡Dios mío! ¿Cómo es posible? ¡Don Juan! ¡Cuántas veces me he acordado de usted.

—Lamento que flaquee mi memoria... tal vez pueda salir de la confusión en que me encuentro.

Aquel rostro desconocido era toda una sonrisa y en los ojos liberados de cristales brillaba una lágrima. Tendió la mano hasta el antebrazo de don Juan y lo rodeó con sus dedos.

—Soy Pablo Sánchez, don Juan, Pablito, el niño al que usted enseñaba la aritmética y gracias a usted pudo hacer el bachiller... Pablito, el hijo de su asistenta... Han pasado muchos años y es lógico que no me recuerde pero usted está igual que en mi memoria y le hubiera identificado en cualquier lugar.

—¡Pablito! ¡Por Dios bendito! ¡Quién iba a decirme que te volvería a ver! ¡No sabes cuantas veces he pensado en lo que habría sido de ti. ¿Cómo está tu madre?

—Falleció hace unos años; pero jamás olvidó a su familia ni a usted. Son penalidades que te trae la vida... ¿Qué le trae por aquí, don Juan?

—Precisamente eso, las penalidades. Llevo tres días intentando hablar con el director y parece que no es posible...

Pablo se echó a reír; era una risa tenue anegada de ternura.

—Nada es imposible para usted Don Juan. Por favor, acompáñeme.

Le empujó suavemente hacia esa zona que creyó vedada, hasta ese despacho en cuya puerta había un rótulo que ponía “Director”, la cerró tras ellos, le invitó a acomodarse en una butaca y él mismo preparó dos tazos de café humeando que quedaron sobre el velador.

—¿Esto es lo que parece, Pablo? ¿Es este tu despacho? ¿Eres el director?

—Así es don Juan; empecé como un simple auxiliar; he trabajado mucho y muchas horas para llegar a esta meta que no todos alcanzan y, humildemente, me siento satisfecho de haberlo conseguido. Cuénteme, Don Juan... Cuénteme... ¿Cómo está la familia?

Y don Juan le contó cómo estaba la familia ante los primeros achaques de la edad y la energía de las adoradas nietas; Gabriel... Gabriel era el problema, un buen hijo como pocos, trabajador y buena persona pero el salto generacional ya se sabe... cada uno tiene sus criterios, sus puntos de vista, la experiencia y la cautela chocan contra la intrepidez y las expectativas y a veces las cosas salen bien, aunque no era ese su caso... las cosas no le habían ido bien, su pequeño negocio se había ido a pique y estaba a punto de que le desalojaran...

Le habló como si estuviera solo y expresara en voz alta sus pensamientos. El despacho tenía grandes ventanales sobre un patio interior desolado y solo se oía el canto de un pajarillo nacido para volar y cuyas alas apenas podían

moverse en la jaula que le tenía prisionero. Él también era prisionero, los grilletes que le impedían moverse nacían del amor pero pesaban como el hierro. Las posibilidades de vender inmediatamente su casa eran nulas y había pensado en hipotecarla para salvar la de su hijo.

Pablo le había escuchado atentamente; apenas levantaba la mirada del suelo y entrelazaba los puños apretándolos hasta hacer que los nudillos palidieceran.

—¿Y dónde van a vivir si venden el piso para salvar el de Gabriel??

Don Juan González de Cárdenas bajó los ojos hasta sus propias manos unidas, retorció los dedos y una tosecilla le aclaró la voz.

—El porvenir para nosotros es un recorrido breve; siempre habrá una forma de atravesarlo

Pablo enderezó la espalda y apoyó los brazos en la butaca.

—Entiendo que el mundo de las finanzas le es ajeno y sería conveniente que analizásemos todos los aspectos de la situación pero no creo que sea necesario de un bien que cuando se supere esta recesión recuperará su valor en el mercado; tampoco es preciso que Gabriel le dé un adiós definitivo a la suya. Según me dice quedan solo tres días para que se celebre la subasta del inmueble y ahí sí que podemos intervenir; la relación entre los habituales postores suele someterse a pactos previos que se establecen entre ellos y si mi banco concurre podemos conseguir ser el único postor y que nos la adjudiquen por el precio de salida. Como es habitual en estos casos, pasado un tiempo también nosotros la subastaríamos, personalmente me ocuparé de que no acuda nadie y entonces recurriremos a la venta directa a algún testaferro de Gabriel para que su nombre no aparezca.

—Algo así como una estafa porque el banco no cobrará lo que se le debe... y lo que me pides es que sea cómplice del engaño...

—Digamos que se trata de una maniobra financiera como tantas en las que nos metemos. Tal vez me he expresado mal, pero no pretendo ofenderle, sino devolverle algo que tanto como usted me dio...

Don Juan estaba mucho más sereno que los días anteriores; había recobrado la paz interior y su mente estaba tan clara como un amanecer...

—No se ha expresado mal, al contrario, ahora tengo las cosas mucho más claras. Hay que saber cuándo se gana y cuándo se pierde y en ambos casos respetar al enemigo.

—Nadie tiene por qué saberlo; quedará entre nosotros.

Don Juan levantó la cabeza y le miró de frente. -

—¿Qué le hace suponer que eso me importa? No, Pablo, no. De ningún modo quiero esa clase de favores que atentan a mis principios. No quiero mentir ni defraudar a nadie. No pertenezco a ese mundo y la sola idea de trampear y engañar me repugna.

—Don Juan, por favor, no quiero que esto termine así... le debo mucho...

—No joven; no me debe nada y yo tampoco quiero deberle a usted.

Don Juan se levantó despacio como si la vorágine de los pensamientos se hubieran enrollado en la musculatura y le impidieran desenvolverse.

—Es que me siento fatal... no sé en qué me he equivocado...

—Ese es su problema, el problema que no se resuelve con la aritmética que le enseñé.

El sol brillaba en todo lo alto; los veladores estaban llenos de gente y los comercios se disponían a cerrar; de repente no tenía prisa; podía pasar por un establecimiento cercano a la Gran Vía en que el encargado le atendió. Empezó el camino de regreso, no hacia su casa sino a la de Gabriel.

—¿Qué ha pasado en el banco, papá? ¿Tienes novedades?

—Ha sido una visita muy constructiva hijo, me ha servido para rendirme a la evidencia y desdramatizar la situación. Tengo una propuesta para vosotros.

—Tú dirás.

—Somos una familia y hemos de estar juntos en las buenas y en las malas. No tenéis dinero, ni trabajo, ni contamos con otros ingresos que los de mi pensión que al menos nos darán de comer a todos. El embargo de vuestra casa es inevitable pero os vendréis a la nuestra, bastará con que nos desprendamos de algunos muebles. El país saldrá de esta crisis y no tengo la menor duda de que conseguiréis un empleo y seréis capaz de manteneros solos.

Don Juan González de Cárdenas vio que dos hilos de agua brotaban de las pupilas de su hijo y las manos temblorosas se aferraban a las suyas.

Gabriel dio un paso atrás.

—Sé que algo ha salido mal pero lo importante es que siempre estáis cuando os necesito. La casa es pequeña y como cuatro personas...

—¡Faltaría más que tantas cosas viejas que almacenamos ocupen el espacio que mis hijos y mis nietas necesitan... Preparadlo todo y avisad a las mudanzas, cuando llegue el día no quiero que estéis aquí...Y ahora he de irme porque tu madre protestará si llego tarde a comer...

Doña Gabriela se enteró de todo lo que había pasado; una decepción más con las persona no iba a amargarles la vida, su hijo volvería a casa, todo sería como empezar de nuevo y ya imaginaba las risas de las niñas por las habitaciones.

—Tú sabes lo que pasará después... Aunque encuentren otro trabajo tardarán mucho tiempo en poder tener su propia vivienda y las niñas crecerán y necesitarán más espacio...

—Cuando llegue ese momento y si aún estamos aquí se lo daremos; buscaremos una residencia, no tendrás que preocuparte ni de la limpieza ni de la compra, nos atenderán si estamos enfermos...

Doña Gabriela le miró con dulzura y tomo sus manos entre las suyas.

—¡Quien nos lo iba a decir! A cuantas pequeñas cosas renunciamos para tener un ahorro, comprar nuestra propia casa y no recurrir a esos asilos que ahora llaman residencias donde se espera a la muerte sin otra compañía que la soledad...

—Eso no ocurrirá mientras nos tengamos el uno al otro y, sinceramente, con la familia que tenemos, no creo que estemos tan solos como imaginas., Y ahora, si me permites, voy a tocar por última vez mi piano.

Las primeras notas de El Lago de Como, se expandieron por toda la casa y traspasaron los cristales; era su pieza favorita, la que su madre interpretaba cuando se le resistía el sueño... que siempre le pedía en los cumpleaños...

El sol lucía en todo lo alto; algún peatón acortaba el paso o se detenía para oírle. La música hablaba a las personas, a los árboles y a los pájaros de la belleza de las sonrisas.

UN CURSO EN EL CHOE DE PADRÓN

Ángel Asensio Abuja

Acababan de empezar los años 50 del siglo XX y un día más el "Changai" a Vigo y La Coruña parecía haber perdido todas sus fuerzas, ya no podía más, llevaba casi un día de recorrido lleno de traqueteos y aún no había completado su viaje.

El Pínfano mantenía la boca abierta entre bostezos y admiración, era la primera vez en su vida que veía el mar, en su tierra, el mar se disfrazaba de espigas y tierra parda, los oteros, cerros, alcores, tesos, ocupaban el lugar de los grandes barcos.

Desde que conoció su admisión en el CHOE de Padrón, su cabeza no había dejado de dar vueltas, todo eran preguntas:

¿Cómo sería el colegio?

¿Bonito?

¿Grande?

¿Qué comida le darían?

¿Los compañeros, cómo le recibirían?

Por fin el tren, entre quejidos de sus achacosos hierros, paró. El letrero de la estación lucía el nombre de Padrón colgado de la airosa celosía.

No había mucha gente esperando al tren, el andén se fue llenando de viejas maletas de madera con cierres herrumbrosos, pesadas como el mercurio, difíciles de manejar por muchachos de corta edad que oscilaba entre los 7 y 9 años.

Habían transcurrido entre 15-20 horas desde que salimos de nuestra ciudad de origen, estábamos hechos polvo, nuestros ojos llenos de carbonilla, a pesar a las advertencias que nos daban nuestras madres, ¡No te asomes! ¡Ten cuidado con la carbonilla!

Pero qué más daba, nos encaminábamos a empezar un nuevo curso, allí, donde nos habían dicho que las meigas y trasgos gobernaban los destinos y que había que tenerlas en cuenta.

La considerable distancia hasta el Colegio, las pesadas maletas, las fuerzas ya escasas, la temprana edad, todo ello componía una sinfonía de incomodidad.

Pasar el puente sobre el Sar, bajo la imponente silueta del Convento de los Dominicos, encaminar la carretera hacia Ribeira y aparecía el Caserón del CHOE.

La entrada recoleta, aseada y ordenada con la pequeña imagen de la Inmaculada contribuía a serenar el ánimo.

Estábamos allí para los próximos nueve meses, eso, yendo bien las cosas, que se podrían alargar hasta doce y empalmar con el siguiente curso, con mala suerte y si en casa no hubiera recursos para mantenerte durante el verano, el viaje no constituía el problema, contábamos con el pasaporte del Patronato.

Una vez dentro del Colegio, las blancas cornetas de las monjas que salían a recibirte, sus azules hábitos, todo resultaba impresionante.

Después del momento triste de las despedidas empezaba la inmersión en el internado.

Te adjudicaban un número y el nombre y el apellido pasaban a un segundo término, ya eras el 71 o el 18, el que te correspondiera, tus nuevas ropas te lo recordaban continuamente, la situación de la cama también contribuía a ello, respondía al orden numérico.

Comenzaba el discurrir de los días con los ¡Viva Jesús! al despertar.

La Misa en aquella Capilla tan recoleta, las casullas del cura con su variación de color según la Liturgia del año, rojo, morado, verde, amarillo sin olvidar el azul celeste del Día de la Inmaculada.

Luego el desayuno, el Montañas Nevadas, Gibraltar, las clases.

Cuando los pínfanos bajaban al recreo, se notaba, ya lo creo que se notaba. Partidos de fútbol, pídola, el clavo, cualquier juego era un festival.

Los jalones del curso estaban muy marcados: el Do-mund a recorrer Padrón con la hucha del chinito o negro... la que te correspondía, sin olvidar nuestra contribución que fijaban las Monjas en función de las pesetas de que disponíamos y que ellas nos guardaban en aquellas cajas de madera que tenían algo de misteriosas.

La Inmaculada, el día que comíamos pollo y patatas fritas, como correspondía a una gran solemnidad.

Nochebuena, cuando nos acostábamos el 24 de Diciembre a las 8 de la tarde y nos volvíamos a levantar a las once y pico para estar dispuestos para la Misa del Gallo, luego cantar los villancicos de rigor junto al Nacimiento e incluso catar algún trocito de turrón.

Los Reyes, cuando esperaban en nuestros pupitres los modestos regalos que nos habían dejado Sus Majestades ¡qué momentos más jubilosos!

La Cuaresma ya no era tan alegre, todo lo contrario, aquellos grandes paños morados que tapaban las imágenes, los interminables Vía Crucis con sus «flectamus genua», las visitas para los Oficios Cuaresmales en esa época al Convento de los Dominicos de interminables y empinadas escaleras, todo muy lúgubre.

También eran duras las escaleras que nos llevaban al Santiaguíño pero las subíamos con un ánimo muy distinto, más alegre, íbamos a gozar de aquel paraje granítico en el que la leyenda decía que el caballo del Apóstol Santiago dejó las marcas de sus cascos.

Enseguida llegaba Pascua Florida y las Fiestas de Padrón, podíamos salir al Ferial, sito en el Espolón, custodiado por Rosalía de Castro y gastar las escasas «perras» que podíamos disponer.

El año corría como el viento y empezábamos a probar nos las marineras y el calzado para ir a Pontevedra a los exámenes de fin de curso, en aquellos rudos camiones del Ejército. Examinarnos por libre y jugarnos así el curso a una carta y de ella dependía el confort de las vacaciones de verano.

Pero qué más daba...

Habíamos sobrevivido a un curso más en el CHOE, fortaleciendo nuestra amistad. más bien nuestra hermandad, y eso no nos lo podía quitar nadie.

Y al año siguiente, vuelta a empezar, otro curso, tal vez otro internado, la Inmaculada, El Bajo, El Alto, el Santiago de Valladolid...

Al cabo de los años convivimos minuto a minuto, compartimos alegrías y penas y hemos acrisolado el orgullo de ser PÍNFAÑOS que comenzó en Padrón.

CAMINO ABIERTO A LA VIDA

Antonia Brandón Lancha

En el silencio del amanecer de un día cualquiera de primavera, Carlos miraba el horizonte y sonreía envuelto en sus pensamientos.

Quedaban atrás los añorados días de una infancia protegida por los suyos, para dar paso a una adolescencia difícil y complicada en la que solo contaba con el sabor de la soledad...

En su interior bullía el resentimiento contra el «mundo», contra todo lo que le rodeaba, contra todo lo que pudiese límites a su ansia de libertad.

Quería vivir, vivir con mayúsculas, respirar el aire puro para sumergirse después en un cúmulo de contradicciones, de fuerzas encontradas: libertad-dependencia... amor-rechazo... ilusión desencanto... todo lo que supone la realidad del mundo interior de un adolescente que quiere romper sus cadenas, aunque, en muchas ocasiones, esas cadenas sean imaginarias.

Cabizbajo y contrariado sale de su habitación —su recinto sagrado—, baja la escalera, abre la puerta y respira el aire puro de la mañana y piensa que tiene que ir al Instituto... dicen que es «su deber».

Camina, se adentra en la ciudad entre la algarabía o el silencio de la gente y el ruido de los vehículos que circulan por la calle con rumbo aparente... marcado de antemano... observa a los individuos que transitan, de forma consciente o inconsciente, en su ir y venir por las avenidas, familias que buscan un lugar para desayunar antes de desplazarse a sus quehaceres, personas solitaria que

se hunden en sus pensamientos sin perder la dirección, amigos que charlan animadamente ... toda una realidad que le lleva a plantearse interrogantes:

¿A dónde van?

¿Cuál es su destino?

¿Qué buscan?

Y ¿qué esperan de la vida...?

Son preguntas que repite en su interior, encuentran eco en su mente y acaba haciéndoselas él mismo:

¿Qué busco en mi vida?

¿Cuál es mi destino?

¿A dónde quiero ir con mi vida...?

No encuentra respuesta en la maraña de pensamientos que le inunda, que invade y nubla todo su ser.

Le gustaría encontrar salida... respuesta...

Continúa deambulando y sus pasos le llevan a un parque cercano, se sienta con el corazón abierto a la realidad y la mente plena de cuestionamientos.

Observa a un runo que cruza los jardines con una pequeña mochila a la espalda... va saltando, contento de la mano de su madre.

Es hora de empezar el día y... seguro que va al Colegio alegre por encontrarse con sus amigos.

—A mí también me llevaban de la mano no hace mucho tiempo... pero llega el momento en el que tengo que soltarme y he encontrado el vacío, un vacío que me supera, que sobrepasa mis límites.

—Rechazo la mano que me guiaba, pero desconozco aún el rumbo de mi vida.

—Tengo que aclarar mis ideas, mis pensamientos...

Vuelve a preguntarse:

¿A dónde quiero ir con mi vida...?

¿Cuál es el sentido?

El aire de la mañana, los rostros de la gente, le despiertan de su inanición y siente la necesidad de encontrar salida.

Ve las flores que brotan con vitalidad nueva en los setos dando color al paisaje y a la vida y... sin pretenderlo, viene a su mente la imagen de la semilla... el jardinero siembra con cariño en la tierra abonada, y el sol y el agua realizan la tarea de transformación en una bella planta que, a su vez, da albergue a la flor.

De repente descubre que su vida está pasando por esas etapas... siembra... transformación... cambio... nuevo resurgir... y encuentra el sentido.

Su vida, como la planta, está germinando y un día se abrirá plenamente a la luz y el color y la alegría que nace en el interior, se abrirá a todo lo que le rodea, junto con otras personas —otras plantas— con las que tiene que convivir en armonía.

Piensa que la vida tiene un sentido, una Meta que le llevará a la realización personal en línea de Trascendencia.

Todo tiene una razón de ser.

Se va aclarando su mente, sin que desaparezcan todos los interrogantes y puede decir que hoy, en esta mañana de primavera, siente que es necesario reconciliarse con la vida y con lo que le rodea para construir y encontrar caminos.

Con estos pensamientos y con "algo" de claridad en el corazón y en la mente inicia el camino para encontrarse con sus compañeros en un día más de clase... que para él será diferente.

NO LO DIGAS, ESCRÍBELO: NUESTRO LIBRO

Antonio Benítez Ballesta

En los inicios de la Asociación, en una de las primeras reuniones del Día del Pínfano, dos antiguos compañeros de clase se encuentran junto a la barra del bar del hotel donde se celebra la convención anual de los pífnanos y las pífnanas, después de muchos años de no saber nada el uno del otro, se saludan, se abrazan efusivamente, después de la sorpresa del encuentro, comienzan una atropellada conversación....

¿Te acuerdas cuando...?

La conversación, aunque alegre, es inconexa, llena de interrupciones, se quitan la palabra el uno al otro, se ríen, se lamentan, se emocionan, de vez en cuando, una cariñosa palmada en la cara, un fugaz y tenue golpe en el hombro. Toman aire, se hace el silencio, se miran y casi sin querer, claman los dos a la vez...

¡Qué tiempos aquellos!

El más locuaz, ante el esporádico silencio de su amigo, comienza un soliloquio de forma inesperada, exclama...

¡Por fin! ¡Qué tranquilidad! ¡Hemos llegado a un buen puerto de la vida! Se acabaron, las mareas, las tormentas, las tempestades, los vientos a favor y en contra, hemos llegado y lo que es mejor con los deberes bien hechos.

¿Cabe mayor satisfacción?

Durante esa travesía, hemos sido niños y niñas, adolescentes, hombres y mujeres, padres y madres, hasta abuelos y abuelas. Hemos vivido y seguimos viviendo, situa-

ciones personales y familiares, excelentes, muy buenas, buenas, normales, aceptables y como no también desastrosas, muy malas, malas, desagradables e incómodas. Por otra parte, hemos ejercido una trayectoria de estudiante con grandes dosis de internado, donde nos hemos labrado y ejercido y seguimos ejercitando una vida profesional, en ocasiones circunstancial, deseada, imprevisible etc. en definitiva vida en su conjunto, a la que hemos hecho frente con mayor o menor éxito. Todo absolutamente, todo lo hemos vivido y seguimos viviendo con más o menos intensidad, salpicados tanto de glorias como de miserias. Ese es nuestro pasado, pero hoy y todavía nos queda mucho por andar, tenemos por delante, nuestro presente y nuestro futuro, en ello nos empeñamos con las mismas ganas que lo hicimos en nuestro pasado.

Silencio, el amigo oyente quiere oír al compañero ganador de varios concursos de redacción en la Inmaculada en la fiesta de la patrona del colegio, le deja hablar, permanece a la expectativa. Su amigo, se pregunta... Pero... ¿Qué es el pasado? Y continúa...

Fácil pregunta y aparentemente fácil respuesta, así las cosas, podemos concretar que el pasado es todo lo que hemos vivido. Dicho así, parece una respuesta sencilla y aplastante, pero no nos engañemos, la respuesta encierra muchas dificultades y para muestra varios botones.

¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Dónde? y lo que es más complicado ¿de qué forma? hemos soportado el pasado.

Estas cuatro cuestiones, abundan en la calidad, cantidad y espacio de tiempo del pasado de nuestras vidas y que forman parte y son continuidad de la pregunta y la respuesta inicial. Es aquí, en la contestación a esas cuatro cuestiones donde se plantea la dificultad. Un símil, nos

ayudará a entender esta problemática. Nuestro pasado es esa mochila invisible que llevamos a cuestas sobre nuestras espaldas, llena de recuerdos que pueden ser de pesos variables, livianos o excesivos, de condiciones buenas o malas. Es claro que, en ocasiones nos gustaría parar en el trayecto de la vida, abrir la mochila y arrojar de forma intencionada, todo aquello que por voluminoso, pesado y de mal olor, nos está acompañando en este viaje, dejarlas al borde del camino o en el contenedor de nuestra existencia que desafortunadamente no es reciclable. Pero es evidente que cargando o no con ellas, forman parte de nuestra trayectoria personal. Pero ocurre que a nuestra mochila por usada y ajada, le aparecen roturas por las que sin querer se nos escapan los momentos del pasado incluidos los más alegres y de los cuales sentimos una marcada nostalgia o dicho de otra forma “morriña” y que quisiéramos conservar tan intactos, como fueron y ocurrieron el primer día. El orador, le pregunta a su amigo oyente...

Se te ocurre ¿Como evitarlo? Respuesta breve pero sincera del compañero...

Ni idea ¿Cómo?

Yo te lo aclaro. Se me ocurre una idea, lo podríamos evitar, colocando la mochila en la parte delantera al lado del pecho y de esta forma, ver y controlar su estado de conservación y los posibles defectos o deterioros y con ello repararlos antes de que de su interior se fuguen o caigan en el olvido aquellos momentos que queremos conservar. Es evidente que esto es imposible, por dos razones, la primera porque la vista, la memoria se vuelven perezosas, selectivas y muy exigentes, y la segunda porque delante, de forma obligada, debe estar el presente y el futuro. Inquieto, el amigo que sigue atentamente las consideracio-

nes del compañero pregunta ¿Entonces que se te ocurre hacer?

¿Cómo puedes evitar perder aquello que queremos recordar? Retoma la conversación...

No encuentro otra solución más segura y viable que reflejarlas en un libro, en nuestro libro. El libro que, en nuestra sociedad actual, sí que es el mejor compañero del hombre y de la mujer, coincidirás conmigo que este, el libro, ha desbancado al perro con creces del primer puesto de la amistad del hombre y no porque haya luchado para ganarse tal honor, sino por que hoy se han cambiado las tornas, y el hombre y la mujer, se han convertido en los mejores amigos del perro. Hemos conocido perros bondadosos, estúpidos, agresivos e inteligentes, pero hoy día muchas personas no podrían vivir sin ellos. Los griegos, decían que una casa no es un hogar si no tiene una golondrina anidando bajo su alero, y en mi opinión una casa no es un hogar si no tiene un libro de sus memorias. El amigo, le interrumpe, bueno bien pero un tanto extrema esa consideración....

Lo acepto, pero date cuenta y ya conoces que por mi sangre corren gotas andaluzas, prosigamos. Volvamos al tema. Si, si, te hablo de un libro en el que todos seamos protagonistas y autores a la vez, un libro que mantenga vivos los recuerdos, los sentimientos, los escenarios, las circunstancias de cómo, cuándo y donde ocurrieron los hechos. De esta forma, nos despreocuparemos y aliviaremos el peso sobre nuestras espaldas, así mismo, tendremos la garantía de que su contenido será imperecedero y que en los momentos más insospechados se convertirá para nosotros/as en nuestro buen compañero de viaje. Un libro que acurrucado en un rincón de nuestra librería, no solo signifique el recuerdo, sino que a su vez sea una muestra de nuestra existencia de vida para la segunda,

tercera y posiblemente hasta la cuarta generación. Se dice que una familia con memoria es más familia.

Ahora el que toma la voz cantante es el que ha permanecido en silencio.

De acuerdo, la solución, no me parece descabellada, en absoluto, no es mala, pero en cualquier caso, parece una misión casi imposible y atrevida que, alguien o unos pocos con la mejor de las intenciones escriban sobre la vida y el recuerdo de unos muchos. ¡Que atrevimiento!... ¿Cómo podemos evitarlo? De nuevo, vuelve a la carga verbal el orador...

Insisto, todos tenemos miles de anécdotas que contar, episodios más o menos afortunados, experiencias, sensaciones de vida etc. Pero no se trata ni queremos reflejar la biografía de todos/as de cada uno/a no, en nuestro caso, solo necesitamos recopilar las circunstancias que rodearon, nuestras vidas en aquellos tiempos en los que sufrimos o disfrutamos en calidad de internos en los colegios de la Inmaculada y Carabanchel Bajo.

¡Cuántas veces! habrás comentado y relatado las anécdotas más graciosas o pintorescas, de tú estancia en estos centros de internado y estudio, en ocasiones por ser reincidentes, hasta nos podrían tachar de pesados, de aburridos de contadores de batallitas. Vamos a evitar estos cariñosos reproches, para ello, vamos a proponer y ofrecer nuestra colaboración, para ello, debemos lograr que una parte del contenido de nuestras mochila se descargue en un libro y de esta forma, ya no nos preocupen perder o tirar a la papelera de reciclaje aquello que te pueda interesar o nos pueda interesar a muchos, de esta forma aliviaremos el peso a soportar y tendremos más y mejor ordenada nuestra mochila del pasado por otra parte a disposición del presente. Así que un consejo...

Si estás de acuerdo conmigo... Te repito, no lo digamos, vamos a escribirlo... ¿Te parece?...

Me parece, pero hay un problema.... ¿Cuál? Pregunta intrigado el amigo orador...

Muy sencillo...yo no sé me explicar como tú lo haces, te diré que me resulta muy fácil recordar, pero muy difícil contarlo y todavía peor el escribirlo.

De acuerdo, no es fácil escribirlo, pero eso es lo de menos, lo importante es recordarlo que para escribirlo académicamente estará la Asociación, seguro que si logramos sacar adelante la idea, la Asociación se encargará de todo, crear el equipo, ordenar y corregir los trabajos y lo que es hoy sumamente difícil, lograr editarlo.

Escúchame bien, te vuelvo a aquella frase de autor desconocido, muy popular entre los pínfanos/as «Aquello que ha ocurrido, si no se cuenta o escribe, parece que nunca ocurrió» y a nosotros la vida en los internados, en el compañerismo, en la solidaridad y como en el matrimonio, en lo bueno y en lo malo, sí que ocurrió... ino lo tiremos por la borda! Muy animado continúa hablando el iniciador de la idea....

Además, si se te da mal escribir, tienes pereza o no quieres, ya sabes que en un libro, no solo vale el escribir, también tiene vital importancia al recordar, ponerle cara, a personas, lugares, monumentos, etc. ya conoces aquella famosa frase «Una imagen vale más que mil palabras» si puedes, busca en el fondo de tus cajones, de tus cajas de cartón o metálicas, hurga en el baúl de tus recuerdos y recopila cuantas fotos sea posible de aquellos tiempos en los que conviviste con más de un centenar de compañeros, inmersos en la vida de estudiante interno y en Madrid, arropados por el uniforme, jóvenes atrapillados, es decir (atrapados en el trapillo) o lo que es lo mismo fotos

en las que se desprenden, de las imágenes en blanco y negro la veteranía, la experiencia de ser interno, la amistad que esos años gozábamos hasta las cejas, esas fotos que seguirán siendo tuyas pero que facilitarán en gran medida el proyecto del libro.

¿Y después qué...? Después... Como ya te he dicho, entra la Asociación de Huérfanos/as del Ejercito, esta dará el espaldarazo final a tu colaboración, tras complicadas y complejas gestiones, seguro que llegará a materializarse el libro, ella, se encargará de todo lo referente a su publicación y puesta en servicio, a cambio de nada, pero en favor de muy buenas causas. Un nuevo, silencio surge entre los dos amigos recién encontrados... ¡Acepto tu propuesta! Sonrisas y promesas de futuro... El orador, le garantiza, seguro que si sale adelante, saldrá bien y muchos de nuestros antiguos compañeros nos lo agradecerán.

Ahora es el oyente quien se gira y solicita, al camarero.... ¡Dos cañas! Que la idea se lo merece. Ambos levantan sus vasos, se miran el uno al otro, brindan por la idea, la convención del Día del Píñano continua...

HASTA DONDE EL CORAZÓN LLEGUE

Paloma Martínez de Tejada Gil

Era una calurosa noche de verano del 98, ansiosos por la esperada y tardía llegada del bus que nos traería al pequeño Jatri. Algo que nos producía mucha expectación, pero que a la vez deseábamos mucho.

Éramos varias familias las que estábamos esperando la venida de esos niños que no parecían llegar nunca y pensando que después de un largo viaje estarían muy cansados, pasarían con nosotros unos días muy intensos en los que viviríamos por lo menos una gran experiencia tanto para ellos como para nosotros.

Después de casi una hora y media de retraso por fin vimos llegar el bus, ya estaban aquí, estábamos nerviosos por saber quién sería nuestro niño, teníamos muy pocas referencias de él y por fin ya habían llegado; cuando se abrieron las puertas y empezaron a bajar del bus niños con caritas de susto, intentábamos buscar y saber cuál sería el nuestro, solo sabíamos que tendría alrededor de 5 años, pero con esa poca información poco podíamos descubrir, al fin y al cabo eran todos muy parecidos, eran unos pequeños niños al borde casi de la desnutrición. Aunque para algunos era la segunda vez que venían a pasar el verano con familias españolas. En las caras de estos pequeños se reflejaba la dura e injusta vida que les había tocado vivir.

Según bajaban del bus se iban colocando en fila, el estado general de esos niños era casi lamentable, algunos venían hasta sin zapatos, solo con una pequeña bolsa de plástico atada a la cintura con una cuerda y cuatro galletas, más una pulserita hecha de piedras para las madres

españolas como único equipaje. Viajaban con sus monitores, todos ellos saharauis, que les iban nombrando y entregando a cada familia. Nos acercaron aquel pequeño y asustadizo niño de una timidez y sumisión total.

Intenté abrazarlo y me di cuenta de que era como algo terrible para él, al fin y al cabo venía de un lugar donde las mamás son las únicas que abrazan y yo era una extraña. Por fin habían llegado y lo único que queríamos era llegar a casa y comenzar esos días de vacaciones para él, intentando que todos disfrutásemos lo más posible.

Después de tantas horas de tensión y de espera llegamos a casa y ver la carita de sorpresa por lo que él estaba descubriendo fue todo un espectáculo, muy emocionante. Era muy tarde y lo único que deseaba era dormir.

Después de bañarlo y tomar un vaso de leche lo metí en la cama. Me quedé observándolo un ratito cuando vi que se levantaba y se tumbaba en el suelo. Me tiré más de media noche metiéndolo en la cama y él bajándose al suelo una y otra vez. No había manera de que comprendiera que la cama era donde tenía que dormir.

Así transcurrió esa movidita noche para los dos.

Al día siguiente y bien tempranito me levanté para empezar y programar lo que sería su primer día con nosotros. Lo primero era equiparle, venía sin ropa ni siquiera tenía unos zapatos, Me llamó la atención que cualquier cosa, hasta lo más cotidiano, le producía sorpresa. Como los grifos, ponía el dedo debajo para que dejase de salir el agua poniendo todo empapado, los cristales de las ventanas con las que se daba coscorriones constantemente, las escaleras de la casa que subía a gatas con mucho miedo. Él no había visto nada de esto jamás. Vivía en una jaima en un campamento de El Aaiún. Si no hubiese sido

por la pena que me producía esa situación me hubiera reído, era algo increíble.

Por fin salimos a la calle para coger el coche, cuando de repente se puso a reír a carcajadas y al preguntarle qué le pasaba se puso a negar con la cabeza, no podía ser que una mujer condujera un coche, eso divirtió a mis hijos y a mí, terminamos todos riéndonos, aunque en el fondo el pobre iba muerto de miedo, no se fiaba un pelo de que una mujer fuera capaz de llevar un coche.

Emocionante fue la llegada al gran centro comercial donde descubrió que las puertas de cristal se abrían y cerraban al detectar a las personas, Jatri se pasó entrando y saliendo un buen rato, me miraba como preguntándome cómo era posible que eso pasase.

Por fin, después de un largo rato de abrir y cerrar puertas, le convencí de que teníamos que seguir, teníamos que comprar, fuimos de tienda en tienda para equiparle, empezando por la zapatería, la cara del vendedor era un poema, tuvimos que probar varios zapatos hasta dar con su número. Cuando conseguimos ponerle los zapatos, él se puso de pie mirándose los pies y mirándose con sorpresa, sin saber si eso que de repente le habían colocado lo tendría que llevar un ratito o todo el tiempo.

Al fin y al cabo él estaba acostumbrado a sus callos y durezas, ya no le dolían, le molestaba mucho más tener que llevar esas cosas llamadas zapatos en los pies.

Después de un largo rato entre la zapatería y ropas, de estar quitándose los zapatos a cada momento y yo poniéndoselos, le convencí de que tenía que dejárselos puestos, aunque yo sabía que no le gustaba nada.

Lo más importante ya estaba, me angustiaba que fuera descalzo, era hora de continuar con la compra del supermercado, eso sí que le entusiasmó, cogimos un carro y

empezamos con nuestra compra; al ver que yo metía lo que necesitaba dentro, él comenzó a meter en el carro todo lo que veía. Otra vez intenté explicarle que solo había que coger lo que se necesitaba, pero él seguía metiendo cosas y yo sacándolas, tengo que reconocer que ha sido la compra más divertida que he hecho nunca.

Por fin, volvimos a casa. Empezaba ya el día a día con normalidad. Sabiendo que tendríamos que hacer una serie de cosas diferentes, se trataba de que este pequeño disfrutara de algo que ni sabía que existía. Nos quedaba la visita al dentista y al oculista. Estos niños cuando vienen tienen una serie de carencias tan enormes, tanto de alimentación como de cualquier otro tipo, que cuando están aquí hay que intentar remediarles lo más básico, tampoco están demasiado tiempo como para ponerles en forma, así que el oculista y el dentista es lo primero, muchos necesitan gafas o no tienen dientes y eso se intenta arreglar.

Poco a poco empezó a integrarse, a jugar con mis hijos y con otros niños, aunque conmigo seguía teniendo sus reservas porque yo era una mujer y eso no le permitía darme un abrazo con las ganas y naturalidad que seguramente le hubiera apetecido.

Empezó a comer y a adaptarse a la vida de aquí. Quitando alguna cosa que le seguía asustando de una manera exagerada. Intentamos que se bañara en la piscina y eso fue tarea casi imposible. Ahora, después de tanto tiempo, me pregunto qué pensaría, que le pasaría por la cabeza para tener tanto pavor. Igual creía que le dejaríamos ahogarse.

Pobre, ahí sí que le vi llorar y decidí no insistir, a pesar del calor de ese verano.

Fueron pasando los días y aquel tímido niño se fue integrando. Sabíamos que tendría que volver y, poco a poco, el sentimiento de tristeza se apoderaba de todos. Era casi seguro que nunca más volvería, solo nos quedaría el contacto por carta y con el tiempo ni eso.

Llegó el momento de su marcha, los organizadores nos habían dado una serie de recomendaciones para que la hora de separarnos fuese lo menos triste posible.

Ellos habían pasado un verano que nunca más volverían a pasar.

La costumbre era mandarles regalos a sus hermanos y madres. Pero lo mejor de todo era ese dinero con el que poder comprar cosas, todas ellas de primera necesidad.

La recomendación era coserles en los dobladillos del pantalón un rulito con dinero para que no lo descubrieran jamás los padres, nos habían dicho que era muy importante que fuese así. Tenía que llegar directamente a las madres, ellas sabrían darle el uso adecuado al dinero, tenían la seguridad de que siempre se emplearía bien.

Otra cosa sería la ropa, los juguetes o cualquier otra cosa, eso lo llevarían en una maleta siempre. Maleta más grande que ellos, pero que no importaba si la tenían que arrastrar, era su maleta, su gran tesoro, y la llevaría a su lugar de origen, aunque posiblemente no volviera a utilizarla nunca más, serviría esa maleta para jugar o para llevar algún animalito de un lugar para otro.

Llegó el triste día de la despedida, a diferencia de la llegada se juntaron todos los niños en el mismo lugar, llenos de regalos y todos más gorditos, limpios, peinados y con grandes maletas, llenas de cosas no solo para ellos sino también para las familias. La pena de dejarlos marchar se mezclaba con la alegría de saber que sus familias

estarían ansiosas por volverles a ver. Y quién sabe si hay suerte y podrían repetir otro año.

Nos encontramos con los monitores, que volvían a pasar lista y después de un gran abrazo iban subiendo otra vez al bus que les llevaría hasta el avión ya de vuelta a casa. Las lágrimas y el sentimiento de vacío inundaban aquel lugar. Sabíamos que era posible no volverlos a ver.

Como era de esperar, pasó el tiempo y cada vez supimos menos de ellos. La tristeza del principio se convirtió en costumbre hasta dejar de doler y al final hasta olvidar. Han pasado muchos años y aunque alguna vez he recordado aquellos momentos y he pensado que sería de aquel pequeño niño, nunca más volví a saber de él.

Hasta hace unos meses que me pidió amistad por *face* un chico de unos veintitantos años. Tengo que reconocer que al principio rechacé de inmediato la amistad, no tenía sentido que me pidiese amistad un marroquí. Aunque me quedé pensando y me di cuenta de que ese chico se llamaba como aquel pequeño niño saharai que pasó un verano conmigo.

Me entró un poco de angustia, lo había rechazado del todo y era incapaz de encontrarlo.

Pensé en no torturarme, podía ser él o no. Posiblemente Jatri sea un nombre muy común en Marruecos.

Hasta hace poco que me volvió a llegar una solicitud de amistad con el mismo nombre. Era el mismo chico de la otra vez, no se había dado por vencido y lo volvió a intentar. Ahora sí que sí, era Jatri.

Hablamos mucho, largo y tendido, se sentía muy orgulloso de haberme encontrado, estaba estudiando en la universidad de Argel y presumía de mamá española, me enseñaba por todos los sitios, les decía a sus amigos que su madre de aquí era como las que salían en las películas

americanas. Ahora todos sus amigos quieren conocerme. Ya habla español algo mejor, aprendió a escribir aunque con muchas faltas de ortografía, pero es capaz de comunicarse conmigo.

Lo cierto es que aquel pequeño niño desnutrido ha crecido, sigue acordándose de aquello a pesar de los años, fue una experiencia para todos. A día de hoy me quedan todavía muchas dudas si es justo traerse niños para que conozcan y vivan lo que ellos jamás podrán tener. ¿Es bueno ponerle la miel en los labios?, aunque sabemos que muchos no llegan a mayores por la cantidad de carencias y las condiciones que se encuentran.

Me preguntó si es mejor dejarles en su medio y que no conozcan nada más, a fin de cuentas lo que no se conoce no se echa de menos. Es triste saber que todavía hay personas que viven en unas condiciones tan extremas y aun así son capaces de sonreír y hasta ser felices con poquito.

He aprendido que la felicidad hay que buscarla, que tener sueños es gratis y maravilloso, que la vida es un momento, que una sonrisa a tiempo puede alegrar a los demás. Que no siempre somos capaces de valorar lo que tenemos, que lo que condiciona la vida de las personas es el lugar y la familia donde naces. Que a pesar de las desigualdades hay cosas que pertenecen a todos sin diferenciarnos.

Que no solo hay estrellas en el cielo, que algunas están en la tierra y con sus actos y su vida nos iluminan. Solo tenemos que creer en ello; al final siempre las encontraremos.

EL BELÉN

Natividad Jaime Santamaría

En los años setenta, hubo una película titulada «Se armó el Belén», la protagonizaba Paco Martínez Soria, era entretenida sin grandes pretensiones y en mí evoca un sentimiento especial; en la madrugada del cinco de octubre (hace ya bastantes años) mientras la veía en televisión, sentí los dolores de parto del que iba a ser mi tercer hijo; tenía dos niños. Ya hacía tiempo que con mi marido habíamos decidido su nombre, si era niño, se llamaría Jorge y si como deseábamos era una niña se llamaría Belén y, mira por dónde, estábamos viendo esa película cuando empezó a llamar a la puerta.... Me pareció una grata coincidencia y como se cumplieron nuestros deseos de que fuera una niña, ese es su nombre.

Todo esto puede servir de preámbulo al relato que bien podría llevar el título de la película.

Cuando en verano, en días de calor extremo deseaba un poco de fresquito, me parecían muy lejanos los momentos en que el frío me haría quedarme en casa. Sin embargo, los días pasan, se acaba el calor, el otoño toca a su fin.

Estamos en Diciembre, el invierno todavía no ha entrado de forma oficial, hoy ha amanecido un día estupeando, cielo azul, un sol que brilla espléndido pero como hace ya un montón de días sopla un fuerte viento y hace frío, los ánimos de salir a la calle se desvanecen; ya veo que será otra clásica tarde “de sillón y mantita”, en otros lugares, dirían “brasero y falda camilla”.

Hemos terminado de comer, casi me he adormecido acurrucada en el sofá al calorcito de la calefacción, tengo

un libro en las manos que casi se me cae cuando me sobresalto, me parece escuchar que alguien toca el timbre, luego, ante la insistencia me doy cuenta de que suena de verdad; ¿quién llamará a estas horas? quien sea se muestra impaciente. Cuando abro la puerta entra corriendo mi nieta, es como un torbellino, mientras, de forma atropellada pregunta ¿yaya, ya podemos?, ¿yaya, ya es el momento?, ¿lo tienes todo?, por fa, por fa ¿empezamos ya? Casi no acierto a adivinar a que se refiere y a que vienen tantas prisas; cuando logro calmarla y hacer que hable despacio se me enciende la bombilla, caigo en la cuenta de lo que intenta decirme y entiendo su estado de nerviosismo.

Ella acude a un colegio religioso y no hace demasiados días que empezaron a hablarle de la Navidad, le explicaron su significado y le contaron las tradiciones propias de esta celebración. Cuando vino a verme quiso que le contara cosas del Niño Jesús, y al recordar que en casa me había visto poner el Nacimiento en años anteriores, preguntó: ¿Yaya, cuando se pone el Belén?, ¿podré ponerlo contigo? No podía negarme, de hecho, no le suelo negar nada pero le di largas y le dije que lo pondríamos una vez pasada la fiesta de la Inmaculada. En días posteriores le fui respondiendo a un montón de preguntas relacionadas con la Navidad. Y ahora, aquí estaba, se había cumplido el plazo, había llegado el momento y como cualquier niña de su edad estaba impaciente por empezar. Salió lanzada hacia la habitación que habíamos destinado para ese fin.

Ya hacía días que su abuelo había traído a casa todas las cajas que contienen todo lo necesario para montar el Belén así que sin perder tiempo empezamos a desembalar y clasificar todas las cosas. En un apartado las figuras, otro grupo con animales, en otro todas las casas, luego

los puentes, el río, las piedras, los árboles, las luces, los papeles, las telas, ... etc.... etc.

Miramos si hay figuras deterioradas por si hay que sustituirlas. De todas formas, habrá que comprar alguna porque cada año salen novedades.

Una vez todo ordenado llega el momento de empezar el montaje.

Primero había que montar el escenario, para eso tenemos una mesa en forma de ele que da mucho juego. Ahora hay que forrar la pared con un papel que tiene un paisaje adecuado y que es muy bonito. Después hacemos desniveles en el terreno y para eso empleamos cajas de distintas formas y tamaños. Una vez hecho, toca cubrir todo con telas; me sirven unos manteles en los que domina el verde y a continuación echamos por encima serrín de distintos colores y algo de gravilla. Dejo que ella vaya haciendo. De vez en cuando me mira para ver si lo está poniendo bien y yo, asiento.

Conforme vamos avanzando, mi nieta no para de hacer preguntas: ¿Yaya, tú de pequeña también hacías el Belén? ¿Tenías muchas figuritas? ¿El río también lo hacíais con plata? ¿Ayudabas a tu mamá? ¿¿¿¿???

Quiero contestarle a todas sus preguntas pero... ihan pasado tantos años!

Empecé a recordar, todo quedaba tan lejano que tuve que esforzarme, solo tenía 4 años al morir mi padre y por tanto hubo pocas Navidades pasadas en familia; mis recuerdos se reducían a muy poca cosa: una pared forrada con un papel azul y pegadas en él algunas estrellas de papel de plata, (seguramente procedían de algún paquete de cigarrillos), del montaje se encargaba papá y las casitas eran de corcho y tenían el techo rojo y unas ventanitas. Durante un montón de años las tuvo guardadas ma-

má y al final se las dio a mi hermana cuando nació su primer nieto. No recuerdo en absoluto ninguna figura, ni siquiera las más tradicionales. No pude contarle mucho, después de morir papá ya no se puso más. Hasta aquí llegaban mis recuerdos del Belén de casa.

Si que recuerdo con un poco más de precisión como era el Belén del colegio. No es de extrañar ya que allí pasé muchas Navidades

Se instalaba en la antecapilla; era una sala grande que como su nombre indica estaba antes de entrar a la capilla. Todo un lateral se empleaba para montar el Belén; era grande, muy bonito y lo recuerdo espectacular; quizás se deba a que yo era muy pequeña y las cosas se magnifican.

Las monjas se tomaban su tiempo, empezaban los preparativos con bastante anticipación. A veces, si nuestro comportamiento lo merecía, nos dejaban que participáramos en su elaboración. Lo hacían con desniveles, las montañas parecían de verdad, su color marrón claro como la canela supongo procedía de papel de embalar arrugado; no faltaba ni un detalle. Aquí el río con su puente, allá el ángel encaramado a un árbol anunciando la buena nueva a los pastores que estaban rodeados de corderos. Por allí alguna casita con sus habitantes, el castillo en lo más alto, en la lejanía los reyes montados en sus camellos sin faltarles los pajes. En lugar predominante el portal con unas figuras preciosas y a él poco a poco se iban acercando los pastores con sus regalos. Cuando llegaba el día de Reyes, se ponían delante del portal unos reyes que ya habían abandonado sus camellos y postrados, ofrecían el Oro, el Incienso y la Mirra. Tampoco faltaba un cielo estrellado.

Siempre estaba en el mismo sitio, siempre parecía el mismo pero cada año tenía nuevos matices y a las que pasábamos la Navidad en el colegio nos alegraba contemplarlo. Allí cantábamos algunos villancicos preciosos; no eran los tradicionales, puedo decir que no los he oído tan lindos.

La gente del pueblo que venía a celebrar la Misa del Gallo, entraba a visitarlo y ensalzaban la labor que habían hecho las monjas.

Al contarle todo esto a mi nieta tengo que explicarle también que son los presentes que los Reyes llevan al Niño ¿qué es el incienso?, ¿y la mirra? son palabras que ella no ha oído nunca y no puede entender. Mientras tanto nuestro Belén va tomando forma; ya están colocadas las casitas formando pueblecitos en los que no falta una placita, en el centro, la fuente con la mujer del cántaro, la castañera, la vendedora de fruta, un panadero, un herrero, algún hombre con zurrón, otro llevando al burro de la rienda. A la salida del pueblo ponemos la posada y también un huerto con sus tomates y zanahorias sin que falten algunas herramientas: “jadíco”, pala, regadera... Por el campo, un pastor guiando una yunta de bueyes, una pastora seguida por una hilera de patos...

En un risco hemos colocado al ángel anunciador al que los pastores miran asombrados mientras se calientan alrededor de la lumbre; sus corderos, andan entre la hierba muy cerca de la cascada que cae al río hecho de plata al que bordeamos con piedras, en su ribera, colocamos un par de pescadores y una lavandera con su librillo y su cesto lleno de ropa; también ponemos un par de puentes que lo cruzan. No muy lejos hay una granja con su pajar; por allí merodean cerditos, pollitos, gallinas, gallos, pavos y alguna vaquita, también una jaula con conejos y en un rincón un ponedero con huevos. Tampoco falta el

molino con sus sacos de harina y un pequeño estanque con patos y cisnes. Aquí y allá vamos poniendo árboles, arbustos y hasta algún ratoncito que otro corriendo entre las piedras.

No puede faltar el castillo del rey, es más grande que las casitas, tiene torreones y lo situamos en lo más alto con un guardia a su puerta.

En un rincón, como si fuera una cueva, colocamos el portal, inconfundible con su estrella en lo alto y dentro el Niño Jesús, María, San José, la mula y el buey. Este año me he tomado la licencia de poner a la entrada una pareja de la Guardia Civil que me han mandado desde Andalucía que por lo visto allí es bastante típico y la verdad es que queda graciosa.

Hasta allí van llegando los pastores llevando sus presentes; uno un pollo, otro un conejo, no falta una hogaza de pan, una jarrita de ¿leche? ¿o puede ser miel?, entre dos pastores llevan un corderito... Los Reyes aún están lejos, faltan días para que lleguen. Poco a poco se irán acercando.

Vamos dando los últimos toques, miramos si falta algo, encendemos las luces de colores que hemos ido poniendo entre las casitas y vemos que nos ha quedado precioso; mi nieta aplaude entusiasmada mientras da el último repaso y pregunta: ¿te gusta?, ¿verdad que ha quedado bonito? Lo damos por terminado; hemos pasado unos ratos entrañables y de mucha complicidad.

Ahora hay que llamar a la familia para que nos dé el visto bueno; conforme lo van visitando, la nena les da explicaciones de cómo lo hemos hecho y les avisa: “se mira pero no se toca”, solo ella tiene esa potestad. Está emocionada y pide que hagan fotos para poder enseñarlas a sus compañeras y profesoras.

No es un Belén con pretensiones ni tecnología pero está hecho con mucho cariño.

En días sucesivos ella se encargará de darle movimiento, irá cambiando las figuras de sitio, los pescadores irán recorriendo el río buscando buena pesca. Los animalitos parecerá que tengan vida propia porque no estarán nunca en el mismo sitio. Los pastores se irán acercando cada vez más al portal siguiendo los caminos marcados y los Reyes cruzarán el puente para llegar a tiempo de adorar al Niño.

Cada día el Belén será distinto, ella se encargará de encender las luces que además al encenderlas tienen fondo musical de villancicos. Disfrutará así y yo más viéndola.

LA GALENA

Francisco Antonio Álvarez López

A mediados de los años sesenta, me encontraba yo interno en el CHOE de Carabanchel, Madrid, donde mi principal distracción era escuchar la radio por la noche con un aparato un tanto arcaico ya por aquel entonces. Se trataba de una radio galena. Consistía aquel instrumento en una cajita de plástico con un cable que hacía de antena, otro cable que conectaba al radiador que había al lado de mi cama y un pequeño auricular.

En cierta ocasión y por mera curiosidad, pues era todo un misterio que aquello funcionara sin enchufarlo a la corriente y pilas que ponerle, abrí la cajita para ver su contenido y todo el misterio consistía en una bobina, un diodo y un condensador variable. Increíble que aquello tan simple funcionara, pero lo cierto es que así era para mi goce, diversión y entretenimiento.

Después de mi internado en Madrid, estudié en Valladolid la carrera de Magisterio la cual, una vez terminada, comencé mi andadura profesional en un pueblecito del norte de la provincia de Palencia.

Allí pasé los primeros años de mi nueva vida, recorriendo todo aquello que hasta entonces era desconocido para mí, como es el maravilloso arte románico de toda la provincia palentina.

El pueblo que me asignaron era más bien pequeño, agrícola y ganadero, con su preciosa iglesia románica - por supuesto-, una pequeña ermita a la salida, donde comienza la montaña, mi escuela y el río que serpenteaba todo a lo largo del campo comunal donde pastaba el ganado.

En la escuela solo tenía un grupo de alumnos por lo que había niños de los dos sexos y de distintas edades. Es inevitable que siempre hay alguien que sobresale por alguna circunstancia y a mí me llamó la atención desde el primer momento Toñin, un niño de apenas ocho años que acudía puntual todos los días, un tanto desaliñado pero siempre sonriendo.

Preguntando a unos y otros, pude averiguar que la madre de Toñin, una viuda llamada Isabel, tenía otros dos hijos, Manolito y Maribel, sin más ayuda para su mantenimiento que dos cabras, unas cuantas gallinas y una pequeña huerta en la parte posterior de su casa, apenas una cabaña con las paredes de adobe y con el piso de tierra.

Pronto llegaría la Navidad y aquella tarde le dije a los niños que hicieran una redacción sobre la misma y que aprovecharan para pedir un regalo a los Reyes Magos.

Una vez recogidos todos los trabajos, leí con avidez el relato de Toñin, pues estaba muy intrigado en saber que podía pedir aquel niño tan humilde. Fue una grata sorpresa para mí ver aquel contenido y se me agolparon en la memoria recuerdos imborrables de mi vida de internado. Toñin pedía a los Reyes nada más y nada menos que una radio, porque se había enterado de que algunos vecinos del pueblo tenían aquel extraño artefacto por el que se oían toda clase de cosas maravillosas.

Inevitablemente sonreí con una satisfacción indescripible porque vislumbraba el desenlace de esta agradable historia.

Mi radio galena del colegio de Madrid, que yo había tenido guardada como un pequeño tesoro desde hacía tantos años, ya tenía un heredero: Toñin, el hijo de Isabel.

Aquel sábado por la mañana y a primera hora, fui con mi radio galena envuelta en una caja de cartón y entregándosela a Isabel, le dije: Estos son los Reyes de Toñin, pero, por favor, en absoluto le diga que yo formo parte de este asunto. Esto es cosa exclusiva, como digo, solo de los Reyes Magos.

Pasadas la Navidades y ya de vuelta a la Escuela, se me presenta Toñin con su galena en la mano diciéndome a voz en grito: Mire señor maestro. Los Reyes Magos existen. Claro que existen, Toñin. ¿Como has llegado a saberlo? Porque esto nunca me lo podría haber comprado mi madre.

Aquella cara feliz me contagió una alegría tan grande que cada vez que me acuerdo de Toñin con su regalo en la mano, imposible reprimir una sonrisa en mi rostro, una gran paz interior y tantos recuerdos hermosos de mis noches de internado oyendo mi radio galena.

BELLOS RECUERDOS

Luis Rodríguez Varea

Dedicado a mis «casi» hermanos PÍNFAÑOS.

En distintas ocasiones participé en los Concursos literarios con motivo del Día del Píñano, y en tres de ellas y al margen de la alegría de colaborar, conseguí tres segundos premios y por ello recibí mis correspondientes preciosas estatuillas del PÍNFAÑO/A, lo cual y es natural me colmó de satisfacción, ya que escribir y recordar temas sobre nuestros Colegios, se me antoja algo difícil pero también verdaderamente emocionante, porque al tratarse de asuntos del CHOE, es que me animo y me inspiro, y pienso que nosotros somos personas de categoría, ya que nuestros años en los respectivos Centros, nos sirvieron y valieron de acicate para abrirnos todas las puertas y dificultades de la vida.

Me viene a la mente a modo de trampolín que me introduce en retroceso en un enigmático túnel del tiempo el verano de 1953, que tras mi primer año de ingreso en La Inmaculada, acudí al pueblo de mi infancia, allá en el antiguo Protectorado de España en Marruecos, y en el primer domingo de las vacaciones veraniegas, mi madre (que gran mérito, valor y enorme sacrificio entonces quizás incomprendido por nuestra parte de nuestras madres), me hizo ir a Misa con el uniforme de PÍNFAÑO.

Que dificultad encuentro al relatar aquella emoción al acercarme a Comulgar con mi pantalón corto, mi chaqueta con el escudo sobre las solapas y mi gorra al estilo militar apoyada sobre mi mano derecha, y sobre todo lo que llamó la atención en la abarrotada Iglesia Parroquial

de San José, y posteriormente en toda la localidad entonces llamada Villa Sanjurjo (hoy Alhucemas).

¿Qué significaba aquel uniforme? ¿Qué era un PÍN-FANO? ¡Creo que se enteró todo Marruecos!

Y memorizando con gran alegría aquellos años, aquellos eventos y tantas aventuras, casi sin darme cuenta vuelvo a introducirme en el citado túnel, y recuerdo entre otras muchas, una de las grandes travesuras:

Sería sobre el Curso 1.955/56 y ya en Carabanchel Bajo (Colegio Santiago), con motivo de la Festividad de nuestra Patrona «La Virgen Inmaculada», se había engalanado monumental y preciosamente el Altar de la Capilla, formándose una especie de escalera que culminaba con la preciosa estatua de la Madre de Dios.

Todo verdaderamente encantador, pero... ¿Como habían construido los bien ordenados escalones?

Aquí entramos mi pandilla de íntimos (Pereyra, Matos, Emilio (q.e.p.d.), Zamora, Poch, Padilla el canario... etc.), cada uno ocupaba en los pasillos un lugar estratégico para vigilar y dar el posible ¡Queo!, ¡queo!, Pereyra y Emilio junto a este cronista, entramos por la Sacristía y con gran sorpresa y mayor alegría descubrimos que debajo de las blancas sabanas habían montado los distintos escalones con unos largos tablones y... ¡y con preciosas y encantadoras latas de cinco kilogramos de leche condensada!

¡Menudo tesoro escondía nuestra Santísima Virgen! No era cuestión de perder el tiempo. Así que cogimos una que reemplazamos con unos ladrillos de las obras de reformas de la piscina y... ya nos figuramos todos la continuación.

Días después, y tras los empalagos y las respectivas descomposiciones de campeonato, quizá la siguiente semana ¡Fuimos todos castigados!

Aun hoy nos preguntamos ¿cómo se enteraron? ¡Solo Dios lo sabe!

Los PÍNfanos/AS (palabra que siempre uso en mayúsculas), somos o formamos “familia”. No tenemos parentesco de consanguinidad, pero un día compartimos aulas, comedor, recreos, dormitorios... y a veces tuvimos incluso más vivencias y roces que con cualquier autentico hermano, y cada cual nos rodeamos a lo largo de aquellos años de internado de unos compañeros, amigos íntimos, “tu grupo” a los que llegamos a apreciar y querer como a un hermano de verdad, y que jamás lo olvidamos en el transcurso de nuestras vidas, y cuando tenemos la suerte de encontrarnos (muchas veces gracias a nuestras Reuniones), es una de las grandes alegrías y satisfacciones que la vida y sobre todo el TODOPODEROSO nos regala y concede.

EL DÍA DEL PADRE

Natividad Jaime Santamaría

Hoy es uno de los muchos días de invierno en los que sopla el viento con fuerza y hace mucho frío, toca quedarse en casa y solo apetece acurrucarse en el sillón en compañía de un buen libro o mirar la televisión. Desde hace días, lo que hay, es un bombardeo continuo de anuncios, casi no se han apagado los ecos de la Navidad en los que se anunciaban diversidad de productos a cada cual mejor, eran fechas en las que da la impresión de que estamos en la obligación de regalar a todo el mundo, hombre, mujer, amigos, niños, compañeros.... Después llegó San Valentín; todo para los enamorados: flores, perfumes, libros, ropa etc. Los grandes almacenes saben tocar la fibra sensible. Ahora llega el día del padre, vuelven los consejos, hay que agradar a papá y comprar todo lo que de forma muy sugerente te anuncian, no falta de nada, desde relojes, móviles, libros electrónicos hasta viajes maravillosos...incluso billetes de lotería especial para ese día; es difícil elegir lo que más le va a gustar.

Ya he visto bastante, cojo el libro e intento meterme en la historia, leo y releo pero no soy capaz de concentrarme aunque me gusta de verdad; mi mente vuela años atrás.

No recuerdo bien cuantos años tenía, seguramente, entre 13 y 14.

Estoy en Aranjuez, en el colegio, mi hogar durante los nueve meses que dura el curso desde que llegué con 7 años, es la hora del recreo del mediodía, estamos en el patio acristalado entretenidas jugando en los bancos de granito, unas a las piedras y otras a las tabas mientras nos llega el turno de montar en bicicleta; las han traído

los Cristinos junto a patines, balones y otros juegos en su última visita y hacen las delicias de todas nosotras.

Hablamos de temas intrascendentes, contamos nuestras cosas y algún que otro chiste o anécdota, también hay tiempo para quejarse de algo, dentro de un internado no hay demasiados temas de conversación, las monjas nos dicen claramente que estamos allí para educarnos y estudiar. Ya es el mes de Marzo, el sol calienta y se está a gusto. En un momento todo cambia, una de nosotras hace una pregunta: ¿recordáis que se celebra hoy?, de momento la miramos sin saber que quiere decir y entonces ella misma nos lo aclara: HOY ES EL DIA DEL PADRE.

Se hace el silencio, todas sabemos que es San José, para mí además tiene significado especial ya que era el nombre de mi padre y es el de mi hermana pequeña. En la capilla hemos rezado el “septenario” pero ninguna habíamos pensado en esa celebración. Yo digo entonces muy seria “os dais cuenta lo que supone celebrar el día del padre en un colegio de huérfanas”, se hace el silencio y una rompe el hielo sugiriendo la idea de que contemos cuando y como fuimos conscientes de que ya no teníamos padre. Nos parece bien.

Una tras otra vamos desgranando nuestros recuerdos haciéndonos partícipes de lo que sucedió años atrás.

Yo tengo que remontarme mucho ya que mi padre murió cuando solo tenía cuatro años, me veo junto a mi hermana vestidas de negro de pies a cabeza lo mismo que mi madre y en mi mente hay muchas lagunas de los años inmediatos al fallecimiento; con el tiempo se fueron llenando gracias a los recuerdos que contaban los que estaban a mi alrededor: así sé que perdí la gana de comer hasta el punto de preocupar a mi madre, también he sa-

bido que como un perrito fiel acudía al cementerio en cuanto tenía ocasión, pero otras muchas cosas han quedado para siempre en el olvido..., no tengo recuerdos de vida en familia, ni de navidades ni de cumpleaños, ni siquiera de vivir con un bebé en casa. No obstante, algunos “flas” se repiten con asiduidad.

Vivo en un pueblo y en aquellos años todavía los niños jugábamos en la calle, no había peligro, además al ser una calle estrecha raramente circulaba algún vehículo. Tampoco había distinción de sexos, niños y niñas jugábamos juntos y lo mismo hacíamos carreras, pensábamos alguna travesura o hacíamos banderetas con las que adornábamos la calle el día del patrón con una buena “chocolatada”; todos éramos una piña y cualquier cosa servía para hacernos felices. Fue una tarde en que la diversión se trasladó a casa de uno de los niños al que habían regalado una máquina de cine cuando fui consciente de mi condición de huérfana; todos formamos una fila para acceder a la sala de proyección, (el comedor de su casa), había que pagar 10 céntimos, cuando llegué yo, el dueño le dijo al que cobraba “a esta no le cobres que no tiene padre”, yo entré tan ufana y siempre he recordado ese momento.

En otra ocasión, en la calle, uno de nuestros entretenimientos consistía en empujar la puerta de un establecimiento y salir corriendo, aunque lo hacíamos en todos, teníamos predilección por un quiosco cuyo dueño era muy mal carao y al que teníamos verdadero pánico aunque eso no impedía hacerle siempre la misma jugarreta. Pues bien, uno de esos días al salir corriendo perdí un zapato, aquel hombre que siempre salía tras nosotros a ver si pillaba a alguno se hizo con él y se lo llevó a su tienda imenudo trofeo! yo lloraba desconsolada. ¿Cómo iba a presentarme en casa sin zapato? Mi madre me

mataría. En aquel momento nos reunimos todos y se formó un comité (todo chicos) para ir a suplicarle que me lo devolviera y el argumento esgrimido como no podía ser otro fue: “es que no tiene padre”, seguro que tocaron su fibra más sensible porque el zapato volvió a mí poder.

En los pocos recuerdos que guardo de mi niñez, siempre aparece una señora que vende chucherías: tiene yoyos, combas, peonzas, pistones (una especie muy simple de petardos), litones, caramelos, pirulís y toda clase de golosinas que nos hacen suspirar a todos los niños, pero mi objeto de deseo son unas gafas de sol de plástico; cada vez que las veo suspiro por tener unas.

Un día, llega un niño del grupo corriendo, viene de “catequesis” y nos dice: hoy nos ha dicho el cura que todos los muertos resucitarán el último día. Me quedo mirándole y le contesto: ¡qué bien, así mi papá me comprará unas gafas de sol! Siempre he tenido presente ese momento. Hoy, seguramente hubiera deseado cualquiera de los muchos objetos de alta tecnología con los que disfrutaban nuestros niños.

Ya me toca el turno de bici, una a una hemos ido contando con cierta emoción nuestras experiencias de aquellos años que aunque lejanos vamos rememorando en cuanto hay ocasión, hemos pasado un rato en el que en algunos instantes nuestros ojos se han arrasado de lágrimas. Ha sido nuestra manera de celebrar EL DIA DEL PADRE.

Monto y empiezo a dar vueltas al patio mientras en la mente siguen presentes los emotivos momentos recién vividos.

He estado tan ensimismada con mis recuerdos que no he oído llegar a mi hija; no sé cuánto tiempo lleva observándome, veo que me mira y me pregunta «¿Qué te pasa

mamá? parece que estás lejos de aquí», la miro y solo acierto a responder: no pasa nada hija, estaba pensando en la gran suerte que habéis tenido tú y tus hermanos de tener un padre con el que disfrutar, nunca podrás ni imaginar lo mucho que yo llegué a necesitarlo y cuanto lo añoré. En estos días la televisión machaca tanto con el día del padre que he rememorado momentos vividos.

Han pasado muchos años, pero la pérdida de mi padre siendo tan niña me ha acompañado toda la vida.

ICHA CANDISA

Luis Rodríguez Varea

Seguramente, nadie creerá este relato. Es igual. Allá cada cual con el crédito que le merezca

1.- INTRODUCCIÓN

Mi pueblo, como veremos, es muy especial. Es único.

Nació como localidad en 1925 (sólo quince antes que yo) y a los treinta y un años de su existencia (1956) murió como tal.

Y no fue debido a un terremoto (como sucedió en Agadir por ejemplo) ni a ninguna catástrofe de esa índole, sino simplemente y por un motivo “político”, perdió su nombre por otro, igual sucedió con sus calles, paseos y plazas. Cambió la moneda y las costumbres, la religión y hasta el idioma y la nacionalidad.

¿No parece cosa de brujería?

Si todo esto fue verídico, totalmente real y posible; no nos debe extrañar lo que me sucedió.

2.- VIAJE A LO DESCONOCIDO

Aproximadamente a unos veinte kilómetros de su salida del recorrido Villa Sanjurjo a Melilla, en un lugar que los conductores de las agencias de viajes La Valenciana y la CTM., conocían con el nombre de “la parada de Abdela-sis”, donde existía un enorme castaño junto a otro gigantesco algarrobo (en África todo se me antojaba exagera-

damente grande), ubicado en una inhóspita y extensa región conocida por los nativos con el nombre de Arbaá de Taurit, y después de cruzar a pie el río Nekor con el agua a la altura del pecho en algunos trechos, y subir caminando a continuación hasta dos horas monte arriba por senderos de acémilas, llegamos a un poblado o cabila llamado Benimashan, y me quedé sorprendido que a mis doce años, todos los numerosos chicos marroquíes y al verme huían despavoridos y asustados de mi presencia.

Pregunté a mi anfitrión Abdelasis Musa Jach Amar, sobre dicha y anómala circunstancia, y este sonriendo me explicaba que jamás hasta esa fecha un pie europeo había hollado aquel su pueblo, y que lo mismo que los españoles en Villa Sanjurjo amenazaban a los niños traviesos: "Va a venir el moro Musa a llevarte con el saco", allí las mamás nativas decían a sus hijos y por los mismos motivos. "Va a venir el español Pepe a cogerte".

Abdelasis era el jefe, dueño o patriarca de aquella escondida localidad de escasamente doscientos habitantes; administraba la totalidad de sus bienes y proveía de todos y múltiples enseres necesarios y vitales para la subsistencia. Además era "Santón", una especie de sacerdote, abogado y juez. Tenía por ello la facultad para bautizar, casar, solucionar toda clase de conflictos o pleitos... etc. Por ello y entre sus apellidos se le añadía el apelativo de "Jach", que significaba que había peregrinado en La Meca, ciudad santa y sagrada del mundo árabe.

Gran amigo de casa y de toda mi familia desde nuestra llegada a Marruecos en 1.942, no es de extrañar y por ello fácil de comprender, que conocido ya a grandes rasgos, como después de mil rogativas y debido a mi constante tozudez, mi madre accediera por fin en permitir la realización de aquel fantástico viaje o traslado a aquella

fabulosa excursión o aventura a lo inhóspito y desconocido, donde “era cierto”, jamás había llegado un extranjero.

Mil continuadas sorpresas me esperaban en aquel rústico, destartalado, misterioso y escondido lugar, pero nos limitaremos a describir la espantosa e increíble “leyenda” jamás oída, vivida ni siquiera imaginada por un pequeño hombre de sólo una docena de años.

Después del solemne y sabroso banquete en honor del español invitado especial, vino la conversación propiamente dicha.

A unas palmadas de un tal Adelnader, un anciano muy cercano a los cien años, respondieron todas las bien jóvenes mujeres que nos habían servido, con una reverencia de cintura, bajando la cabeza con sumisión y ausentándose para ir ellas a comer. (Siempre aparte y después de los hombres).

El “Jefe” era un extraordinario y simpático interprete, siempre con la sonrisa sana y emanando alegría en cualquiera o insignificante de sus palabras, gestos y facciones. Verdaderamente inspiraba total confianza.

No adivino el porqué, o quizá porque mi amigo así lo provocó, empezaron a hablar de las Sagradas Escrituras.

Yo estudiante de segundo de bachillerato, naturalmente estaba más o menos al corriente de las cuestiones más sencillas o elementales (menudos “capones” me había ganado del padre Mateos en el Instituto), tales como aquello del Paraíso Terrenal con Adán y Eva por allí corriendo y jugando sin conocer la vergüenza ni el pudor, bueno hasta que comieron la sabrosa y apetitosa famosa manzana, por culpa e incitación de la culebra (al mencionar al ofidio, se cruzaron entre ellos unas miradas extrañas de inteligencia, y que yo no comprendía). El castigo

de expulsión del Edén, el pecado de adoración de los falsos dioses, la entrega de los Diez Mandamientos, la travesía del desierto por la tribu de David, lo relativo a Abraham y el por casi poco sacrificio de su hijo Jacob (que es la fiesta del borrego de los musulmanes), la llegada de Jesucristo y así un etcétera muy largo de materias bien sencillas de conocer.

Aquellos sorprendidos señores presentes, respetados ancianos con largas barbas blancas, sentados en cuclillas alrededor de la baja mesa repleta de vasos multicolores conteniendo rico, aromático, sabroso y humeante té, se hacían unas raras cruces sobre sus frentes y pechos totalmente incrédulos, exclamando a cada instante y no dando crédito a lo que oían y no podían ni remotamente concebir como un chico con doce años, podía almacenar tantísima sabiduría y más aun tratándose de materias sagradas, y por ello de suma importancia y seriedad.

Era imposible decían y exclamaba a cada instante, y se quedaban boquiabiertos y como maravillados. Me miraban y observaban como un superdotado (ipobre de mí!). Total que mis inicios de permanencia en aquel mundo, no podía empezar de mejor manera.

También a su vez, aquella asamblea de ancianos me explicaron una solemne verdad (para ellos claro) que Abdelazis iba traduciendo palabra a palabra frase a frase con tono de voz siempre muy comedido y con sumo aire de misterio.

Si ellos abrían los ojos como asombrados y gesticulando, demostrando en todo momento cierto terror en sus manifestaciones, observando de reojo a cada instante hacía los rincones, y hablando bajito y con suma cautela para que nadie nos oyera. Yo iba de sorpresa en sorpresa y miraba a mi traductor interrogándole y no dando cré-

dito a aquella para mi fabulosa leyenda, pero mi suplicante mirada solo encontraba y aumentaba mi asombro, cuando mi intérprete iba afirmando y traduciendo todo literalmente y con rotundidad, no dando oportunidad a la mínima duda. No sé si estaban todos “sugestionados”, fanatizados o bajo los efectos de alguna droga. ¿Estaría soñando? Ojalá se tratase de un sueño.

La cuestión es que con mi corta edad, y por precoz o espabilado que pudiera ser, escuché aterrado y en primicia “necesaria y forzosamente”, una escalofriante narración, creencia, historia o leyenda tan extraña y rara, tan misteriosa que dudo que otro ser humano la haya escuchado ni por supuesto imaginado.

3.- EL ICHA CANDISA

Icha Candisa en castellano equivale al “Demonio”. Sólo se presenta o aparece al hombre adulto, nunca a los niños o menores y jamás a las mujeres. (La palabra sagrada hay que arrojarla al fuego, antes de ponerlas en labios de una mujer”); y solamente visita al hombre mayor que por alguna trasgresión o mala conducta y vida desordenada lo merezca. Es pues un castigo impuesto por el Soberano de los Infiernos.

Siempre en un lugar apartado y solitario aparece en forma humana de una mujer bellísima. Es tanta la sugestión y esplendor que muestra, que es imposible no mirarla a los encantadores y preciosos ojos. En ese momento quedas prendido y totalmente hechizado antes esa deslumbrante e inimaginable belleza, y no se puede evitar (una poderosa atracción o fuerza interior te obliga) a lanzarte hacia ella, a su brazos abiertos, a sus carnosos

labios llenos de lujuria, con el ardiente e incontenible deseo de poseerla.

En ese preciso instante se transforma en una culebra o en un mulo, siempre en una de estas dos formas y jamás bajo otro aspecto. Si adopta la forma de serpiente, te muerde y te inyecta un potente y lento veneno, que a los tres o cuatro días falleces irremisiblemente víctima de unas fiebres elevadísimas. Si se transforma en mulo, te propina una coza que te produce tal traumatismo, que como máximo a los seis o siete días mueres igualmente sin remedio, con unos dolores terribles y fiebres insoportables.

No hay ciencia humana (la conocida por ellos), producto ni intervención de santones, curanderos o brujos, que pueda sanar este mal producido por Satanás.

Sólo hay un modo, que es rarísima excepción, y que pudieras salvar la vida; pero es gracia y potestad del mismo Demonio.

Se te vuelve a presentar en su forma de bella hembra exuberante con su gran esplendor y belleza, y voluntariamente accede y consiente que la poseas sexualmente; en cuyo caso salvas la vida, pero nunca te integrarás en la sociedad ni a tu vida anterior, sino que vagarás errante todos los días como un loco "endemoniado", poseído por el mismísimo Diablo, y todos te rechazaran y huyeran de tu persona.

¡Quizás era mejor y preferible la misma muerte!

Este increíble relato y no menos terrorífica leyenda, contado por aquellos respetables y serios ancianos, y viendo sus semblantes de circunstancias y máxima formalidad, te ponían los cabellos de punta, era espantoso verlos y oírlos. Estaban totalmente convencidos de toda la narración.

No tuve más remedio que acudir a Abdelazis en busca al menos de algo de ayuda o cierta tranquilidad; pero fue totalmente al revés. Mi terror subió de tono, si eso aún era posible, cuando mi amigo me afirmaba todo categóricamente y con rotundidad; cuando además me añadió el modo de llamar o provocar la visita del Icha Candisa, claro que eso era un gran secreto y nunca jamás debería hacerlo o usarlo, ni por supuesto contarle o divulgarlo, si no eras “Santón”.

Pones la palma de la mano derecha apoyada sobre el dorso de la izquierda, y en esta postura mueves ambos dedos gordos, (que han quedado uno frente al otro)), de atrás a adelante, simulando el avance de una serpiente, y de este modo le llamas, invitas o incitas para que venga a tu lado.

¡Ya era bastante, ya era demasiado!

Esta fantástica historia me dejó helado, como traumatizado. Naturalmente no podía creer en nada de eso, pero el miedo se me lo metieron desde el colodrillo al calcañar, y de todas las maneras tenía forzosamente que respetar sus ideas, sus creencias y su fanatismo.

¡Menos mal que no se presentaba a la gente joven! Lo cual ya era bastante consuelo.

Terminada mis vacaciones de quince días, por llamarlas de algún modo, y habiendo adquirido sobre el terreno unas experiencias extraordinarias y sorprendente de esa raza, regresamos a Villa Sanjurjo, ¡a la civilización!, y me prometí firmemente olvidar solo una tenebrosa cuestión: La terrorífica historia del dichoso Icha Candisa.

Pero..., estaba muy equivocado. No terminaría tan felizmente, como simple curiosa y pasajera anécdota. Los días continuaron y la vida me deparaba y me reservaba

una extraordinaria sorpresa y una muy amarga vivencia. Me esperaba un encuentro con el condenado Demonio.

¡Vivir realmente y presenciar personalmente estos efectos del Diablo!

¿Sería posible?

4.- SIMON

En la esquina de la manzana de mi casa, situada en la calle Guis, que desembocaba perpendicularmente a la Avenida José Antonio, donde estaba el establecimiento de ultramarinos “Casa Navazo” existía una tienda de pequeñas dimensiones dedicada al trabajo del cuero y reparación de calzado, regentada por un amigo y vecino llamado Simón; para mí era paso obligado diario, y al margen del saludo siempre hablábamos de mil cosas y reía de tal modo tan agradable y simpático, que te contagiaba con su buen carácter y talante.

Le comentabas cualquier ocurrencia y te contestaba:

—Esonoposible (Eso no es posible). Esotamentira (Eso es mentira). Tu tener poca achuma (Vergüenza).

Con mi hermano Pepe y al ser cinco años mayor que yo, tenía bastante más confianza; y con él siempre hablaba de fútbol (ambos eran forofos del Real Madrid) y... bueno de fútbol y de mujeres.

Simón de unos cuarenta años, era un verdadero y fenomenal artesano del cuero, poseía unas manos magistrales para repujar y moldear toda clase de pieles; hacía botas altas preciosas a medida, reparaba toda clase de calzado, forraba muebles, hacía bolsos, cojines, cartucheras y toda clase de encargos, Lástima que el material era rudimentario y antiguo, y el local solo una especie de tras-

tero con un altillo, de solo unos escasos metros cuadrados.

Transcurrido como un par de años, un día y como hacía diariamente, pasé junto a la zapatería de nuestro amigo Simón y lo encuentro derrumbado, llorando desconsolado y totalmente desconocido y ¿cómo voy a explicarme?, ¿cómo se me iba a creer?... Había y tenía poderosos y suficientes motivos para llorar:

¡Tenía la cabeza al revés!

Si, efectivamente hemos leído bien. Presentaba la barbilla para adelante y la cara para atrás. Los ojos desorbitados y enrojecidos. La faz desencajada aparentando risa sardónica. Los cabellos de punta. ¡Era un verdadero monstruo! Se quejaba de dolores horribles, pero no se veía el mínimo rastro de sangre y estaba ardiendo, con temperatura muy elevada. Todo su cuerpo sudando y temblando con exageración.

Naturalmente me asusté una enormidad y no daba crédito a lo que estaba presenciando. Ansioso por socorrerlo le pregunté implorando los motivos de su estado, si había sufrido algún accidente de circulación, alguna caída desde cierta altura..., y lastimeramente, balbuceando me relató lo siguiente:

-”Había escapado de su mujera (esposa) por ir con una misialcajaba (prostituta) bellísima que había encontrado en la calle Insorent (efectivamente era la calle de las mujeres de la vida), y cuando fue a acostarse con ella, ansioso de amor como un gamero (burro) (palabras y expresiones textuales), ella se convirtió repentinamente en un mulo y le dio una tremenda patada aquí mismo (se señalaba a su barbilla), y que no recordaba más, pues perdió el conocimiento y lo recobró la noche anterior

dentro de su pequeño negocio, tirado sobre el suelo y todo totalmente desordenado”.

Los resultados de su escalofriante y tremendo relato estaban a la vista. Enmudecí impotente, temblé de pánico y miedo, un gran terror me invadió, quedé como petrificado.

Enseguida recordé toda la fantástica leyenda de aquellos ancianos de Benimassan. Todo coincidía tal como me lo habían relatado. Pero..., pero indiscutiblemente no podía ser verdad. No podía creerme nada de todo esto.

Corrí aterrado en busca de mi hermano Pepe para solicitar ayuda y protección. Cuando lo encontré y volvimos a la zapatería de nuestro común amigo Simón, este ya no estaba y la calle se encontraba llena de curiosos. Nos contó el dueño del cafetín, igualmente vecino, que se lo trasladaron en una ambulancia al hospital.

A los tres días y según comentaron, moría retorciéndose y enroscándose como una verdadera culebra, presa de horribles dolores y con fiebres bien altas. (Estos síntomas hoy me recuerdan las manifestaciones propias del tétanos).

¿Todo esto es o fue verdad? ¿Es sólo verdad a medias? ¿Es un cuento chino o una fábula? ¿Quizás una leyenda que se va transmitiendo de boca a boca y de generación a generación?

Lo que sí es totalmente cierto es que fui testigo presencial de todo ello, y me limito a narrar con total exactitud lo que primeramente oí, y luego vi y presencié, transcurrido un par de años.

Cuento lo que me describieron con total formalidad aquellos respetados ancianos del poblado berebere, y lo que posteriormente le sucedió a mi pobre vecino el zapatero; que por cierto todo coincidió exactamente como me

lo habían contado en Arbaá de Taurit aquellos señores de largas y blancas barbas, que indiscutible mente no eran amigos de bromas, y por consiguiente hablaban con total seriedad. No admitían chistes, gracias ni tonterías con las “las palabras sagradas”. Sólo traducían e interpretaban versículos de su Religión con suma respetuosa formalidad y seriedad, y sobre todo total y firmemente convencidos.

Evidente y personalmente al ser cristiano, europeo y por consiguiente de costumbres occidentales, no creo nada de aquello (para mí simple leyenda); pero ellos si lo creían a ciencia cierta y sin la mínima duda, quizás influenciados por el fanatismo de sus propias creencias y respetada Religión.

Que tiempos tan maravillosos, y que cosas extrañas vivimos en nuestro encantador pueblo Villa Sanjurjo. ¡El mejor del mundo!, pero también una localidad única por sus raras y propias peculiaridades.

5.- FINAL

¿No es mi pueblo extraño y muy especial?

El día 8 de septiembre de 1925, se llevó a cabo la operación militar hispanofrancesa, que pasaría a la historia como el Desembarco de Alhucemas (Marruecos).

Tras la pacificación del Rif, apresado el insurrecto Abdel-krim; el Rey Don Alfonso XIII premia al General Sanjurjo con la laureada de San Fernando, lo nombra marques del Rif y le promete poner su nombre a un poblado recientemente creado, en lo que era un verdadero desierto, en la punta noroeste de la bahía de Alhucemas (120 kilómetros de Melilla) y así nace mi pueblo: VILLA SANJURJO.

En abril de 1956 (31 años después), se le concede la independencia a Marruecos, y mi pueblo Villa Sanjurjo, desde ese momento se llama ya Alhucemas, y todos los nombres castellanos pasan a adquirir nombres árabes; ya no pertenece a España sino al Reino de Marruecos. Se cambia la moneda, la religión, las costumbres, el idioma... ¡Se cambia todo! ¡Todo se vuelve al revés!... todo parece obra del mismísimo Diablo. ¡Perdón!, del Icha Candisa.

FIN.

NOTA.- Julio Verne, del que hoy nadie duda, es considerado como uno de los más grandes clásicos de narraciones de aventuras y viajes fantásticos, empezaba algunas de sus obras del siguiente modo tan original...

TRÁNSITO

Carmen Jaime Santamaría

Tránsito Heras se estaba mirando en el espejo de su cuarto de baño. Aún no se podía creer lo que hacía menos de una hora le había dicho su hija Tina.

Hacía una semana que Cristóbal, el padre de Tina, había muerto y venían de la Misa que se había celebrado en la parroquia. Ya en su casa, en la de Tina, se habían sentado en el sofá mientras el padre de sus dos nietos, Roberto, trasteaba en la cocina improvisando algo para comer.

—Dile a tu marido que no haga tanto ruido, hija, que parece que en vez de preparar comida estuviera conduciendo una excavadora. Por Dios que estruendo, me va a estallar la cabeza.

—Vale mamá, ahora se lo digo... recuéstate un poquito mientras pongo la mesa.

—Para tumbarme estoy yo; lo que me tenía es que haber ido con tu padre que parece mentira la faena que me ha hecho.

Tina miró a su madre mientras se dirigía a la cocina. No quería estallar tan pronto con el cuerpo de su padre aún caliente y la pena que le subía por dentro, a oleadas, dejándola casi sin aliento. Su padre el ser más bueno y cariñoso que había conocido se había ido para siempre y ella aún no era capaz de admitirlo. Tendría que ir superando las distintas etapas del duelo pero aún era pronto. Se imaginaba llegando a casa de sus padres con sus hijos por las tardes a la salida del colegio y veía a su padre en su sillón con el periódico o un libro en las manos. Los besos a sus nietos, a ella misma, su talante,

siempre de buen humor, la sonrisa permanente mientras les daba a los niños cualquier chuchería comprada pensando en ellos. Y después las voces de su madre protestando por todo.

—Por Dios hija ¿de dónde salen estos niños tan sucios y despeinados?, parecen que vienen de la guerra, anda llévalos al cuarto de baño que se laven un poco, me van a poner todo perdido.

—Sí mamá... como tú digas. Y vienen del colegio; por eso vienen así, porque juegan y se pelean entre ellos como todos los niños del mundo a estas horas de la tarde. Y a mí me gusta que salgan así, quiere decir que son felices y que han disfrutado del día. El baño se encargará de devolverles el aseo que tanto te preocupa.

—Tiene razón la niña, son niños- decía el abuelo- anda venid que vamos a merendar.

—Tú quieto ahí; ni se te ocurra entrar con ellos en mi cocina, ya voy yo que sois capaces de dismantelar mi trabajo de todo un día.

Y así tarde tras tarde cada vez que iban a verlos. Su padre callaba y obedecía sin rechistar lo que su madre ordenaba y los niños se refugiaban alrededor del abuelo en busca de la chuchería que guardaba.

—Eso, tú dales lo que se te antoje —volvía a la carga su madre— los estás malcriando, que desastre de hombre yo me tengo que hacer cargo de todo, eres una nulidad, anda dame el periódico que llevas las manos llenas de tinta.

Y así siempre; protestando por todo, sin una muestra de cariño, parecía que era incapaz de demostrar que lo quería, que los quería a todos.

Él callaba y se desprendía del periódico o de cualquier cosa que a su mujer le molestara.

Tina no quería estallar con su padre recién enterrado, pero su madre parecía no darse cuenta, seguía protestando por su muerte como si fuera una más de las cosas cotidianas que le molestaban de él, que eran todas.

Los niños comieron y se fueron a jugar al cuarto de los juguetes.

Tránsito empezó a hablar acelerada, a trompicones como si el mundo entero estuviera contra ella.

—Supongo que no pretenderás que me quede en ese cuarto lleno de trastos de los niños, es el único que tienes libre pero es muy pequeño, una semana ha sido suficiente, así a partir de ahora Borja compartirá su habitación con Tinina y yo me quedaré con el cuarto de la niña. Ya está avisada la mudanza, me traeré mis cosas más necesarias aunque no sé cómo las voy a distribuir en tan poco espacio. Pero en fin haré lo que pueda...Cerraré el piso y ya veré que hago con él y con los muebles.

Tina miró a su marido y pensó que era el momento. Ni duelo ni nada. Su madre pensaba mudarse a su casa y eso no lo iba a consentir. Ya no.

Interrumpió lo que estaba diciendo y que ya había dejado de escuchar

—Mamá...

—Y bueno cambiarán algunas cosas en esta casa...

—Mamá...

—No te creas que estos niños van a seguir haciendo lo que les dé la gana...

—¡Mamá! —gritó Tina .

—¡Qué, hija! ¿Qué pasa? No me grites, me he quedado viuda pero no sorda.

—Mamá, escúchame bien porque no lo voy a repetir. No vas a venir a vivir con nosotros. Nadie va a cambiar de

habitación, ni tus cosas van a necesitar espacio. Nada va a cambiar en la vida de mis hijos porque tú no vas a tener ningún poder para hacerlo. Esta semana, después de la muerte de papá, me ha parecido que debías estar con nosotros para que asistiéramos todos juntos su pérdida, pero he tenido suficiente y me ha sobrado. He hecho caso omiso de tus insinuaciones pero ahora voy a hablar muy claro.

Pura abrió la boca con intención de contestar pero su hija no le dejó.

—Mira mamá; Pensaba plantearte la situación de otro modo, pero tú te has adelantado y no tengo más remedio que decirte lo que pienso. Y escúchame hasta el final. Bastante triste estoy por mi padre como para enredarme en una discusión contigo. Lo que tengo que decirte hace mucho tiempo que debí hacerlo. No lo hice por mi padre, por no darle el disgusto de no volver a ver a sus nietos, ni a mí. Tú no lo hubieras consentido después de hablarte, pero papá ya no está, y estoy segura de que aprueba lo que voy a decirte.

Tránsito no salía de su asombro al escuchar a su hija y aunque intentó hablar de nuevo, Tina se lo impidió llevándose el dedo índice a los labios.

—Ya sé que te cuesta mucho trabajo escuchar, mamá. Lo tuyo siempre ha sido hablar y hablar, queriendo tener razón en cada momento, mandando toda tu vida, imponiendo tus más absurdas normas a todos nosotros, pero aquí en mi casa, no. No vas a venir a vivir con nosotros, te lo repito. Mis hijos se van a criar como Roberto y yo decidamos y tú no vas a intervenir en su educación. Bastante tuvimos y mi hermano y yo durante toda nuestra infancia y juventud.

Mis hijos no pasarán por eso. Ni por lo que pasó papá. Él me lo contaba todo ¿sabes?

Tus malos modos, tu insana obsesión por la limpieza que te impedía que tomara el café de media tarde por no ensuciar las tazas, aquellos ridículos trapos en los pies para que sacara brillo mientras caminaba por el piso y no dejara huellas, la humillación que suponía para él hacerlo sin poder ni siquiera protestar. Papá te quería mamá, me lo decía, pero convertiste su vida, sobre todo desde que se jubiló, en un sinsentido constante protestando por todo lo que hacía; sí salía, si entraba, si comía, si no comía, si te hablaba, si no te hablaba.

Hiciste de tu vida un reproche hacia a él de la mañana a la noche y él callaba por no discutir contigo. Pero también te molestaba que no discutiera. Le tirabas los periódicos sin que terminara de leerlos, todo te molestaba; que leyera, que de vez en cuando saliera a tomar un café con los amigos. Dejó de hacerlo por no oírte al volver. Por no escuchar tu verborrea constante echándole en cara que te dejara sola, que no te dejara un poco de tranquilidad, en fin que nada era de tu gusto. Ibas a ver a tu amiga Carola a la tienda y le dejabas como un pasmarote en la puerta esperando a que terminaras de hablar y de tomar el café.

Él te esperaba durante más de una hora viendo pasar a la gente y preguntándose porque no se iba a su casa y te dejaba allí cuanto tiempo quisieras. Temía tu reacción y no le compensaba, así que hizo de aquellas esperas una forma de escapar a tu control. Allí en la puerta podía fumar lo que quisiera sin escucharte...

Mi hermano huyó al extranjero en cuanto pudo, con Claudia, por no aguantarte mamá. Sabía que te entrometerías en su vida y su matrimonio se resentiría, así que

puso tierra de por medio. No te gustó Claudia, ni Roberto pero te hubiera dado igual cualquier otro que hubiéramos escogido. Como no pudiste impedir que mi hermano se marchara y dirigir su matrimonio, lo intentaste con el mío sabiendo que Roberto es bueno y que jamás te iba a faltar al respeto, ese respeto que tú impones que no es otra cosa sino miedo, miedo a tus reacciones por no salirte con la tuya.

Mamá, mi hermano y yo echamos siempre de menos la madre cariñosa y comprensiva que nuestros amigos tenían. Nunca consentiste en que ninguno viniera a merendar, ni a vernos cuando estábamos enfermos, ni a hacer los deberes. Siempre éramos nosotros los que íbamos a sus casas y nos llamaba la atención los cuartos desordenados, las cocinas llenas de tazas, tostadas, cola caos y migas por la mesa. Y las risas; eso es lo que más nos impresionaba, las risas de nuestros amigos mientras su madre nos ponía la merienda y reía también, sin importarle las migas ni el cola cao derramado.

Fuimos unos niños tristes mamá. Papá intentaba que no lo fuéramos pero tu talante siempre arisco nos lo impedía. Protestabas al vernos con el baby sucio, por los calcetines caídos, por las carteras a medio cerrar. Nada te complacía, tu vida era, y es, la limpieza enfermiza, el orden obsesivo, que nadie sacara los pies del tiesto. No, mamá, ahora ya no. Papá se ha ido para siempre y te diré por si no lo sabes que se ha dejado ir. Su enfermedad te molestó tanto que llegaste a decirle que no tenía nada, que todo lo hacía para mortificarte. Mortificarte a ti... que ironía.

Tú que has hecho de la mortificación a los tuyos tu modo de vida. Así que papá no puso empeño en curarse. Me dijo que no le importaba irse, que lo sentía por los niños a los que adoraba, pero no se veía con fuerzas para

enfrentarse a su enfermedad contigo. Y ahora hace un momento acabo de oírte lo último. Que papá te ha hecho una faena muriéndose. Es lo que me faltaba por oír de ti mamá. Ni muerto lo dejas en paz. No sé a quién vas a imponer tus normas, mamá, pero a nosotros no. Estaremos aquí siempre que nos necesites pero viviremos solos, y tú en tu casa harás exactamente lo que te dé la gana que para eso es tuya, pero esta es la nuestra.

—Pero Tina si ya he avisado a la mudanza... ¿qué quieres que haga ahora?

—¿Eso es todo lo que se te ocurre? No has entendido nada mamá. La mudanza... no va a haber mudanza, ya te lo he dicho.

Tránsito reaccionó señalando a su yerno con el dedo.

—Ha sido cosa tuya Roberto siempre supe que no eras trigo limpio. No son palabras de mi hija son tuyas que no me puedes ver. Lo mismo que Claudia esa mosquita muerta que se le ha ocurrido salir de cuentas cuando tu padre se estaba muriendo. Pero esto no va a quedar así. Tened por seguro que al final me pediréis de rodillas que venga a vivir con vosotros.

Roberto se levantó meneando la cabeza y se quitó del medio, aquella mujer terminaba con su paciencia.

Tina contestó a su madre.

—No será así, lo sabes. Yo ya no tengo que fingir para no disgustar a papá. Le propuse venir a vivir con nosotros cuando cayó enfermo pero no quiso. Por nada del mundo quería enfadarte. Le dije que tú siempre estabas enfadada que aquí estaría tranquilo pero no consintió. Y en cuanto a Claudia ¿pretendes que se ponga de parto a una orden tuya?... no puedo creerlo.

—Entonces soy una mala madre, por lo visto no os he querido a ninguno.

—No, mamá, no eres una mala madre. Sé que nos has querido mucho, lo mismo que a papá, que nos has cuidado siempre pero eres tan controladora, tan mandona, tan relimpia, estás siempre enfadada, hay que hacer lo que tú quieres en momento, nada te complace, y yo estoy cansada. Lo siento, no que no vengas a vivir con nosotros, eso sé que es una decisión acertada, siento que seas así y que nada te haga cambiar. Te lo dije hace años que lo tuyo necesitaba de un médico pero, como siempre, hiciste caso omiso. Y te quiero mamá te quiero mucho pero mi decisión está tomada. Y ¿sabes lo que te digo? que cada vez que llego a casa desordeno las revistas y dejo la cocina sin rematar solo por no ser como tú. Es que tiemblo solo de pensarlo. Me importa un pito que los niños desordenen su cuarto; mucho mejor, señal de que juegan que es su obligación; después lo ordenamos juntos y santas pascuas.

Tránsito se quedó por una vez callada viendo que aquella vez no podía con su hija. Dijo que no tenía hambre y que se iba a echar un ratito en la habitación de Tina.

Tina pensó en aceptar pero luego lo pensó mejor. No podía mostrarse débil en ese momento. Sería darle ventaja a su madre y ya la conocía. La quería pero la conocía y muy bien.

—No mamá, Roberto te acompañará a la tuya. Te prepararé un túper para cuando tengas hambre y esta noche te llamaré a ver cómo estás.

—Así me pagas lo que he hecho por ti y por tu hermano. Todos los sacrificios para que nada os faltara, ya lo sabía yo, lo sabía muy bien. La de cosas que no compré para mí solo para que tuvierais siempre de todo en la mesa...

Lo decía secándose unas lágrimas inexistentes.

—Vamos mamá; afortunadamente no tuviste que hacer sacrificio ninguno. Papá te tuvo siempre como a una reina mora y a nosotros no nos faltó nunca de nada, no me vengas con cuentos de posguerra que te queda lejos. La abuela sí que pasó el quinario, no intentes apropiarte de su sufrimiento. Y te diré que sé que no tendrás problemas económicos mientras vivas, papá se preocupó siempre de tu bienestar por si se iba, como así ha sido.

Tránsito se levantó muy digna y dijo con retranca

—No hace falta que tu marido me lleve, que no se moleste. Pediré un taxi.

—Muy bien mamá como prefieras. Te llamo esta noche, y recapacita un poco en lo que te he dicho aunque solo sea por una vez en tu vida. Abrígate que hace frío.

Tina besó a su madre que torció el gesto relatando algo inaudible.

Y allí estaba Tránsito Heras delante del espejo del cuarto de baño pensando en lo que había pasado en casa de su hija. Se colocó el cuello del vestido negro de luto y le habló al espejo.

—Y ahora, Tránsito, ¿a quién vas a mandar? ¿A quién vas a reprochar? Estás sola y nadie te va a escuchar ni obedecer.

Se colocó un mechón de pelo rebelde y se contestó a sí misma

—Contigo, Tránsito, me pelearé contigo mientras me quede aliento. Yo no puedo vivir sin mandar y sin que se haga mi santísima voluntad. Nací así y así moriré. Así que espabila que te has quedado viuda pero aún te quedan dos hijos y dos nietos, más uno en camino, amén de un yerno y una nuera y queda mucha vida por delante. Esto no se ha terminado.

Te lo digo yo, Tránsito, no se ha terminado. Aquí, en el espejo, te espero cada mañana y pobre de ti si no está bien limpio.

INCENDIO EN PADRÓN

Miguel González Quevedo

Aunque el tiempo crea una nebulosa en los recuerdos hay algunos que tengo fijos en la mente, lo que ocurrió en el momento estelar del episodio y otros que tengo más difuminados, los antes y después inmediatos.

Habíamos acabado de cenar y como era costumbre en diversas épocas habíamos tenido un rato de recreo antes de subir al dormitorio.

Este rato de esparcimiento lo teníamos normalmente en el largo y ancho pasillo que en la planta baja iba desde el patio hasta el salón. Hacia la mitad del pasillo se juntaba con otro que llevaba a los Waters y las escaleras que subían hasta el segundo piso, que era donde se ubicaba el dormitorio. Solo en los meses de mayo y junio salíamos al patio pues todavía había luz de día.

Igualmente había la excepción de los que estaban enfermos o convalecientes de alguna enfermedad que después de cenar se iban directamente a la cama.

Aquel día como era habitual a la hora prevista subimos al dormitorio. Al llegar arriba había un pasillo donde se formaba unas tres filas, supongo que por orden de clases, antes de entrar en el propio dormitorio.

En aquella época a mí me tocaba en uno de los últimos puestos de las filas, pasado el tramo de escaleras que quedaban a mi derecha.

De pronto sentí unos gritos que procedían de la entrada del dormitorio entre los que creí identificar la palabra “fuego” y al instante vi como algunos de las primeras filas

se veían arrollados por los que ya estaban dentro y que salieron corriendo y asustados.

El efecto fue inmediato, los ciento treinta o más alumnos se lanzaron escaleras abajo todos a la vez lo que provocó que en el primer rellano que encontraron se formase una gran meleé, quizás provocada por la caída de algunos de los primeros en llegar allí

Como yo estaba al final de las filas y no soy muy rápido en tomar decisiones cuando de correr se trata me quedé de los últimos. La verdad es que miré hacia la entrada del dormitorio y no vi nada de fuego ni resplandor de llamas por lo que aunque no estaba totalmente tranquilo tampoco me preocupé demasiado.

Desde lo alto de la escalera miré hacia el rellano y allí había una verdadera montaña de chavales unos encima de los otros, mientras que por el siguiente tramo de escaleras iban bajando los que habían podido escapar de aquella ratonera.

De los que habíamos quedado arriba algunos intentaron pasar corriendo por encima de los caídos y aunque alguno lo logró vi como otros al intentar pasar eran atanzados por los tobillos para que los fueran sacando del atolladero.

Desde aquel momento decidí que el menda no se arriesgaba a pasar y que lo enganchasen y quedar inmerso en la montonera. No recuerdo si la idea fue mía o si vi que algún compañero la había tenido antes y consideré que aquella era la solución, el caso es que crucé una pierna sobre la barandilla, luego la otra y me quedé con el cuerpo colgando del vacío.

Poco a poco, con las manos aferradas a la barandilla y los pies entre los barrotes de la misma comencé a bajar. Todo fue bien hasta que llegué al descansillo pues tam-

bién allí una mano me agarró del tobillo ¡madre mía!, que terrible dilema, me quedaba allí, colgando del vacío, hasta que todo se fuese despejando o me salía la venada malvada y me liberaba de aquella garra que me impedía continuar mi descenso.

Me agarré más fuerte a la barandilla y con la pierna libre comencé a patear al que me agarraba hasta que me soltó, Rápidamente seguí avanzando y aunque noté que alguno más intentaba cogerme la verdad es que no lo consiguieron.

Al llegar al nuevo tramo de bajada salté a la zona de los escalones y bajé tranquilamente.

Creo recordar que una monja me recriminó diciéndome que podía haber caído al vacío, pero no fue una verdadera regañina.

Los que íbamos llegando al piso inferior nos íbamos colocando en fila esperando que acabasen de bajar todos y luego seguimos allí un rato que se me hizo muy largo hasta que volvimos a subir ya normalmente al dormitorio.

Así lo viví y así lo cuento, espero que otros también nos envíen sus recuerdos.

SILENCIO AL AMANECER

Carlos Piserra Velasco

Es una historia imaginaria que se adentra en el futuro con retazos de la vida real. Andrés es un viejo pínfano que ingresa en una Residencia, en donde recibe las visitas de su nieto y las atenciones de su cuidadora.

Amanecía. Un cielo azul, semejando una inmensa carpa cubría toda la sierra de Madrid, en donde habían proliferado las llamadas Residencias para Mayores. Pero, ¿que mayor se tenía que ser para ingresar en una? Andrés tenía 85 años y no se consideraba mayor. Sin embargo, hacía unos meses que sus hijos, Carlos y María, habían decidido ingresarle en la Residencia Los Cármenes, sin duda una de las mejores. Estaba situada en un lugar privilegiado, desde donde se contemplaban unos amaneceres espectaculares, captándose la salida de los primeros rayos de sol con singular belleza. Como todas las mañanas, Anita, después de dar los últimos toques al aseo personal de Andrés, le sentó en la silla de ruedas y le colocó frente al ventanal desde el que gustaba contemplar la espléndida vista que se divisaba de la carretera que subía hacia el puerto de Navacerrada. Su mirada se posó en el primer coche que divisó a lo lejos siguiéndolo con la vista hasta que se perdió detrás de una curva. Volvió al punto de partida observando un nuevo vehículo, esta vez una furgoneta blanca, con la que repitió la misma operación. Y así una y otra vez.

Llevaba en la Residencia desde antes de la primavera de aquel mismo año, y a pesar de la resistencia que opuso, no tuvo más remedio que aceptar lo que ya habían deci-

dido sus hijos. Los tiempos habían cambiado mucho, y las formas de vida no eran las mismas que había conocido de pequeño. Recordaba que cuando salía del colegio en que estaba interno y se juntaba con sus amigos, jugaban con el abuelo que convivía con ellos. Solo Pablo, el más pequeño de sus nietos al que se encontraba muy unido, le dio ánimos como si fuera a la guerra : ¡No te preocupes abuelo!, que cuando llegue el verano y vayamos a Becerril, iré a verte todos los días.

Recordaba con frecuencia su paso por los Colegios de Huérfanos del Ejército, en los que ingresó cuando su padre, militar de profesión, falleció en un fatídico accidente. La situación en que quedó su madre, viuda con tres hijos pequeños, era desesperada y no tuvo más remedio que mandar a sus dos hijos mayores primero, y luego al más pequeño, a los colegios de huérfanos. Gracias al Ejército los tres habían conseguido salir adelante. Luis, el mayor, siguió la carrera de su padre ingresando en la Academia de Zaragoza. María estudió medicina, y Andrés, el pequeño, cursó la carrera de comercio, destacando en el sector del seguro agrario, llegando a ser director de una importante empresa. Comentar anécdotas y sucesos sobre los colegios en que había estado, era un tema que gustaba a su nieto Pablo, con el que pasaba gran parte de su tiempo, procurando no caer en la figura del “abuelo batallas”.

Además de las visitas de su nieto, otra satisfacción que tuvo al ingresar en la Residencia fue conocer a la cuidadora que le habían asignado. Anita era una hermosa serrana, atractiva y lozana, de abundante delantera y escote generoso, que le alegraba la vida cada vez que revoloteaba a su alrededor, y más cuando se inclinaba sobre la cama para ayudarle a levantar. No pasaba de la treintena y ya había tenido más de una relación sentimental,

pero ya no era como antes “hasta que la muerte nos separe”, sino que “al terminarse el amor” cada uno se iba por su lado. ¡Ay, Anita, si yo tuviera cincuenta años menos, jamás te dejaría escapar! Ahora era un coche rojo el que circulaba por la carretera en dirección al puerto de Navacerrada. ¡La de veces que la había recorrido cuando salía de viaje para visitar a sus clientes de Segovia!

A decir verdad sus hijos venían a verle todos los fines de semana, excepto cuando sus ocupaciones o las condiciones meteorológicas no lo permitía. Su nieto Pablo siempre venía a verle, ora con sus padres, ora con sus tíos, pues sus hijos, Carlos y María se turnaban en las visitas. Así habían pasado varios meses desde que llegó a la Residencia, a la que poco a poco se fue acostumbrando, y en ello mucho tuvo que ver Anita.

Vio llegar la primavera vistiendo los árboles y plantas con sus mejores galas. Los árboles lucían un manto de hojas verdes y frescas, el suelo cubierto de césped semejaba una inmensa alfombra verde, y las flores alegraban la vista de los residentes cuando salían a pasear por los jardines que rodeaban la Residencia. ¡Ya falta poco abuelo!, le había dicho su nieto la última vez que vino a verle. ¡Pronto me darán las vacaciones y nos vendremos a la sierra! Solo pensarlo le producía una inmensa alegría. Tan ensimismado estaba en sus pensamientos que hasta que no estuvo cerca de la habitación no oyó la voz de su nieto.

¡Abuelooooo... que ya estoy aquí! De repente se abrió la puerta y Pablo entró como un cohete para abrazar a su abuelo. ¡Pirata!, exclamó Andrés cariñosamente, ¿de modo que ya estáis en el chalet de Becerril? (y mientras esto decía pensaba “¡claro, en mi chalet, que lo compré yo!). Si abuelo, ayer tarde llegamos nosotros y mañana vendrán los tíos y los primos. ¿Y no hay un sitio para mí?

Se arrepintió de haberlo dicho, pues el niño no entendía de aquello. La pregunta quedó en el aire sin contestar al abrirse oportunamente la puerta y aparecer Anita que había oído las voces de Pablo, a quien había cogido un especial cariño. ¿Vais a quedaros en la habitación, o preferís salir al jardín?

Sin esperar la respuesta cogió la silla de Andrés y le sacó al jardín seguidos de Pablo, y cuando estuvieron confortablemente instalados a la sombra de un pino, inició la conversación preguntando a su abuelo. ¿y en el primer colegio que estuviste al morir tu papá, estabais juntos niños y niñas? Si, y fue una suerte, recuerdo que algunas eran muy guapas y nos las echábamos de novias. ¿De novias?, preguntó extrañado Pablo. Bueno, es un decir, de preferidas o algo así. Cuando las mamás nos llevaban “paquetes”, ya sabes, galletas, leche condensada, chocolate..., lo compartíamos con ellas, y a veces jugábamos juntos. ¿Y a ti te gustaba alguna? ¡Pues claro Pablo, tu abuelo ha sido muy ligón! Había una que se llamaba María. ¡Anda, como mamá! ¿Pusiste a mamá su nombre por ella? No, fue una casualidad, pues cuando cambié de colegio no la volví a ver hasta pasados cincuenta años. ¡Venga Pablito, que tengo que llevar a tu abuelo al comedor!, exclamó Anita, que se había deslizado hasta ellos sigilosamente. ¡Jo, que fastidio!, bueno, ya me contarás como os volvisteis a encontrar después de tanto tiempo, le dijo a su abuelo a la vez que le daba un beso de despedida.

Mientras Pablo se dirigía a coger la bicicleta que había dejado a la puerta del jardín, Anita empujó la silla hacia la entrada de la Residencia. Andrés, ha tenido mucha suerte con tener un nieto como Pablo, pues es un chico estupendo. Si, Pablo y tú me estáis alegrando los últimos

años de mi vida, y mira, ya no me parece tan mala la Residencia.

Y así fueron pasando los cálidos días del verano. Algunos fines de semana sus hijos le llevaban al chalet a pasarlos en familia, pero el que no faltaba ni un solo día era Pablo, cumpliendo así su promesa de ver a su abuelo todos los días mientras estuvieran en la sierra. Andrés estaba feliz, los amaneceres le alegraban al ver a su Anita traerle el desayuno y sentirla cerca cuando se inclinaba para colocarle la servilleta. ¡Dios mío, que mujer!, exclamaba sin apartar la mirada. Y luego venía Pablo, a que le contara cosas de los colegios en que estuvo de pequeño.

¡Abuelooooo...! Esta vez sí oyó a su nieto que como una tromba entró en la habitación. Sabes abuelo, hoy me quedaré a comer contigo, pues mis papás y los tíos se van a pasar el día a Segovia. Querían que fuera con ellos, pero yo les he dicho que no, que tenía que venir a verte. ¡Bien dicho pirata!, lo vamos a pasar estupendamente. Primero, dile a Anita que hoy no comeré en el comedor, y que nos suba dos menús a la habitación, que tengo un invitado muy especial. ¡Ah, y que le añada un par de helados! Ya está, ya se lo he dicho. ¿Qué me vas a contar hoy?

Pues mira, una historia apasionante que sucedió en el segundo de los colegios en que estuve cuando tenía tu edad. Se llamaba Colegio de la Inmaculada, y allí se estudiaban los cuatro primeros cursos de bachillerato. Ya no éramos niños, pero tampoco mayores, y no podíamos salir solos a la calle. Jesús, Pedro y Manuel eran de los mayores, y algunas veces les habían pillado fuera del colegio. Estaban hartos de estar encerrados y planearon escaparse para ir muy lejos del colegio. Durante algún tiempo reunieron algún dinero y algo de comida, y un buen día lo hicieron, ¡vaya si lo hicieron! Se llevaron las

capas y ropa de abrigo, pues aunque era el mes de mayo todavía hacía frío, especialmente por las noches. Además Pedro se llevó una pistola que había encontrado en su casa.

Al principio todo fue bien, gozando de su recién estrenada libertad. Se dirigieron a Badajoz, y al pasar por los pueblos, compraban pan y comida descansando en los prados que había al lado de la carretera. Dormían en casetas abandonadas utilizando las capas y ropa de abrigo como mantas, lavándose y bañándose en los manantiales y ríos que encontraban en su camino. Pero al terminarse el dinero y la comida, no se les ocurrió otra cosa que matar a una oveja de un rebaño que pastaba tranquilamente en un prado. Le quitaron la piel y la ensartaron en un palo, asándola como los vaqueros en las películas del oeste.

Les supo a gloria, pues llevaban dos días sin comer, pero el pastor que cuidaba el rebaño dio la voz de alarma y les denunció a la Guardia Civil, que ya tenía noticias de su desaparición. Al llegar al colegio fueron castigados, pero contentos porque allí no les faltaba de nada. Pablo, que había escuchado muy atento, le preguntó ¿y tú no fuiste? Bueno, lo llevaron con mucho secreto, y cuando nos enteramos, algo de envidia si me dieron, pero después me alegré no haber ido, pues al final lo pasaron muy mal.

Aquel día de finales de agosto Pablo llegó más temprano que otros días. Después de besar a su abuelo le explicó, abuelo, hoy he venido antes porque voy a ir con mi padre a que me hagan una prueba para jugar al fútbol. ¡Caramba!, exclamó Andrés, ¡voy a tener un nieto futbolista! Y esto le dio pie para contar que en otro colegio, el de Santiago, algunos alumnos jugaban en clubes de fútbol, incluso de segunda división. Recuerdo uno, José Luis Barrera, que perteneció a la cantera del Real Madrid. Y tú abuelo, ¿no jugaste al fútbol? ¡Claro que sí Pablito!, al

fútbol y a otros deportes, ¡yo era muy deportista! Era el portero del equipo y jugábamos contra otros colegios, como el de huérfanos de la Policía o de la Marina al que llamábamos el CHA, a diferencia del nuestro que era el CHOE.

El verano tocaba a su fin. Anita, ¿qué colonia usas, que huele tan bien? Nada de colonia Andrés, agüita clara y limpia de la sierra con jabón de lagarto, le contestó con ese desparpajo que tanto gustaba oír. Le encandiló ver como se contoneaba levantando la persiana y descubriendo las cortinas. Ya quedan pocos días para que se terminen las vacaciones, y hoy le voy a poner muy guapo para cuando venga su nieto. Lo que tu digas Anita, yo me dejo hacer por ti lo que quieras. Hecho un primor, oliendo a limpio con un pequeño toque de la colonia que Andrés guardaba celosamente en su armario, fue como le encontró Pablo cuando llegó dando sus consabidas voces.

Abuelo, me dijiste que habías vuelto a ver a María, la niña que te gustaba de tu primer colegio. ¿Cómo la encontraste? Todo fue casual. Nos reunimos un pequeño grupo y organizamos un Encuentro a los cincuenta años de haber salido, creando una Asociación de antiguos alumnos de ese colegio que se llamaba de Las Mercedes. Nos reunimos un montón de antiguos alumnos y alumnas, entre las que se encontraba María. El Encuentro fue muy emotivo con todos, pero revistió un especial significado con ella. ¡Qué historia tan bonita! ¿Y qué pasó después?

Pasados seis años un antiguo alumno que había creado una Web para los pínfanos tomó contacto con nosotros, y juntos creamos una Asociación de carácter nacional. Mira, ayer me llamó el Delegado de Madrid para decirme que vendrán a verme en septiembre para contarme cosas

del Día del Pínfano de este año. ¿Te he contado en que consiste? Siiiiii, abuelo, me lo has contado muchas veces. Es la Fiesta Grande de la Asociación, hay una cena o copa de bienvenida, se celebra la Asamblea General, se canta La muerte no es el final, se hace turismo, se celebran concursos, y al final os despedís en la comida del adiós. ¡Qué bien te lo has aprendido Pablito! ¡Pues claro abuelo, me lo has contado montones de veces! Sí, pero se te ha olvidado algo, ¡Los campeonatos de mus y ajedrez!, que precisamente propuse que se celebraran en la Asamblea del VI Día del Pínfano en Málaga. ¿Y los has ganado alguna vez? Alguna, alguna Pablito, pero no me acuerdo cuantas.

Y terminaron las vacaciones. Andrés echo de menos las visitas de su nieto, que volvieron a espaciarse hasta los fines de semana. Los días en septiembre eran más cortos y las hojas de los árboles comenzaban a teñirse de ocre y amarillo. Los días transcurrían lentamente mientras la sierra se dormía en su letargo invernal. Por las tardes le embargaba un halo de nostalgia al recordar a su nieto, oyendo al atardecer mugir letanías de silencio a las vacas de un prado cercano.

Aquel día del mes de septiembre iba a ser muy especial. El día anterior recibió una llamada de Ernesto, el Secretario de la Asociación para decirle que si no había inconveniente él y José Antonio, el Delegado de Madrid, le irían a visitar. La noticia le produjo una gran alegría y desde entonces no pensaba en otra cosa, pues este año su salud no le permitió asistir al Día del Pínfano. Le habría gustado participar, como hacía todos los años, pero en mayo no se encontró con fuerzas para desplazarse a Cádiz, lugar en que este año se celebraba el magno acontecimiento. Pasadas las doce de mediodía llegaron a la Residencia Ernesto y José Antonio, eran la nueva savia de

la Asociación por la que tanto habían luchado. Venían acompañados de una mujer que rondaba los cincuenta.

Mira Andrés, le dijo José Antonio muy ceremonioso en su cargo de Delegado, es Paloma, una pínfana que recientemente se ha incorporado a la Junta Directiva y que ha querido venir a conocerte. Paloma se acercó y le estampó un par de besos a la vez que Andrés exclamaba ¡pero si eres una chiquilla muy guapa!, y sacando su talante conquistador no pudo por menos que añadir, ¡me hubiera gustado conocerte hace treinta años! Aquí se come temprano, así que os quedáis a comer, espetó Andrés a continuación sin dar opción a réplica. He pedido que nos preparen una mesa para los cuatro, y mientras comemos me contáis como ha sido este año el Día del Pínfano, el XVI ¿no? No Andrés, corrigió Ernesto, el XVII. El I fue en el 2004, y estamos en el 2020.

Durante la comida los tres visitantes comentaron de forma pormenorizada como había transcurrido el XVII Día del Pínfano que como ya sabía Andrés se había celebrado en Cádiz con visitas a Jerez y Doñana. En el programa tradicional se habían ido introduciendo algunas novedades, como los Campeonatos de mus y ajedrez. Durante el año tenían lugar las fases eliminatorias en las diferentes Delegaciones, y los ganadores competían durante la celebración del Día del Pínfano, siendo premiados los tres primeros clasificados. ¿Quién gano este año el campeonato de mus?, preguntó Andrés intrigado. Manu Delgado, le contestó solícita Paloma. ¡Ah, Manu!, buen jugador, en dos ocasiones nos arrebató el título. ¿Y dónde se ha decidido celebrar el XVIII Día del Pínfano? Probablemente sea en Segovia, se apresuró a contestar José Antonio, aunque algunos proponían Canarias, pero se ha decidido dejarlo para más adelante. ¿Y en Segovia hubo un colegio de huérfanos? Preguntó intrigada Pa-

loma. Si, dijo Andrés, que se conocía todos al dedillo, no exactamente en Segovia, sino en Santa María de Nieva, un colegio para varones donde se estudió primaria y bachillerato. Seguro que lo organizarán muy bien, pues Segovia tiene mucho que ver. Cuando se despidieron a media tarde, Andrés no pudo contener las lágrimas agradeciéndoles la visita que le había hecho pasar un rato tan agradable. Todavía en la puerta, sintió a su lado el tibio calor del cuerpo de Anita que cariñosamente apoyada en su hombro le empujaba hacia el interior de la Residencia. ¡Vamos Andrés, es Vd. un sentimental, vamos para dentro que ya empieza a refrescar!

El otoño llegó silencioso, de puntillas, como si no quisiera llamar la atención. Por el jardín se extendía una tenue neblina cuya transparencia permitía adivinar sus árboles y plantas, y cuando salía tímidamente el sol, exhibía su manto de hojas secas. Su frágil atadura cedía a la embestida del viento o de la lluvia, cayendo alrededor de los árboles en montones desiguales cubriendo el césped y los caminos de tierra. Las flores, marchitas en su hermosura, se deshojaban cayendo al suelo fatigadas, conscientes de haber cumplido su ciclo vital. Hojas y flores revoloteaban en el aire y caían al suelo dibujando formas arabescas difíciles de descifrar.

Como todas las mañanas, aquel sábado de noviembre, Anita entró a oscuras en la habitación de Andrés y comenzó a levantar la persiana y a descorrer las cortinas. Las gotas de una tenue y pertinaz lluvia empezó a cubrir los cristales de la ventana. ¡Vamos Andrés, que hoy es sábado y vendrá a verle Pablito! Cuando se giró y miró hacia la cama tuvo una premonición. Andrés permanecía inmóvil tendido en la cama sin incorporarse como era su costumbre.

Se acercó con cautela inclinándose sobre su lecho, y al no percibir signos de vida avisó rápidamente al médico de la Residencia, que certificó el fallecimiento de Andrés por paro cardíaco mientras dormía.

El corazón del viejo pínfano había dejado de latir, y en aquel triste amanecer se hizo un silencio sepulcral.

ZAMORA AÑO SANTO DE 1999

Luis Prada Canillas

A quienes lean este relato, a su juicio dejo el que lo crean o no pues la historia es verdadera y el protagonista es quien lo está escribiendo.

El día 23 de febrero del año 1920 nací en Zamora capital, en aquel entonces en una vivienda de nueva construcción, hoy ocupada por una "Perla" en la conocida calle de Santa Clara. De una familia numerosa (en total 16 hijos tuvo mi madre), hice el número 14 y llegué a conocer a 11 hermanos.

En principio quedé huérfano de padre en 1929 y, años más tarde, también de Madre. En el transcurso del tiempo, por fallecimiento, en la actualidad solamente viven cuatro (un varón y tres hembras).

Independientemente del tiempo que haya pasado desde el fallecimiento, a todos ellos, los recuerdo con cariño.

De mis primeros años recuerdo lo que todos los niños en nuestros ratos de recreo; los juegos infantiles: dola o pídola, el burro las bolas, el aro (con este artefacto era un artista), el diábolo, la comba etc., etc.

A los seis años comencé a ir al Colegio Público (llamado vulgarmente de los Descalzos, en donde con buen aprovechamiento, eso decían los Maestros, a los tres cursos realicé el examen de ingreso en el Instituto de Segunda Enseñanza con aprobado (1929), año que coincidió con el fallecimiento de mi Padre, y al haber sido éste militar, solicitaron y fue concedido, junto con otros dos hermanos, el ingreso en el Colegio de Huérfanos de Infantería, sito en la Ciudad de Toledo, donde pasé siete años, termi-

nando en dicha ciudad el Bachillerato Superior en Ciencias y Letras (Junio de 1935).

Se puede decir que los primeros años juveniles, hasta cumplir los dieciséis años, los pasé estudiando (además de jugar) en el Colegio de Huérfanos en compañía de otros internos, que en total sumábamos unos seiscientos alumnos, entre mayores y menores divididos en seis compañías tantas como naves dormitorios-, teniendo muy buenos recuerdos ya que siendo el más joven en todos los cursos, era muy querido por el resto de los compañeros. Independientemente de las clases en el Instituto, en el Colegio también teníamos clase y profesores, es decir casi todos aprobábamos cada curso.

El Colegio estaba en las afueras de la ciudad, y para ir como nosotros decíamos a la capital nos poníamos el uniforme de gala, los pequeños el traje marinero y los mayores la chaqueta cruzada pantalón largo, todos de color azul; para salir a la Vega baja a jugar o de paseo el traje de diario, pantalón gris y baby.

Hacíamos gimnasia (esto casi todos los días del año), jugábamos al fútbol, al frontón, baloncesto y sobre todo atletismo puro, disfrutando en algunos casos de las instalaciones de la Escuela Central Militar, carreras pedestres, jabalina, peso, disco, saltos etc., en resumen, propio de nuestros años juveniles.

Cada Compañía tenía galonistas con la suficiente autoridad para imponer castigos leves (dar vueltas al patio, estar de plantón cierto tiempo, etc.). En los meses de verano nos daban permiso para acudir a la casa materna, y el que quería se apuntaba para ir a Navacerrada un mes o dos, donde utilizábamos las instalaciones que allí tenía la Escuela Militar de Montaña. En el año 1934, tuve el gusto de pasar en aquel lugar dos meses, recorriendo

montañas y lugares (Siete Picos, La Mujer Muerta, La Maliciosa, Laguna de Peñaranda, Valsaín, La Granja y Cercedilla). Lo pasamos todos los colegiales muy bien.

Al haber aprobado el sexto curso del bachillerato en el año 1935, (finales de la primavera), me convertí en Bachiller Universitario en Ciencias y Letras, creyendo por mi edad (15 años), ser el dueño del mundo y nada más lejos de la realidad. La vocación era la de ser militar, ya que lo había sido mi padre y también lo eran dos hermanos mayores, y para eso, como el Gobierno de la República había legislado que los exámenes de Ingreso en las Academias serían como el primer año de Ciencias de la Universidad, tuvimos que quedarnos en el Colegio (renunciar al verano y a la familia) para preparar los exámenes de ingreso antes del mes del otoño del año 1936, siendo mis compañeros de estudio: Ámez, Cabezudo, Castro, Fernández, Albérich, Escarda, Montaner, Vargas, Soria, Vera, Egaña y como Inspector el señor Puebla.

El colegio era un edificio grandioso, con varios talleres: sastrería, carpintería, imprenta, metalistería y mecánica. Su almacén de víveres y demás materiales, diversas clases y estudios para las distintas asignaturas, pudiéndose haber primera enseñanza, también la segunda, curso regimental, oposiciones, taquigrafía y mecanografía. Tenía amplios dormitorios (para cien o más internos), amplios comedores, tres patios para nuestros juegos y divertimentos, frontón y un gimnasio.

La vida cotidiana se desarrollaba a toque de timbre, se puede decir que era a imagen y semejanza a un cuartel o a una academia militar. Al primer toque de timbre del día, es decir a las siete de la mañana, empezábamos con el aseo, formación para el desayuno, clases, algún que otro recreo, llegando la hora de ir al comedor sobre la una del mediodía y en mesas para catorce internos, luego

descanso y nuevas clases hasta las cinco y media de la tarde, hora de la merienda y a su terminación paseo y al finalizar el mismo estudio, cena a las ocho de la noche, silencio y a los dormitorios.

Podemos decir que la nuestra era una vida tranquila, como colegiales internos, respetando las normas y convivencia entre todos, a pesar de nuestras distintas edades (entre seis y dieciocho años). Hubo una especie de altercados con los mayores, creo que fue por el año 1934, solicitando más libertades y menos disciplina, que se saldó despidiendo del "cole" a los que les parecieron más revoltosos, y como incidente dentro de un colegio militar tuvo resonancia a nivel nacional, siendo uno de los que nos visitó para que dejáramos de incordiar, el general Queipo de Llano, destinado en la Inspección del Cuerpo de Carabineros. La cosa no pasó a mayores, aunque nosotros perdimos los derechos "Cristianos" teniendo aprobado el curso Regimental y una vez incorporados al Ejército a los tres meses te hacían Cabo y a los seis siguientes te ascendían a Sargento.

Comienza el año 1936, y cuando estábamos finalizando nuestra preparación con la máxima ilusión, orgullosos de ser futuros Cadetes, la nación esta intranquila y revuelta con toda clase de rumores, y llega después de varios sucesos, quema de conventos e iglesias, asesinato desde el Gobierno, el día 18 de julio, día que va a cambiar muy mucho nuestras vidas y que más adelante relataré.

Nuestra odisea comenzó ese mismo día o el siguiente, 19 del mes de julio, el Director habló con nosotros para defender el Colegio contra las fuerzas de la República para lo cual nos proporcionaron armamento y municiones. De esta forma pasamos de estudiantes a soldados a favor del levantamiento militar. En esta situación, recibimos órdenes de pasar al edificio de al lado (Hospital

Tavera), a las órdenes del comandante Villalba, para impedir que las fuerzas del Gobierno y sus milicias, comandadas por el General Riquelme, entraran en la ciudad de Toledo donde pasamos defendiendo dos días, en el día 22 como ya era imposible mantener la defensa, pues se había rendido la fábrica de armas, decidieron retirarse hacia el Alcázar.

En esos dos días independientemente de contribuir a la defensa, pudimos ver los bombardeos de la Aviación utilizando aparatos de las Líneas Aéreas Postales Españolas (LAPE), con bombas que no pasarían de los cincuenta kilogramos de peso ya que eran lanzadas a mano. Observar como desde la cúpula del edificio con un fusil ametrallador tenían a las fuerzas republicanas en la Vega Baja y campo de tiro de la Academia a raya (posteriormente nos dijeron que habían tenido unas quinientas bajas por heridos). También vimos al capitán Bádenas en un balcón que daba a la carretera de Madrid con un fusil *esmeiser*, por lo menos así se pronunciaba, contener a los blindados que se querían abrir paso hacia Toledo.

Sigamos el relato, en ese momento dejamos de estar a las órdenes de los militares y pasamos nuevamente a ser personas civiles. Recibimos la orden de salir sin armas, acompañando a los enfermos del hospital y que los dejáramos en la primera casa que encontráramos para luego unirnos al capitán médico, que también salía con nosotros para dirigirnos todos juntos hacia el Alcázar.

En nuestro camino, el médico fue requerido cerca de la puerta de Bisagra para que atendiera a unos heridos y a nosotros nos indicó que siguiéramos y le esperásemos en la Plaza de Zocodover, como pasaba el tiempo y no se presentaba nos acercamos hasta el Hotel Lino, cerca de la plaza, para esperarlo pero más tarde nos enteramos de que después de haber atendido a los heridos fue fusilado

por los milicianos. Cuando estábamos en el hotel entraron las fuerzas republicanas (milicianos de la CNT), pasando a la situación de detenidos.

Como se iba haciendo de noche, al parecer, preguntaron al General Riquelme que hacían con nosotros ya que éramos huérfanos de militares, ignoramos lo que contestó, lo que si es cierto es que nos mandaron salir y fuimos con los que nos escoltaban hasta el Nuncio (manicomio), donde pasamos dos días. En el camino hasta ese lugar, pasamos como vulgarmente se dice, las de Caín. Cerca de Correos, nos paró un numeroso grupo de milicianos, la mayoría con clara borrachera, que al enterarse de quienes éramos, comenzaron a gritar "estos son los hijos de puta de los guardias civiles" (en nuestro Colegio, antes de incorporarse a la defensa del Alcázar, habían estado aposentados la mayoría de ellos de guarnición en los pueblos antes de ser concentrados en la Capital, dejando sus prendas de uniforme en el "cole", de ahí la confusión con hijos de militares), empezándonos a apuntar con los fusiles y escopetas, gracias a que en Correos hacían guardia una escuadra de Guardias de Asalto, que al ver el cariz que tomaba el asunto nos sacaron de esa concentración, calmando a los más exaltados, indicando a los que nos acompañaban que siguiéramos nuestro camino.

En el manicomio nos encerraron en un cuarto que utilizaban, según decían, para locos furiosos, era muy pequeño y todo cerrado, con un simple ventanuco en la puerta a la altura de la cara; echados no podíamos estar todos (dos nos teníamos que quedar de pie), por la mañana se presentaba aporreando la puerta para que abriéramos el ventano un loco, decía ser el Rey, nos recitaba unos cuantos decretos y se iba. Otro día nos sacaron a otra celda mayor con rejas al pasillo, al objeto de asear

nuestro cuarto y había que ver la cantidad de visitas de los internos que pasaban por allí para vernos.

A pesar de ser registrados al amigo Vargas, afiliado a F. E., no le encontraron unos recibos que tenía a su nombre, los hizo papelitos y todos a comer papeles. Hablando de comidas lo que nos daban eran las sobras de los menús que tuvieran los "locos". La última noche se presentaron unos guardias de Asalto con otros milicianos y nos condujeron a la cárcel provincial, me parece que esto fue la noche del 24 o 25 de julio, por el único motivo de ser hijos de militares.

En la Prisión Provincial estuvimos hasta el día 23 de agosto en que fue asaltada por los milicianos de la CNT, a nosotros, después de haber estado atados con sogas de cáñamo de dos en dos, nos quitaron la ataduras y nos llevaron primero —para dormir— a una casa que tenían requisada, creo que de un comandante de Artillería, y después al hogar de las milicias de CNT, donde estuvimos hasta el día 26 de agosto que fuimos trasladados a Madrid, donde nos dieron un salvoconducto por veinticuatro horas y nos dejaron en libertad.

En estos días, desde la entrada en la cárcel hasta que fuimos libertados, pasaron bastantes cosas, como es natural, que si la memoria no me falla relato a continuación. En el traslado a la cárcel provincial, conocimos lo que nosotros denominamos "echa con escopetas y fusiles". Simplemente era un tazón lleno de leche y como ésta quemaba tardábamos bastante tiempo en beberla, amenazándonos con tal armamento pues tenía prisa y el que más y el que menos, pensábamos que estaría envenenada.

Los quince primeros días aproximadamente, estuvimos sin salir para nada de la habitación dormitorio, charlan-

do entre todos (éramos unos veinte presos) y sobre todo contando chistes, faceta ésta en la que eran maestros dos policías de la secreta que también estaban detenidos. Cuando pasado ese tiempo salimos al patio nos encontramos, entre otros, al Director del Colegio (comandante retirado don José Gómez de Salazar), curas, abogados, comerciantes, militares, el hijo de Moscardó (Luis), republicanos, monárquicos etc.

Entre los curas había uno que era francés, destaco este dato por ser un hecho fundamental y muy principal que fue valorado a la hora de dejamos libres, y a nuestro Director se le ocurrió la idea de aprovechar una de las horas del "recreo" en que nos diera clases de francés y así todos los colegiales (doce), nos reuníamos en una de las esquinas del patio para la clase, que hacíamos en voz casi gritando que todos se enteraban, y muy principalmente un miliciano importante que estaba en la enfermería. Esta es la segunda vez que la Divina Providencia iluminó a nuestro Director, la otra fue el que siempre que nos preguntaran lo que fuera, contáramos la misma historia.

El hijo de Moscardó, mi tocayo, conocía a mis hermanos y por eso, aunque era unos años mayores, tuvimos buena amistad, jugando al ajedrez y charlando, contándonos respectivamente nuestras cuitas. Las mías se resumían en pocas palabras, toda mi familia residía en la Zona Nacional (en aquel entonces los sediciosos), y como es natural no tenía noticia alguna de ellos. La de él eran peores, había hablado con su padre, la célebre conversación difundida por todos los medios de comunicación, que se resumía en pocas palabras, los interlocutores del Jefe de Milicias, el coronel Moscardó y su hijo, "que entregue el Alcázar de lo contrario matarán a su hijo; y al confirmarlo el hijo, la respuesta fue que muera como un patriota y encomiende su alma a Dios. Besos y pueden fusi-

larlo pues el Alcázar no se rinde", Aunque esto no lo cumplieron de inmediato, si lo ejecutaron el día 23 de agosto.

Por otra parte también tenía a su madre detenida y a su hermano pequeño (Carmelo). Independientemente de todo esto me contó que él estaba en el Alcázar para intervenir en su defensa, pero su padre lo llamó y le ordenó que se fuera a casa para acompañar a su madre y hermano, contestándole que lo hiciera al revés que su madre y hermano entraran en el Alcázar como sucedía con muchas familias de guardias civiles, cosa que a la que totalmente se opuso su padre. No obstante comprendió que para defender el Alcázar con su familia dentro sería un problema más a tener en cuenta. Aunque a él le hubiera gustado quedarse y ayudarle.

Uno de nosotros (Manolo Castro) que ya venía arrasando una enfermedad, fue ingresado en la enfermería de la cárcel, donde hizo amistad con ese miliciano que antes mencionaba como importante.

Nuestra mayor sorpresa fue la tarde noche del día 23 de agosto en que la cárcel fue asaltada por las milicias de la CNT, todo fuimos atados de dos en dos y uno de los milicianos, que se pasó todo el rato mirándome, se acercó y me dijo "muchacho, quítate eso", señalando a un escapulario de la Virgen del Carmen, como le contesté que no podía, lo cual era cierto pues estaba anudado y no me salía por la cabeza, él dio un tirón y rompió el cordón y como gracia me espetó "ves como sí".

Antes de salir del dormitorio un cura nos dio la absolución general, ya que nos temíamos lo peor. Cuando íbamos iniciando la marcha, aparecieron unos milicianos los cuales dando unos gritos preguntaron por los del Colegio de Huérfanos, que digan quienes son; a medida que nos presentábamos les pareció que éramos muchos —en

total doce—, nos desataron separándonos de las filas y al manifestarle que teníamos un celador, el señor Puebla, también fue suelto.

Más tarde nos enteramos de que había intercedido por nosotros el miliciano que estaba en la enfermería, por la amistad que había tenido con nuestro compañero Castro, quien había estado ingresado en la enfermería ya que según él había comprobado que lo único que hacíamos era estudiar y jugar.

Al salir de la cárcel fuimos a dormir a una casa requisada y a la mañana siguiente nos llevaron a los "acuartelamientos" de las milicias de la CNT, donde estuvimos hasta la tarde del 26 de agosto. En este lugar también estaba la esposa del coronel Moscardó, la cual nos ayudó, al amigo Cabezudo y a mí, a recoger los desperdicios de una fuerte vomitona que padecíamos al terminar de fumar nuestro primer puro, fue requerida por los milicianos para que nos atendiera.

Durante los días que permanecemos con los milicianos, todo su empeño fue tomarnos declaración para decirles lo que habíamos hecho desde el inicio del levantamiento. Aquí otra vez la Providencia Divina en la persona del Director del Colegio (nos había recalado que siempre que nos preguntaran contestáramos todos aproximadamente lo mismo), es decir: en el Colegio estudiar, en el Hospital de Tavera atender a los enfermos, ya que al dejarlos en el Hotel Lino ya no tuvimos más contactos.

El día 25 de agosto, el alumno Egaña, se acercó al Jefe de los milicianos, titulado el "Granadino" requiriéndole con la energía propia de sus 16 años —dos meses más joven que yo—, si nos iban a matar o qué pensaban hacer con todos nosotros, esto le cogió por sorpresa y le indicó que hoy mismo lo resolverían. De inmediato nos llamó a

cuatro que escogió al azar —uno de ellos yo—, y nos colocó uno a uno en cada esquina de la habitación, es decir bien separados, y a continuación pasó a tomarnos verbalmente declaración, con distintas palabras más o menos todos coincidíamos, llegando a la conclusión de que tenía que ser verdad pues ninguno de nosotros sabía lo que nos iba a preguntar. En definitiva nos participó que quedaríamos en libertad y nos llevarían a Madrid.

El "Granadino", cuyo nombre completo era Domingo Rodríguez Machado, Jefe de las Milicias, ya intervino —dicho por él—, en los sucesos de octubre de 1934, con gran prestigio dentro del Sindicato de la CNT, aunque de por sí, como luego contaré, era un pistolero sin escrúpulos.

En la charla que tuvo con nosotros manifestó que estuvimos más para allá —fusilados—, que para acá, sobre todos los mayores que ya se afeitaban, si bien los dos más pequeños de siempre estábamos libres. Tenía la gala el que hasta ese día 25, con su pistola, había matado a 43 facciosos, sin que contara los fusilamientos en masa. Igualmente nos dijo que cuando asaltaron la cárcel a las mujeres no las sacaron, pero como entre ellas estaba la esposa del coronel y su hijo pequeño, preguntó a éste tú con quién quieres estar con tu madre o con tu hermano, la contestación fue quedarse con su madre, y nos dijo de buena se libró ya que su hermano ha sido fusilado a la salida de la Ciudad.

Los pocos días que pasamos con ellos siempre íbamos con escolta armada, debido a que los milicianos de la UHP, creo que ahora es UGT, querían que fuéramos entregados para fusilarnos. Dimos paseos por el campo, nos bañamos en el río Tajo, que bien lo necesitábamos para quedar limpios y nos hicimos unas fotos con el saludo anarquista —las manos levantadas entrelazadas por

encima y hacía atrás de la cabeza—, fotos que se publicaron en la prensa de entonces.

Finalmente el 26 de agosto nos trasladaron a Madrid, en donde la F.I.J.L. (Campamento General de Milicias Libertarias del Puente de Toledo) nos proporcionaron un salvoconducto valedero hasta que llegáramos a nuestros domicilios "por no tener tendencias políticas", facilitándonos el "Granadino" un durito de plata a cada uno pues tenía las cartucheras llenas.

Como a los colegiales que estaban en Navacerrada, ya los habían traído a Madrid, al Colegio de Huérfanos de Caballería, sito en Carabanchel, nos incorporamos nosotros y los que no teníamos familia en la zona republicana quedamos de internos, los demás se fueron a sus casas. Pasados unos días fuimos trasladados a la ciudad de Aranjuez, al Colegio para Huérfanas de Infantería, donde separadas de nosotros habilitaron unas dependencias (las monjitas que no portaban hábitos son así).

La vida en Aranjuez fue muy similar a la que hacíamos en Toledo, diana, aseo, estudios, recreo, comidas, etc., todo en horarios fijos. Los mayores salíamos de paseo en grupos, los demás en fila de a dos. Por ser hijos de quienes éramos no estábamos bien vistos entre los vecinos, teniendo en cuenta las circunstancias de un levantamiento militar, sin embargo sucedió una cosa curiosa, al parecer tenían noticias de que íbamos a ser trasladados a un pueblo de Valencia (Oliva), llegando a manifestarse para que eso no sucediera, ya que pensaban que estando nosotros no serían bombardeados, en lo que estaban totalmente equivocados pues no únicamente la aviación hizo varias veces acto de presencia, entre otras, bombas incendiarias que cayeron en el "cole", también la artillería nos obsequió durante algunos días, ya que por allí operaron las brigadas internacionales. Cuando ponían en

el cine alguna película rusa en sesión especial, nos invitaba el comité, lo cual nos enemistaba todavía más con el vecindario.

A mediados del verano del año 1937, nos pasó una cosa muy curiosa, por eso la cuento, estando en una de las ventanas del "cole" que daban a la calle Gobernador, una de las principales, pasó bastante deprisa un joven que nos pareció era uno de los alumnos que en la cárcel había estado con alguno de nosotros, Egaña, y a pesar de pronunciar su nombre él no se daba por aludido, nos extrañaba que si fuera él no pasara a vernos, un buen día ya no volvimos a verle. Finalizada la guerra en 1940, nos encontramos los dos en Madrid y al comentarle lo que había sucedido con uno igual a él en Aranjuez me dijo: no estabais equivocados era yo y podéis figuraros que tenía que disimular para no darme a conocer, el caso es que con un enlace pensaba pasar a la Zona Nacional, como así fue, y lo primero que me encargó fue que a los del Colegio de Huérfanos ni conocerlos. Le faltaba un brazo, que siendo cabo perdió en combate, y en ese año tenía la graduación de Alférez Provisional. Años más tarde volví a verlo en Madrid con la graduación de coronel, caballero mutilado.

En los meses que pasamos en el Colegio de Aranjuez, el Comité del Pueblo, a los mayores, nos solicitaban para algunos trabajos: participar en hacer refugios, recoger cosechas, hacernos cargo de la Biblioteca del Hogar Cultural, etc. Uno de los huérfanos externos, que tenía un cargo dentro del Partido Socialista, nos avaló a unos cuantos para que nos dieran carnet de las Juventudes Socialistas, en caso contrario no hubiéramos estado documentados, lo cual era motivo para ser detenido.

Al llegar el mes de marzo de 1938, fuimos llamados a quintas por el Ayuntamiento de Aranjuez (la quinta del biberón) llevándonos a Madrid como reclutas.

Como quintos pasamos una temporada en un cuartel, sito en Las Ventas y posteriormente en Conde Duque incorporados al Cuarto Batallón de la 12ª Brigada Mixta, donde terminamos de completar nuestra instrucción militar, marchas, desfiles por la Gran Vía, denominada Avenida de Rusia, maniobras etc.

Al final del mes de junio, día de San Juan, nuestro Batallón se incorporó a la defensa de la Casa de Campo, pasado el río Manzanares y fuertemente atrincherados. Para mí fue una sorpresa ver, bien sujetos al suelo en la parte posterior de la trinchera y antes de los habitáculos hechos para dormitorios, unos tiradores (tirachinas grandes), para utilizar desde allí el lanzamiento de bomba de mano; por otra parte, después de utilizar el dormitorio tuve que darme un buen masaje de "aceite inglés" que me proporcionaron los veteranos (con mucha gusa). Uno de los días me tocó en el puesto de escucha, por todas partes (era de noche) veía sombras de enemigos y moverse piedras, en mi vida he pasado más miedo, menos mal que pasado un cuarto de hora, que me pareció una eternidad, apareció el relevo. A primeros del mes de julio recibimos la orden de volver al acuartelamiento, ya que a la Brigada la habían hecho de "choque".

Mientras hacíamos prácticas, despliegue, aproximación, cruzar con careta antigás el campo de maniobra, gaseado con humo inofensivo etc., el Estado Mayor, —casi todos extranjeros—, dio el visto bueno para cumplir nuestro nuevo cometido. Antes de salir a cumplir la primera orden, tuvimos la desgracia de tener que presenciar el fusilamiento de un miliciano, con orden de muerte firmada por el Presidente de la República Manuel Azaña,

ya que desde la trinchera había intentado pasarse al enemigo y que, como éstas tenían forma quebrada, lo único que alcanzó fue la misma un poco más lejos; el fusilamiento se realizó en Madrid y en el Patio del Palacio Real. El piquete lo formaron los sargentos más veteranos, ya que nuestra quinta y la de mayor edad nos negamos a formar parte.

Tuvimos la suerte de que cuando nos trasladaban al lugar que fuera para reforzar a otros combatientes, recibimos contraorden por haberse terminado el fregado (esto sucedió dos veces), menos cuando en tren pasando por Tarancón y Cabeza de Buey, donde nos bombardeó la aviación nacional y dejando éste en camiones llegamos a Villanueva de la Serena (Extremadura - Badajoz) y marchas a pie por esas tierras hasta Herrera del Duque y pasando el río Guadiana por un vado, acampamos. Uno de los días tocaron generala (falsa alarma), pero estando nuestra escuadra de guardia en un montículo con rancho en frío para dos días, recibimos de cerca el saludo de un mortero, día 13 de agosto, en el llano se desarrollaba el combate, al poco rato llegaba a caballo un enlace con la siguiente orden "han tocado retirada, sálvese el que pueda".

Cada uno de nosotros inició la retirada por su cuenta y como empezaba a ser de noche, otro y yo nos pusimos a descansar. Al amanecer nos fuimos en dirección hacia las tropas nacionales (en el camino nos encontramos a un arriero con una mula y aproveché para montar en ella y hacer el camino más tolerable), pasado un cierto tiempo nos dieron el alto unos soldados cuyo cabo tenía galones de color verde. Nos entregamos y al decirle que era alumno del Colegio de Huérfanos de Infantería, me llevaron al puesto de mando al frente del cual estaba un teniente coronel (media brigada de las fuerzas de Cazadores de

África), el cual después de charlar me indicó que como estaba de operaciones iría con ellos (por la noche me ponían de vigilancia), hasta llegar al pueblo de Zorita, donde me entregaron en el campo de concentración sobre el día 20 de agosto.

En este campo casi todos los prisioneros eran de nuestra Brigada, ya que había recibido un buen varapalo en los combates del día 14. El campo más bien era un centro de clasificación de prisioneros, donde nos dieron toda clase de facilidades para conectar con los familiares; por carta me puse en contacto con ellos y nada más recibirla, según me contaron después, movieron todas sus influencias para que me pusieran en libertad. Telegramas de los Gobernadores Civiles y Militar avalándome, en uno se informaba que era hermano de un oficial fallecido en campaña (no daban el nombre); por otra parte todo el día estuvieron en la Ciudad Universitaria los teléfonos de campaña para comunicar a otro de mis hermanos (capitán) lo que sucedía, y fue a éste al que primero vi en Zorita, con tan buena suerte, día 23, que estaba al llegar la Junta de Clasificación, por ello solicitó permiso para sacarme del campo de clasificación —aunque el Alférez Comandante Militar de la plaza le puso algunos reparos—, lo cual no motivó que lo destituyera en el acto y como militar de mayor graduación se proclamó él, llevándome a la fonda del pueblo para pasar la noche, si bien antes pasamos por el hospital, regentado por unas monjas, para que me diera una ducha y con jabón y zotal despiojarme, yéndose a buscar unos pantalones, camisetas y zapatillas, abandonando el ropaje militar.

Al presentarse a la Junta de Clasificación y contarle al general lo que había sucedido, el mismo (don Salvador Múgica Buhigas), le indicó que había hecho bien, a continuación me llamaron (día 24), manifestando directa-

mente al general que una vez efectuada la declaración no figurara para nada en las listas oficiales, agradeciéndole tal deferencia, ya que desde ese momento estaba en completa libertad.

Por los medios habituales de autostop, una vez en camiones y otra en coches ligeros, llegamos a Cáceres capital (día 25), y por los mismos medios hasta Salamanca, donde un amigo le prestó el coche oficial para que nos trasladaran a Zamora. Precisamente ese día era mi santo y todos los familiares recibieron una gran alegría.

Los primeros días de estancia en casa, inolvidables, fueron felicitaciones de familiares y amigos, pero un buen día llegó una comunicación del Gobierno Militar dándome por prófugo al no haberme presentado cuando me llamaron a filas a mi quinta. Tuve que recurrir al General para que me facilitara un certificado de la situación, el cual recibí de inmediato, dejando así aclarada mi legalidad. Resuelto el problema, pasé a la situación por tres años de Caballero Legionario, prestando servicios en la 12ª Bandera, en la Representación (Talavera de la Reina), en la Plaza Mayor y finalmente en el Banderín de enganche del Puente de Vallecas (en este Cuerpo fui tratado con cierto respeto, ya que anteriormente otros tres hermanos habían sido oficiales), licenciándome el 1 de noviembre de 1941.

De visita al Colegio de Aranjuez, donde había pasado unos meses, me enteré de que el Director (Sr. Zaracibal), había recibido una comunicación del Ayuntamiento informándole que había muerto "gloriosamente" en defensa de la República. Menos mal que sabían mi pase a la zona nacional. Ya licenciado, efectué oposiciones a plaza del I.N.P., primeramente como interino y después por oposición al Cuerpo Técnico, donde pasando por Jefe de

Negociado, Jefe de Servicio y Jefe de Departamento, me jubilé en la situación de Jefe Superior de Administración.

Estoy casado, padre de tres hijos, dos nietos y durante todo ese periodo fui:

Llamado a filas nuevamente cuando los “maquíes”.

Delegado Provincial de Excautivos.

Inspector Provincial del Movimiento.

Consejero Provincial por votación del I.N.P.

Consejero Provincial del Movimiento.

Vocal de la Junta del Club Náutico.

Vocal del Zamora Club de Fútbol.

Regidor de una Cofradía de Semana Santa.

Todo ello, como es natural en distintas épocas, constando ahora, que mucho han cambiado las cosas, unas para mejor, otras para peor, pero sigo sosteniendo que los pilares fundamentales son: el individuo, su familia, su municipio y sus representantes dentro de una democracia orgánica.

NOVIEMBRE Y NARANJAS

M^a Carmen Jaime Santamaría

En noviembre las tardes son cortas; la noche aparece en cada una de ellas casi por sorpresa, como si el sol cansado de tantas horas de trabajo durante el verano y parte del otoño, tuviese prisa por irse a descansar.

Pliega sus rayos cada día más temprano y nos deja sin su luz cálida y brillante; huérfanos de largas tardes de playa, música, copas y confidencias con los amigos; de interminables juegos con los niños, de paseos y helados, esperando la noche para disfrutar de su frescura, de la fragancia de la dama de noche, de la luna que empuja con fuerza a ese sol que se resiste a desaparecer y que al llegar el otoño, desfallecido y sin fuerzas, se retira cada día más temprano para cargar su brillo y energía, y volver a ser el mismo en la primavera, tímidamente al principio y con toda su fuerza en verano, dándonos de nuevo la vida que se aletargó en el invierno.

Una de esas tardes de Noviembre, salí a la calle para dar un pequeño paseo. No me desagrada el invierno. Quizá al ser el verano tan largo aquí en el Sur, deseo casi obsesivamente la llegada de las primeras lluvias y reviso mi ropa de invierno demasiado pronto, como si con desear un poco de agua o de frío y contar jerséis de lana, prendas de abrigo y comprobar el estado de los paraguas tantos meses olvidados, le diera un empujoncito a ese frío tan esperado.

Salí a la calle sin rumbo fijo .Solo quería que me diera un poco el aire de la noche, pues hacía rato que el sol se había puesto y las farolas iluminaban las calles. Una fina llovizna caía sobre la ciudad, presagio de una noche llu-

viosa y desapacible que al igual que las anteriores se estaba convirtiendo en la costumbre del otoño. Por eso el paraguas era mi fiel compañero desde hacía muchos días. Dí la vuelta a la manzana y enfilé la calle Virgen del Sol por detrás de mi casa.

Esa tarde algo me llamó la atención; una furgoneta blanca con las luces de posición encendidas y las puertas traseras abiertas estaba aparcada en un lateral de la calle, lejos de la frutería del barrio. Dentro un hombre joven jugaba al ajedrez él solo, y ofrecía unas cajas de naranjas con un cartel encima de una de ellas en el que se leía:

«NARANJAS DE LA ALGABA RECIEN COGÍAS»

Las cajas sobresalían del suelo de la furgoneta de modo que las naranjas estaban llenas de gotitas del agua fina pero persistente que caía.

Me paré un momento y el hombre me preguntó si quería naranjas.

—¿Seguro que son buenas?

—Recientitas señora

—¿Cómo va la partida? —le contesté, pues la verdad es que no llevaba intención de comprarlas.

—Bien, hago alguna trampa y voy ganando, pero así se me hace el tiempo más corto; pruébelas usted que son muy buenas de verdad.

Me ofreció una, la cogí y empecé a quitarle la piel poquito a poco mirando como continuaba su partida. Yo no sé jugar al ajedrez y cualquier persona que lo hace me parece casi magia. Encuentro ese juego o deporte bastante complicado.

Fue en ese momento, cuando el aroma de la piel de naranja llegó a mi nariz, un recuerdo ya lejano vino a mi memoria.

Es cierto que los olores evocan sentimientos y recuerdos del pasado. Un simple lapicero de madera te hace volver a tus años de infancia esforzándote en escribir correctamente, un cajón donde están las mantelerías de Navidad, te hace revivir las felices y las no tanto. La caja donde guardas las ropitas de tu bebé con su olor a colonia, te hace sentirte madre joven otra vez. El olor de una pastilla de jabón te transporta a los tiempos en que no había gel y tu baño dependía de ese humilde trozo de jabón de olor.

Esa naranja encendió el recuerdo de las meriendas en María Cristina. Los meses de noviembre en Aranjuez eran lluviosos, muy lluviosos y nuestros recreos transcurrían debajo de las marquesinas que daban al salón de actos del patio de pequeñas.

Hacía frío y nos quedábamos de vez en cuando calladas viendo caer la lluvia que chorreaba de los canalones. Mirábamos con nostalgia los tilos del jardín, esperando la lejana primavera cuando ayudábamos a recoger su fruto. Parecía que no iba a dejar de llover nunca y nuestros juegos estaban guardados en los cuartitos del pasillo de los pianos esperando el buen tiempo.

A la hora de la merienda las monjas traían unos grandes cestos de pan y otros de onzas de chocolate que comíamos con gusto en corrillos y entre risas. Algunos días traían también unos cestos de naranjas frías y ásperas por fuera, pero deliciosas por dentro.

Al quitarle el primer trozo de piel unas gotitas de su zumo salían disparadas hacia nuestros ojos que lagrimeaban de la irritación.

Después de comerlas las manos se quedaban frías, llenas de chorreones de zumo y con las yemas de los dedos algo amarillos del esfuerzo al pelarlas. Corríamos al lavabo y en la pila grande bajo el chorro de agua fría nos

quitábamos los restos de la estupenda naranja; pero algo de olor quedaba durante el resto de la tarde y a mí me gustaba en la Capilla y en la hora de estudio llevarme las manos a la nariz y recordar el olor de aquella naranja de la merienda que me había dejado las manos frías pero que me supo a gloria.

Todo eso recordé mientras comía la naranja que el ajedrecista de la furgoneta me había ofrecido. Él me sacó de mi ensimismamiento:

—¿Está o no está buena?

—Estupenda —le contesté—. ¿Son tuyas?

—Sí, antes no las vendía, eran para la familia y amigos que venían a cogerlas, pero ahora ya sabe usted... la crisis.

Me llevé 2 kilos de naranjas y de recuerdos, y dejé al hombre de la furgoneta con su partida de ajedrez que ganaría con alguna trampa.

Seguía lloviendo, pero continué mi paseo. De vez en cuando me llevaba las manos a la nariz y me volvía a ver de uniforme, muy pequeña, un tanto desvalida, en el recreo con un montón de compañeras comiendo una estupenda naranja, y esperando que el sol volviera a dejarse ver para seguir con nuestros juegos infantiles: los patines, las bicicletas, los balones...

Y es que un olor te transporta a lugares y hechos sencillos que los habías olvidado, sin saber que anidan en el fondo de tu alma para aflorar cuando menos lo esperas y que te hacen recordar que un día fuiste niña.

CAIDA DEL BURRO

Juan Andrés Álvarez Pérez

Se trata de una carta, que se publicó en Punto de encuentro (foro) de estas mismas páginas, para nuestro compañero Antonio Muñoz Arroyo.

Antonio sostenía que me tenía que acordar de él, porque habíamos estado juntos en el Parque Móvil Ministerio, además de fumarnos algunos cigarrillos juntos en Arturo Soria, antes de entrar al colegio.

Yo no me acordaba y así se lo decía, hasta que publicó una fotografía de él con la capa y gorra puestas. De manera, que le dije "Ahora sí te recuerdo", a lo que él me contestó "Ya era hora de que te cayeras de la burra".

Después le escribí esta carta, que titulé "Caída del burro".

«Amigo Antonio: yo también creo acordarme de tu voz de entonces.

Respecto al pitillo a medias, es muy posible, porque en aquellos tiempos, nunca pude con uno entero, además que el lugar era a propósito, caso de volver con tiempo de sobra. No me gustaba regalar mi tiempo libre al colegio.

No recuerdo haber estado en el PMM con algún Pínfano, lo que no invalida, que tú lo recuerdes.

En lo que creo estas equivocado es en lo de caer de la burra, seguramente porque nunca me monté en una; sin embargo, en una ocasión sí me lanzó un burro por los aires.

Me había invitado un amigo de la familia a coger brevas, con la fresquita, en unas higueras en el campo de su padre señor Franciscano. Para esto, teníamos que salir de

casa antes de amanecer. Solo tomé del desayuno el vaso de leche, para no hacer esperar al hombre. Una vez subido en el asno, mi madre me puso en la mano derecha un trozo de pan de pueblo.

De aquel pan redondo de medio kilo y que aguantaba toda una semana en ponerse duro si se guardaba en la cómoda arropado con las sábanas nuevas. En él, había hecho un “hoyito” y dentro del mismo había vertido un chorro de aceite consolidado con azúcar.

Con la mano izquierda sostenía las riendas, así que tenía que aviarme solo con la otra y con mucho cuidado daba pequeños mordiscos, de manera que no se derramase nada.

Prácticamente yo no tenía que guiar, pues el burro seguía al mulo que montaba mi amigo José María.

Llevábamos medio camino andado cuando, de repente, se paró el burro y empezó a rebuznar. Había olido a una burra en celo y él, que lo estaba permanentemente, lanzó una doble coz, con ambas patas a un tiempo, que dio conmigo en tierra y echó a correr hacia la burra, donde le esperaba el dueño de la misma con un garrote en la mano. Por lo visto, este pedazo animal era el más ferviente y asiduo amor mañanero, por lo que ya le habían tomado la medida a base de “Palo Seco”.

Desde donde se encontraba la burra hasta el lugar donde yo estaba junto al mulo, vino mi amigo dándole estacazos.

Al verme sentado en la misma posición que caí, tan campante, después de dar una voltereta en el aire y comiendo el “hoyito” de pan, con aceite y azúcar, exclamó:

—¡Pero Juanillo! ¿Tú no te espantas de ná? —añadiendo— ¿Has visto como se le quita al burro la calentura? A base de “Jarabe de Palo”.

El dolor que me produjo la caída no fue mucho, porque la pista de aterrizaje se encontraba un poco más alta que la alzada del jumento, es decir, el camino discurría por donde en invierno las correntías de agua. Fue una caída vertical de poca altura pero probando con mi propio cuerpo el descenso, al igual que los posteriores súper jets “V/Stol” (Vertical or short take-off and landing).

Tanto el mulo como el burro estaban herrados, y yo puede ser que esté errado con respecto a caer de la burra como dices.

Abracetes.

*Hechos ocurridos el verano de 1952
En Rociana del Condado, Huelva
Relatado en Tenerife, verano de 2005*

VAMOS A EXAMINARNOS

Miguel González Quevedo

RECUERDOS DE PADRÓN

La vida de las personas está llena de días y meses anodinos, días iguales unos a otros en los que prácticamente todo está regulado por la monotonía.

Pero qué interesantes son los días en que “algo” hace que se produzca una variedad en nuestra vida.

Ahora nuestros nietos en ocasiones nos advierten “mañana vamos de excursión” con la felicidad que da cambiar de la rutina diaria. La verdad es que yo no recuerdo haber hecho una excursión durante los días de curso escolar en los ocho años que estuve en Padrón o, mejor dicho, solamente dos días recuerdo que nos llevaron a Santiago con motivo de la celebración de dos Años Santos para ganar el Jubileo y, como eran unas semanas antes de los exámenes, aprovechábamos para darnos cabezazos contra el santo das Croques en el Pórtico de la Gloria, para pedirle ayuda que a varios buena falta nos hacía.

Las excursiones verdaderas sí que se hacían al menos una al año para los que teníamos que pasar el verano en el colegio, circunstancia que a mí me ocurrió no todos, pero si algunos años.

De todas forma había un día, al final del curso en el que después de almorzar bajábamos vestidos con la marinera de los domingos al patio donde nos estaba esperando un camión de los de transporte de tropas del ejército, subíamos a la caja y nos acomodábamos en los bancos de

madera, una monja subía con nosotros y otra iba en la cabina con el conductor.

Entonces comenzaba una pequeña pero peliaguda aventura, salíamos del patio y ya en la carretera íbamos hasta el puente sobre el Sar que cruzábamos, seguíamos por el Espolón hasta enlazar con la carretera nacional en dirección a Pontevedra, el día comenzaba en plan excursión.

Pero qué poco duraba la ilusión porque el trayecto hasta la ciudad se nos hacía cortísimo y casi sin darnos cuenta ya estábamos en el paseo donde se encontraba el Instituto donde teníamos que examinarnos.

Afrontábamos entonces el periodo de los nervios y las angustias que se iban acrecentando mientras esperábamos en un largo pasillo que daba a las aulas por un lado y por el otro a un patio interior donde algunos chicos del instituto jugaban o se entrenaban en las canastas de baloncesto.

Vagamente recuerdo que por la mañana se hacían los exámenes escritos de diferentes materias y por la tarde nos teníamos que enfrentar a los orales que a mí personalmente me infundían más respeto, por no decir miedo, que los de la mañana.

Al mediodía volvíamos a subir al camión y nos trasladábamos a un colegio de niños ciegos que estaba regido por las Hermanas de la Caridad de San Vicente de Paul, o sea de la misma orden que las que había en Padrón. Allí comíamos y después íbamos a un campo de juego muy amplio donde jugábamos un partido de fútbol informal con los chicos invidentes; entre ellos había algunos que eran completamente ciegos, pero otros tenían diferentes grados de ceguera.

Ellos jugaban con una pelota especial que en su interior tenía piedras u objetos que sonaban al rodar la pelota y de esta forma podían localizar donde se encontraba, el problema era que nuestras espinillas no emitían ninguna señal de aviso y ellos era peligrosísimos cuando disparaban la pierna hacia donde creían que estaba la pelota. La verdad es que no recuerdo si alguna vez consiguieron meter ningún gol, pero bueno esto no tenía ninguna importancia.

Antes de volver al instituto hacíamos una pequeña parada en la Iglesia de la Virgen Peregrina, patrona de la ciudad y como teníamos encima los exámenes de la tarde nuestras súplicas de ayuda salían disparadas hacia el cielo. Posiblemente algún aprobadillo por los pelos fuese por la intercesión de la Virgen.

Si los exámenes de la tarde terminaban pronto, ya completamente relajados, teníamos la oportunidad de que nos llevasen hasta el puerto de Marín donde durante un rato contemplábamos la Escuela Naval, aquella en la que transcurría la película “Botón de Ancla”.

Ya de vuelta al cole, sin darnos cuenta, a veces éramos tan cortitos que cantábamos aquello de “Señor conductor meta marcha, meta marcha, meta marcha” no pensábamos que cuanto más marcha metiese antes volveríamos al cole.

Sí al cabo de unos pocos días venían las notas con todo aprobado, habría resultado una fabulosa excursión.

UN CUADERNO AZUL

M^a Carmen Jaime Santamaría

Julia se levantó temprano como era su costumbre. La adquirió en su época de colegio hacía ya de eso muchos años, pero el hábito no dejó de acompañarla durante toda su vida. Ni siquiera ahora que, ya jubilada, podía quedarse en la cama cuanto tiempo quisiera, era incapaz de levantarse más tarde de las 8 de la mañana.

La terraza del apartamento de la playa presentaba un aspecto deprimente. La noche anterior se habían reunido un grupo de amigos para dar por terminado el verano. La velada se prolongó hasta bien entrada la madrugada y las copas semivacías, los ceniceros repletos de colillas, restos de cacahuètes, pistachos y almendras campaban a sus anchas entre las mesas y el suelo.

Lo tenía que haber recogido ayer —se dijo— pero estaba tan cansada... Cargó la cafetera y se puso manos a la obra.

Pronto estuvo todo en orden y se sentó a tomarse su primer café mañanero, el último de ese verano que terminaba. El equipaje estaba preparado en su habitación. Por la tarde emprenderían viaje hasta la ciudad donde sus nietos los esperaban desde hacía 15 días. Tenía ganas de verlos y darles mimos y achuchones.

Daríá un último paseo por la playa. Se puso un pantalón corto y unas playeras, las gafas de sol y un sombrero y salió de casa. Su marido había salido temprano a su partida de golf y no volvería hasta la hora de comer.

Bajó hacia el puerto y cruzó por delante del restaurante La Escollera, vacío a esa hora de la mañana. Reservó mesa y cruzó, más bien saltó, el murete que separaba el

paseo de la playa. Los responsables del Puerto les habían hecho una jugarreta a los veraneantes levantando ese muro, por seguridad, pero el caso es que había que hacer malabarismos para acceder a la playa.

Cuando llegó a la arena notó el fresco viento de levante en su cara. El mar estaba en calma, y por su orilla paseantes como ella daban su adiós al verano. Hacía solo unos días la playa estaba llena de gentes despreocupadas, niños felices jugando en la arena y cuerpos tumbados al sol apurando sus rayos. Hoy los niños habían desaparecido en pos de sus padres y todos habían vuelto a la rutina interrumpida por los días de descanso.

Su intención era llegar hasta el centro comercial por la playa y dar la vuelta. Eso le llevaría unas dos horas. Pero al llegar al chiringuito amarillo y ver gente sentada tomando café, le apeteció hacer lo mismo y decidió hacer un alto en el paseo.

Le supo a gloria bendita y fumó un cigarrillo.

Pensó que el mar estaba precioso; parecía que miles de candelitas se habían encendido en su superficie efecto de sol que lo bañaba sin descanso. Su mirada iba del mar al cielo y se encontró a gusto, se sintió viva y dio gracias a Dios por estarlo.

De repente algo llamó su atención. De una papelera cercana, llena hasta los bordes, sobresalía algo que no era habitual. No eran las botellas de agua, ni de refresco, ni restos de comida de los bañistas. Se acercó y lo que vio le dejó un poco perpleja. Un cuaderno de pastas azul marino con apariencia de hule estaba tirado en la papelera sobresaliendo de todo lo demás. Hacía mucho tiempo que no veía un cuaderno así. No tenía espiral; dos grapas mantenían unidas sus hojas.

Estaba un poco doblado y los bordes de sus hojas se curvaban hacía fuera. Estaba sucio y ajado, pero no resistió la tentación de cogerlo.

Se sentó de nuevo sin atreverse a abrirlo.

Limpió las pastas de hule con una servilleta de papel y después de unos segundos de indecisión lo abrió por el centro. Estaba escrito con una letra picuda y fácilmente legible, pero lo hojeó primero pasando sus páginas rápidamente. Le pareció que estaba profanando algo que no le pertenecía; pero por otro lado estaba tirado en la basura a disposición de cualquiera que quisiera cogerlo.

Se decidió por fin y empezó por el principio.

Sus ojos iban desentrañando aquellas palabras que alguien había escrito. Eran hermosas, sencillas y llenas de ternura. Prosa y verso libre se entremezclaban sin orden aparente pero el resultado era de una belleza asombrosa. No pudo levantarse de la silla hasta que hubo terminado de leer todo el cuaderno.

¿Quién ha escrito esto? —se dijo— y sobre todo ¿cómo había llegado hasta allí, a un cubo de basura?

Tanta belleza en unas pocas páginas para terminar como un desperdicio...

Pidió otro café pues no tenía interés ninguno en continuar su paseo.

No había ninguna dirección, ningún nombre, nada que pudiera identificar el autor de palabras unidas en frases tan bellas.

Volvió a pasar las páginas deteniéndose en cada una de ellas buscando algo que le pudiera dar una pista. Ya había concluido cuando observó que la pasta azul y la última página estaban pegadas por sus bordes. Las separó con cuidado para no romperlas y allí encontró lo que

buscaba; un ex libris con un nombre. Úrsula Haza. Hurgó impaciente entre las dos páginas pegadas por si hubiera alguna dirección pero no había nada más.

Emprendió el camino a casa después de leer varias veces el contenido del cuaderno. Cada vez que volvía a sus páginas le parecía más bello, más entrañable y sincero. Se prometió a sí misma que haría lo posible por encontrar a la autora de ese regalo inesperado.

Al llegar a casa le comentó a su marido lo ocurrido.

—Buscaremos en internet —le dijo— es la única opción que se me ocurre.

Así lo hicieron. Julia se retorció las manos de impaciencia mientras él tecleaba Úrsula Haza.

Hubo suerte; una Úrsula Haza aparecía como matrona de un hospital en Zaragoza. Pero la referencia era de hacía 6 años. Julia pensó que era un buen principio. Seguiría la estela y seguro que legaba a buen puerto.

Durante la comida en La Escollera no dejaron de hablar del asunto. Tejieron un plan y se prepararon para al llegar a la ciudad poner manos a la obra.

Llamaron al hospital donde les dijeron que efectivamente Úrsula Haza había trabajado allí como matrona pero que se había jubilado hacía 6 años.

No, no podían facilitarles su dirección lo sentían mucho.

Miraron entonces en las páginas blancas y allí estaba; una dirección de Zaragoza y un nº de teléfono.

Julia llamó y preguntó por Úrsula Haza; una voz de mujer le contestó que la señora ya no vivía allí, ella era su inquilina desde hacía un año.

—Sí, se dónde vive ahora —le dijo— en un pueblecito del pirineo Aragonés; Bielsa.

Le dio las gracias por su información y transmitió a su marido el deseo de ir hasta allí para verla.

Al día siguiente emprendió viaje en AVE hasta Zaragoza, y después un par de autobuses bastante cómodos la dejaron en Bielsa, su destino.

El pueblo era de una gran belleza que la cautivó desde el primer momento. Soplaban un vientecillo agradable y un poco fresco a causa de los primeros fríos de otoño.

Bielsa, rodeada de una barrera natural de montañas, parecía estar —en cierto modo— prisionera de ese medio natural, de las montañas.

Buscó una casa rural encantadora para pasar la noche y esperó impaciente el amanecer.

Temprano, siguiendo su costumbre, se dirigió al Ayuntamiento donde le dieron la dirección de Úrsula.

Por un sendero estrecho con hileras de hayas a ambos lados se accedía a una casa de piedra no demasiado grande. Un gran balcón central lleno de flores de lo más variopinto daba la bienvenida al traspasar la puerta de madera de dos hojas —antigua pero bien conservada— que estaba situada debajo.

Dos ventanas con cortinas de encaje recogidas, completaban la fachada.

A su llamada acudió una mujer de mediana edad secándose las manos con el delantal. Le explicó quién era y que deseaba ver Úrsula Haza.

—Espere un momento —le dijo y desapareció, no sin antes franquearle la entrada a la casa.

Pasados unos minutos por la escalera situada en un lateral de del vestíbulo bajó una enfermera perfectamente uniformada.

Julia le explicó el motivo de su visita detalladamente y cuando terminó la enfermera amablemente la invitó a subir.

Una habitación espaciosa, soleada y perfectamente ordenada le dio la bienvenida.

Sentada en una silla de ruedas frente a la ventana de cortinas de encaje, una mujer de cabellos blancos peinados con esmero permanecía quieta con sus ojos fijos en la montaña que se divisaba tras los cristales.

—Doña Úrsula, han venido a verla —dijo la enfermera.

Julia se puso frente a ella y observó una cara todavía joven pero que miraba sin ver.

—Tiene Alzheimer —dijo la enfermera—. Vive en esta casa desde hace dos años cuando la enfermedad le impidió seguir viviendo sola en Zaragoza. No tiene familia y somos tres para cuidarla. Dos enfermeras y la cocinera que hace las tareas de la casa, también el jardinero que cuida del pequeño jardín trasero y de las flores del balcón.

Julia se dio cuenta de la esmerada decoración, de los jarrones con flores frescas, de la cama immaculada y formuló una pregunta de la que sin terminar ya se arrepintió de haberla hecho.

—¿Quién paga todo esto?

—Su desgracia, por horrible que parezca —contestó la enfermera.

Julia escuchó entonces como Úrsula había perdido a su marido y a sus dos hijos en los atentados del 11-M. Estaban en Madrid por negocios y viajaban en uno de los trenes. Desde entonces la depresión se apoderó de ella y cuando por fin salió, la enfermedad tomó el relevo. Ella

se dio cuenta de los primeros síntomas y tomó las medidas necesarias para cuando no pudiera hacerlo.

Contrató a un abogado, compró la casa e hizo testamento y dispuso su traslado a Bielsa para cuando la enfermedad estuviera tan avanzada que sus decisiones no fueran las correctas. Las indemnizaciones por los asesinatos de su marido e hijos pagaban su vejez y enfermedad.

La enfermera se dirigió entonces a una vitrina y la abrió mientras decía:

—Aquí tiene cuadernos como el que ha encontrado en la playa, ella misma ordenó en que sitio debían ir.

Julia se acercó y pasó la mano por ellos. Eran efectivamente iguales al que ella tenía. Contó 63.

Cogió uno y preguntó:

—¿Puedo?

—Naturalmente —contestó la enfermera— a ella le hubiera gustado que lo hiciera. Eran su tesoro más preciado.

Leyó un poco de cada uno de los que cogió y tuvo la misma sensación que el día de su paseo por la playa. Cada párrafo, cada estrofa, cada descripción de paisajes y hechos cotidianos contenían una sensibilidad que solo las mentes privilegiadas poseían. La alegría y el dolor se entremezclaban para convertir los escritos de Úrsula Haza en un tesoro que no merecía estar escondido en la vitrina de una casa en el Pirineo.

Salió de allí con una idea en la cabeza que puso en marcha al llegar a la casa rural. Llamó al abogado de Úrsula y concertó con él una cita en Zaragoza. La recibió al día siguiente y le contó todo lo referente al cuaderno, su visita a Úrsula y por fin se decidió a proponerle su idea.

—Quisiera que se publicaran. Merece la pena que los amantes de la buena lectura conozcan estos manuscritos.

—No puede sacarlos de allí —le contestó el abogado—. Doña Úrsula lo dejó muy claro en su testamento. Nada saldría de la casa hasta que ella muriera.

Julia se quedó pensativa unos momentos.

—Podría escanearlos y luego transcribirlos yo misma en un ordenador... los cuadernos no saldrían de la casa y yo tendría posibilidad de enviarlos a las editoriales.

—Siendo así... dígame cuando quiere hacerlo y le mandaré un notario que levante acta de lo que usted va a hacer.

—Mañana mismo —contestó Julia.

Dos días después volvía a su ciudad con una cartera llena de las transcripciones de los cuadernos azules. Los había leído en su totalidad y en ellos estaba contenida toda una vida de experiencias, de amores, de viajes, de dolor inmenso, de alegrías, de sentimientos, de impotencia ante la enfermedad que ella sentía acercarse implacable, y también de su entereza para afrontarla.

La admiración de Julia ante los escritos de aquella mujer admirable creció mientras buceaba en sus cuadernos. Encontró también la explicación del que fue abandonado en la playa.

Úrsula había viajado al sur en busca de sol y mar cuando diagnosticaron su enfermedad. En la playa en la que pasaba sus veranos Julia, encontró la paz que necesitaba para afrontar la angustia que sentía al saber que sus facultades pronto estarían mermadas. Ya no podría escribir y esto le hacía sentir un inmenso dolor.

Quizá alguna vez nos hemos visto sin saber que nuestras vidas se iban a cruzar por casualidad —pensó Julia mien-

tras leía las experiencias de Úrsula en aquel lugar del sur de España.

Una mañana la autora de los cuadernos decidió abandonar uno de ellos en un banco del paseo marítimo como si de un *book crossing* se tratara. Quizá pensó en compartir con alguien su vida que poco a poco ya no sería suya.

Julia se alegró de que Úrsula nunca supiera su destino, hasta que ella lo encontró.

Comenzó entonces la tarea de enviarlos a las editoriales. A todas les adjuntaba la historia de Úrsula, y la forma en que los cuadernos habían llegado a su poder. Con las cinco primeras no hubo suerte. Usaron las mismas palabras literalmente: actualmente no estamos interesados en este tipo de escritura.

Por fin un día recibió lo que esperaba con ansiedad y casi con desesperanza. Estaban interesados.

Julia se puso en contacto con el abogado y le dijo que a partir de aquel momento él se encargaría de los contactos con la editorial. Su misión había concluido. Los cuadernos de Úrsula Haza verían la luz y todo el que quisiera podría disfrutar con su lectura.

Pasó el invierno y recién comenzada la primavera, con el azahar explotando en los naranjos, Julia recibió un paquete. Allí estaba el libro. Sencillo, de pastas blandas de color azul marino y con su título en grandes letras:

LOS CUADERNOS AZULES DE ÚRSULA

Sintió que la alegría desbordaba su corazón. Tenía que ir a Bielsa a entregárselo a su autora.

Cuando llegó la encontró en la misma posición que la primera vez. Sentada de frente al gran ventanal, mirando sin ver la montaña.

Le entregó el libro y Úrsula volvió un segundo la cabeza. Julia creyó ver en sus ojos un atisbo de brillo, como si entendiera lo que estaba sucediendo.

Sujetó el libro entre sus manos y volvió a su posición.

Julia salió de la casa y antes de tomar el sendero de hayas miró hacia atrás por última vez.

Le pareció que una mano le decía adiós moviéndola levemente.

—Será la enfermera —pensó—, lo que estoy imaginando sería demasiado hermoso.

Al llegar de nuevo el verano Julia volvió a la playa. Los Cuadernos de Úrsula estaban en todas las librerías. Las críticas habían sido excelentes y se sentía satisfecha de su labor. Con un ejemplar en la mano se dirigió al paseo marítimo y en un banco solitario lo dejó.

Al volver de su paseo el libro había desaparecido.

Esta vez no terminará en la basura —se dijo— alguien que recoge un libro abandonado sabe de *book crossing*, es sensible, le gusta la lectura y lo volverá a dejar en un buen lugar para que alguien igual de amante de los libros lo encuentre.

Úrsula murió dos años después. Durante este tiempo Julia la visitó en numerosas ocasiones viendo como su vida se apagaba poco a poco.

El día que el abogado le comunicó su muerte fue por última vez a Bielsa. La enterraron mirando a las montañas, las mismas que la acompañaron en su lenta carrera hasta el final.

Dejó todo su patrimonio a la Asociación de Víctimas del Terrorismo.



ASOCIACIÓN DE HUÉRFANOS DEL EJÉRCITO

<https://www.pinfanos.es>

secretario@pinfanos.es
c/ Joaquín Costa, 6
28002 Madrid

Este libro se terminó de reeditar el
26 de mayo de 2023

